Fray Mocho

REVISTA SEMANAL

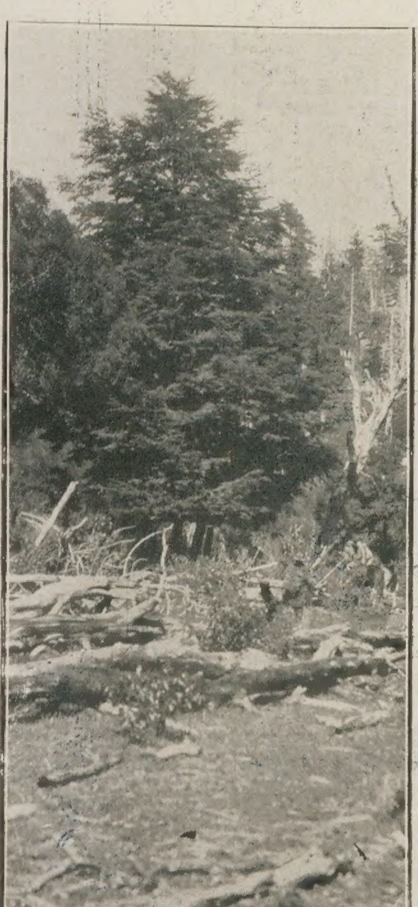


"Plegaria incásica"

Por Manuel M. Ugarte

N.º 814

LAS BELLEZAS NATURALES DE LA REPÚBLICA



Un hermoso rincón del camino que une los puertos "Pañuelo" y "Llao Llao", en el lago Nahuel Huapí.



Saltos "Floriano", "Unión" y "Garganta del Diablo", en las cataratas del Iguazú.



El embarcadero del Camping sobre el lago Moreno Este (Río Negro).



Un detalle de la laguna Frías, en Río Negro, tomado un día de lluvia.

Fots. DANTIACQ.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI — Buenos Aires, noviembre 29 de 1927 — N°. 814

COSAS DEL CALOR, por Rojas



—No sé si quedarme con Melo o con Irigoyen
—Se conoce que es usted un buen nadador.
—¿Qué quiere usted decir con eso?
—Que nada usted entre dos aguas.



—¿No ha elegido usted para pasar el verano ninguna costa?
—Soy más modesto en las elecciones; en vez de costa prefiero elegir una buena costilla.



—¿Se piensa zambullir en el mar este año?
—Para qué. Estoy tan lleno de deudas que sin necesidad de meterme en el mar estoy con el agua al cuello.



—Me gustaría que en este momento entraran ladrones con revólveres y puñales amenazadores.
—¿Qué ibas a sacar con eso?
—Me quedaría helado.



—¿Es óleo? ¿Es temple?
—No, señor; ahora no se puede pintar más que al fresco.

El árbol que cabecea

Por Arturo J. Rees

La muerte de Cristóbal Darlington tomó de sorpresa al mundo científico. Lo que causó sensación fué no tanto su muerte como su manera de morir. Que un sabio eminente termine su existencia con el suicidio, no es cosa que sucede todos los días. Los diarios lamentaron, en tonos quejumbrosos, que el cansancio mental y la malaria contraída en los bosques iturianos hubiesen privado a la ciencia de uno de sus obreros más esforzados y tenaces.

Poco después de su regreso del Africa Central, don Cristóbal fué encontrado en su dormitorio con una bala en la cabeza. El revolver — compañero inseparable de sus travesías — estaba caído a sus pies. La puerta de la alcoba se hallaba asegurada con una cerradura doble. Fuera de la puerta no había otro medio de acceso a la habitación.

Todos estos detalles fueron constatados por la pesquisa policial. De acuerdo con sus resultados, el Juez dió un veredicto de suicidio.

Los diarios londinenses publicaron respetuosas necrologías. *The Times*, en una interesante nota biográfica, decía que don Cristóbal había ido al Africa en busca del perdido eslabón entre el hombre y el mono, en la creencia no sólo de que existía tal eslabón, sino de que se le podía encontrar en la cuenca del Congo, en la parte atravesada por el río Ituri, que corre entre los bosques tropicales menos explorados y más densos del mundo. Pocas personas habían tenido el privilegio de leer los apuntes tomados durante este viaje por el audaz explorador. El diario y los libros de notas del distinguido naturalista se encontraban en esos momentos en poder de sus albaceas, John Wyburn y el doctor Eduardo Duguid, de la Universidad de Cambridge, que los coordinarían y publicarían a su debido tiempo, de acuerdo con las expresas disposiciones testamentarias. *The Times* concluía: "Todos los bienes de don Cristóbal Darlington, inclusive su residencia campestre y su laboratorio científico de Derbyshire, pasan a ser propiedad de su única hermana, la señora Darbwell Alister, viuda del teniente coronel Edmundo Alister, del cuerpo de caballería".

Diez días después del luctuoso suceso, al entrar una mañana en casa de mi amigo, el dectective Colwin Grey, lo encontré de pie junto a la estufa, con una carta en la mano. Me la alargó en silencio. La carta decía:

"Distinguido señor:

"Deseo consultarle con urgencia sobre un asunto que tiene para mí mucho interés. Le visitaré en su casa el miércoles por la mañana, a las once. Usted me disculpará que no le dé por escrito mayores detalles. Estoy sumamente apurada. Recurro a usted por recomendación de Lord Avelbury. El asunto se relaciona con la muerte de mi hermano.

Alicia Alister".

—La señora Alister es hermana de Cristóbal Darlington, y lord Avelbury es vicepresidente de la Sociedad Geográfica y amigo íntimo del extinto — observé.

—Sí, en efecto — Repuso Grey. — Pensaba tomarme unos días de vacaciones, pero preveo que los habre de postergar para otra ocasión.

Acabábamos apenas de desayunar cuando oímos detenerse un auto a la puerta. Dos minutos después hacía pasar el criado a la señora Alister, una hermosa mujer de mediana edad, en cuya cara se leía una extraordinaria agitación.

—Señor Grey — exclamó una vez cambiados los saludos y presentaciones de práctica — Lord Avelbury me ha asegurado que, si hay algún misterio en la muerte de mi hermano, usted es la única persona capaz de descubrirlo.

—Cuénteme, señora, todo lo que sepa acerca del infortunado suceso — dijo Grey.

—Se supone que mi hermano se ha suicidado, pero yo no lo creo. No hay argumento que pueda convencerme. Estoy dispuesta a gastar una fortuna con tal de encontrar al asesino.

—¿Se han producido algunos hechos nuevos que arrojen mayor luz sobre el misterio?

—No, por desgracia. El informe policial es exacto. Me hallaba en el extranjero cuando sucedió la tragedia. Volví hace una semana y me dirigí inmediatamente a la casa de campo de mi hermano. Era soltero: y la administración de sus intereses domésticos estaba a cargo de una criada y un criado, los esposos Hausewell, que han sido sus sirvientes durante cerca de un cuarto de siglo. A la mañana siguiente de la tragedia, Cristóbal no llamó para que le trajesen el almuerzo, y cuando el criado fué a ver lo que le pasaba lo encontró sentado, muerto, en una poltrona de su alcoba. Aparentemente había estado leyendo, pues un volumen fué encontrado a sus pies, en el suelo, junto con el revólver. La puerta estaba cerrada por dentro. De las dos ventanas de la habitación, una no se abre y la otra es estrecha y circular, una especie de claraboya. Así que era imposible todo acceso al dormitorio. Las circunstancias, como ve, no hacen más que ahondar el misterio, y no alteran en nada mi opinión. ¿Por qué había de suicidarse un hombre como mi hermano, un hombre de su saber y de su inteligencia, cuya vida estaba consagrada a las investigaciones científicas?

—El informe de la policéa habla de un desarreglo nervioso producido por el exceso de trabajo — observó el detective.

—Los que dicen eso no conocían a mi hermano — repuso la señora — Tenía la fuerza y la resistencia de un gigante. Era un hombre de hierro en todo el sentido de la palabra. ¿Acaso podía haber realizado un neurasténico lo que él hizo, al hundirse en el corazón del Africa y vivir durante dos años en la soledad de los sombríos bosques tropicales? Cuando partió de Inglaterra, me mandó una carta anunciándome que iba a explorar los bosques del Congo, en busca de la criatura que debe servir de puente entre la especie humana y el chimpancé. Después, Cristóbal desapareció en la selva y no volví a tener noticia de él en el transcurso de dos años. Durante todo ese tiempo llevó una vida de salvaje en beneficio de la humanidad y de la ciencia. ¿Se imagina usted que un hombre así volviese a Inglaterra con el solo objeto de suicidarse?

—Sin embargo, se ha dicho que la energía física de su hermano había sido minada por las privaciones y las fatigas de esa larga excursión.

—No es cierto. Hace unos dos meses recibí de él una carta de España, en la que me decía que retornaba sano de cuerpo y de alma, con más ganas que nunca de trabajar. Demostraba en ella el buen humor y la seguridad en sí mismo que le caracterizaban. Nadie que la leyese diría que la escribió un neurasténico.

—Es un caso extraño — Obserbó Grey. — Fuera de su impresión personal, ¿Ha tenido algún otro motivo para venir a verme?

—Sí; el árbol que cabecea.

—¡El árbol que cabecea! No la entiendo, señora. Sírvase ser más explícita.

—Es un árbol que crece cerca del laboratorio y cuya copa la cocinera vió agitarse — o cabecear, como ella dice en su lenguaje — en la noche del crimen. El árbol se levanta a poca distancia de la ventanita de la alcoba, que está situada — no sé si ya se lo he informado — en el piso superior del laboratorio. La señora Housewell vió moverse la copa de atrás para adelante, como si deseara alcanzar la ventana de la pieza de mi hermano.

—¿Cuánto hay del árbol a la ventana?

—Unos pocos pies.

LA SOMBRA

La sombra del amor que persiguieras
por todos los senderos de la vida,
durante más de treinta primaveras,
ayer, bajo un rosal, hallé dormida.

¡No la reconocieras, si la vieras!....
De tanta gracia cándida y florida,
sólo quedan dos lirios: las ojeras,
y las rosas que sangran de su herida!...

Nubla con su mirada el firmamento;
un viento de terror sus bucles riza...
y es tan divina y frágil, que presumo

que se va a deshacer el menor viento,
igual que un leve ensueño de ceniza
o una vaga ilusión plasmada en humo!...

LIRA VIVA

¿Quieres joyas?... En versos inmortales
surgirán, para ornar tus formas bellas,
velos de luna collares de estrellas
y diademas de perlas siderales.

¿Perfumes quieres?... En mis madrigales
—flores de mis románticas querellas—
florecerá, para aromar tus huellas,
todo un abril eterno de rosales!...

Ilusión a ilusión y fibra a fibra,
con el milagro de mis versos creo,
sueños divinos y sueños humanos...

Mas sólo soy poeta cuando vibra
con todos los acordes del deseo
la lira de tu cuerpo entre mis manos!

Francisco VILLAESPESA.

—Esa ventana, según sus descrición, no es más que una abertura para dejar pasar el aire. ¿Podría pasar un hombre por ella?

—Un hombre, no; tal vez un niño o un animal muy pequeño.

—¿El laboratorio está lejos de la casa?

—No; a pocos metros. Cristóbal lo hizo construir hace algunos años para poder trabajar y dormir allí sin que lo molesten. Cuando estaba ocupado con una investigación muy importante, solía encerrarse por días enteros sin ver a nadie. Llevaba una existencia solitaria, consagrado enteramente a su trabajo. Los Housewell conocían muy a fondo su carácter y sus gustos, y lo mantenían siempre a cubierto de visitantes molestos. La mujer hacía de cocinera y ama de llaves; el marido de mozo y "chaufeur".

—El detalle del árbol es interesante — dijo Grey después de una pausa. — Con todo, queda en pie la hipótesis policial de un suicidio ante la imposibilidad de que nadie hubiese entrado en la alcoba. Por más cerca que el árbol esté de la ventana — de acuerdo con su propia declaración — es tan pequeña que no deja paso a un hombre.

—Señor Grey — continuó la dama haciendo un esfuerzo — estoy segura de que entodo esto se esconde un extraño misterio. Housewell, el criado, sabe más de lo que ha declarado a la policía. Hay algo muy grave que no quiere confesar.

—¿En qué se basan sus suposiciones, señora?

—En una observación casual que hizo cuando estaba por retirarme. Hablábamos de la tragedia: "La policía ha tomado una pista errónea," me dijo. Sus palabras me intrigaron y le pedí que se explicase. Se puso inmediatamente en guardia, y me aseguró que estaba pensando en el árbol. Sin embargo, estoy convencida de que pensaba en otra cosa que sólo él conoce. Ya le he contado todo lo que sé, señor Grey. ¿Quiere usted ir a Derbyshire, a ver con sus propios ojos le escena de la tragedia?

—¡Cómo no! El asunto me interesa. Mañana por la mañana iré allí con mi amigo.

—Muy bien. En ese caso daré órden a Housewell de que les prepare dos habitaciones y de que se ponga enteramente a su servicio.

—¿Qué piensa usted del asunto, Grey? — pregunté a mi amigo cuando se hubo retirado la señora Alister.

—No me atrevo a dar opinión de antemano. Pero conviene no olvidar que Darlington tenía o había tenido enemigos durante un tiempo. Hace años se le acusó de realizar horribles experimentos con animales vivos. La "Sociedad Protectora de Animales" tomó intervención en el asunto. Varios sabios salieron entonces en defensa de Darlington pretextando que el fin justifica los medios. Era un asunto bastante feo, sobre el que se hizo pronto silencio gracias a poderosas influencias. El muerto ha sido, sin duda, un naturalista eminente y un hombre de una sangre fría y una fuerza de voluntad insuperables. El relato de su hermana ha despertado mi interés. Mañana iremos a Derbyshire y veremos lo que hay de cierto en sus sospechas.

* * *

En la estación nos esperaba Housewell, un hombrecillo paliducho, de gestos enigmáticos y mirada furtiva. Al subir al automóvil noté que nos examinaba con un poco de recelo.

Después de un cuarto de hora de viaje llegamos a la casa, un edificio solitario y silencioso, de aspecto sombrío. En la puerta nos esperaba el ama de llaves.

De las paredes del vestíbulo, amplio y espacioso, pendían cabezas disecadas de cornúpetos, y el piso estaba cubierto de pieles curtidas de extraños colores.

—¿Desean que les muestre sus habitaciones? — nos preguntó el hombrecillo. — A las siete estará servida la cena.

—Creo que usted ha de conocer el motivo de nuestra visita — repuso Grey.

—Sí, señor — contestó después de un momento de duda. — Acabo de recibir una carta de la señora Alister, en que nos ordena, a mí mujer y a mí, que nos pongamos a su servicio y les ayudemos en todo lo que nos sea posible.

—Perfectamente; en ese caso quiero que me muestre el laboratorio antes de que obscurezca.

La casa se comunicaba con los gabinetes de estudio de Darlington por medio de un largo pasaje de techado de vidrio. Al extremo de este último se abría una puerta que daba acceso a la sala de disección. En el centro del cuarto había una larga mesa cubierta de jarras de alcohol, botes de arsénico y de otras substancias químicas, bisturíes, tijeras y microscopios de diversos tamaños.

De ahí nos hizo pasar Housewell a otra habitación, donde estaba el laboratorio propiamente dicho. Al entrar no pude contener un grito de sorpresa. En la penumbra de la pieza veíanse formas humanas acurrucadas, o erguidas con los brazos extendidos hacia las paredes. El criado dió vuelta a la llave de la luz eléctrica. Lo que había tomado por personas eran grandes monos embalsamados: chimpancés, orangutanes y gorilas.

Estaba tan absorto en la contemplación de estas momias que no me di cuenta de los demás ocupantes vivos del laboratorio. Cuando volví la cabeza vi apretada a la pared una serie de jaulas y tanques de cristal que contenían diversas especies vivas: monos, ranas, lagartijas, serpientes de agua, peces y aves. Algunas de las jaulas estaban cubiertas por lonas, debajo de las cuales se veían mover formas imprecisas. Era evidente que la trágica muerte del naturalista había librado a todos esos cautivos de un final no menos trágico.

—¿Qué es esto? — preguntó Grey a Housewell, señalando una caja como de cuatro pies de altura, con barrotes, bajo los cuales gruesas cortinillas escondían su interior a los extraños.

—Esta caja está ahora vacía, señor — repuso el criado. — Contenía uno de los monos más grandes que mi amo trajo del Africa. Traía esta etiqueta.

Nos mostró una etiqueta pegada a la tapa, que decía: "Chimpancé de los bosques iturianos. *Advertencias: este animal es peligroso; no abrir la jaula*".

Grey abrió la puertecilla. Adentro había un poco de paja, una almohadilla, una jarra de agua y varios trozos de carne cruda. El olor era insoportable.

—¿En dónde está ahora el animal? — preguntó el detective.

—No sé, señor — repuso Housewell sacudiendo la cabeza. — Mi amo realizaba en esta pieza sus experimentos científicos. A veces solía encerrarse aquí por días enteros. Cuando necesitaba alimentos o lo que fuese, telefoneaba a la casa. Tanto mi mujer como yo, teníamos órdenes estrictas de no acercarnos jamás al laboratorio, salvo que él nos llamase.

Las palabras del criado me hicieron estremecer. ¿Por cuáles métodos de tortura científica habrían muerto todos esos animales embalsamados? ¡No era extraño que Darlington hubiese hecho construir su laboratorio lejos de la casa; lejos de todo ojo y oído humanos!

Grey y yo examinamos la pieza con detención. Varias veces noté que Housewell no perdía de vista ninguno de nuestros movimientos. De la pared estaban colgados dos rifles.

—Don Cristóbal trajo estas armas del Africa, supongo — dijo el detective.

—Sí, — contestó el criado.

—¿Y el revólver?

—¡Hum! También — repuso el hombre después de un momento de duda.

—Fué encontrado en la alcoba a sus pies. ¿Dónde solía guardarlo?

—Aquí, señor — dijo Housewell, tirando de un cajoncito de la mesa, — Lo tenía siempre a mano... Lo necesitaba... a veces... durante su trabajo...

—¿La gaveta estaba cerrada con llave?

COMO UN NIÑITO CIEGO...

Es una primavera llena de aristocracia,
con bellezas discretas de paisaje interior,
Su gesto mesurado pone con blanca gracia,
en los labios un beso, en el pecho una flor...

El bálsamo que fluye de la flauta encantada,
da su óleo de armonía para todo dolor,
y al recoger la tarde su falda perfumada,
el jardín pensativo palidece de amor.

(Un apaciguamiento indefinido,
como una lluvia mansa en día de sol,
sonrisas para todo lo vivido,
y orquestaciones íntimas de caracol).

Como un niñito ciego se resigna al instante,
a no ser en el día más que una dulce voz,
y sonríe en las faldas de la tarde fragante,
como un lirio tocado por la mano de Dios...

Fernán Félix de AMADOR.

ANECDOTA

Según cuenta el historiador Arriano, cuando Alejandro Magno macedonio llegó en su carrera triunfal hasta La India, conoció allí a varios filósofos; hombres tan libres que no aceptaban el yugo de nadie, y antes morían que dejar de ser libres.

Alejandro, grande en todo, los admiró, rogándoles que le acompañaran en su ruta, cosa que quiso aceptar solamente uno de ellos. Calano.

Siguióle, pues, algún tiempo en el curso de sus expediciones; pero ocurrió que, a poco, hallándose en Persia, el filósofo cayó enfermo; y este hecho simple fué para él de grandísima pesadumbre, porque sentía horror a los achaques que acompañan a la salud quebrantada y a la vejez. Tenía ya formado el propósito de morir antes que soportarlos.

Así, a los pocos días, no habiéndose mejorado, determinó quitarse la vida y eligió el fuego, comunicándoselo en seguida al rey.

Alejandro, asombrado de la determinación de Calano, se opuso con energía; mas como comprendiese que la resolución del filósofo era muy firme, accedió y dió orden de que se preparase la pira, como se hizo, echando con toda solemnidad sobre los leños, costosos perfumes, y honrando el acto él mismo con su presencia y un destacamento de soldados.

Calano se despidió de todos, tendióse sobre la leña, y en el instante de prenderle fuego sonaron las trompetas.

—No. Estaba abierta un poco para poder echar mano al revólver con rapidez. Fué así como descubrí el arma una vez que me llamó el amo.

Grey le escuchaba pensativo.

—Bien; ahora muéstrenos el dormitorio — dijo.

Estaba en el piso superior. El criado nos abrió la puerta con su llave. Un detalle digno de nota es que todas las puertas se cerraban automáticamente, y eran tan pesadas y fuertes que con dficultad las atravesarían de un balazo. La alcoba estaba amueblada con sencilla elegancia. Al lado de la cama había una mesita y un sillón. Una gruesa alfombra cubría el piso. El cuarto tenía dos ventanas: la una guarnecida por una gruesa reja, y la otra, pequeña y circular, de unas siete u ocho pulgadas de diámetro.

—La ventana más grande — dijo Housewell — además de tener reja es de cristal doble, y está hecha de tal modo que no se puede abrir. Las del piso bajo son todas iguales. En esta forma mi amo estaba seguro que nadie le molestaría durante su trabajo. La claraboyo fué puesta para que entrara aire fresco y renovase el del interior.

Esto explicaba el silencio de tumba del laboratorio.

Examinamos la ventanilla. A sus pies crecía el árbol cuyas ramas más altas llegaban hasta unos cincuenta centímetros del alféizar.

Grey señaló con el índice la colina cercana.

—Las copas de los árboles se están moviendo en el cerro; éste, en cambio, permanece quieto.

Sacó la mano para probar la brisa, y aferró una hoja con la punta de los dedos. Lentamente atrajo hacia sí la rama e hizo inclinar la copa hasta rozar la pared. Después la soltó de golpe. El árbol se bamboleó un poco y luego volvió a su posición normal.

Grey abandonó la claraboya y volvió a recorrer la pieza de un lado al otro. Se detuvo junto a una vitrina llena de flechas y armas de los pueblos primitivos. La abrió con una llave que le dió el criado.

El detective tomó los dardos con sumo cuidado y los examinó, uno por uno, con una lente. Extendí la mano para agarrar uno de ellos.

—No; no los toque — exclamó — están envenenados.

Los volvió a dejar en su lugar.

—Podemos descender — dijo.

Abandonamos la alcoba, cuya puerta cerró Housewell con llave.

* * *

Cuando bajé al comedor para la cena, Grey ya me estaba esperando. La mesa estaba servida para dos. Hicimos honor a la suculenta comida, que nos fué servida por el criado con la solicitud de un viejo y experto sirviente. Después del café el detective rompió el silencio.

—Housewell — dijo — desearía hablar con su esposa.

Dos minutos después estaba con nosotros el ama de llaves.

—Siéntese, señora — dijo Grey con amabilidad — y cuénteme lo que sepa acerca del árbol. La señora Alister me dijo que usted lo vió moverse en la noche de la tragedia. He venido aquí a investigar la muerte de su amo, y es necesario que ustedes me ayuden en todo lo que sea posible.

La historia que nos contó era bien sencilla. Padecía de frecuentes insomnios. En la noche de la muerte de Darlington, después de revolverse largo rato en la cama sin poder conciliar el sueño, bajó para tomar un poco de agua. Al pasar por la ventana se detuvo a contemplar el paisaje. Su vista se posó primero en la lejana aldea que se encuentra en lo hondo del valle, luego en la colina, y por último en el laboratorio. El árbol que se encuentra a un costado de éste, se movía como si soplara un fuerte viento.

Al principio no prestó atención al hecho, pero después se dió cuenta de que la noche era extraordinariamente serena y de que los demás árboles permanecían inmóviles. Se fijó entonces con mayor interés y vió que la copa no se balanceaba rítmicamente como cuando el viento la mece, sino que saltaba hacia la ventana como si la animara el deseo de alcanzarla.

Era tan extraño y misterioso el cabeceo del árbol a la luz de la luna, que sintió miedo y dejó caer la cortina. Pensó en despertar a su marido, pero ante el temor de que se burlara de ella, logró dominar sus nervios. Con el corazón palpitante volvió a levantar la cortinilla: el árbol estaba ahora inmóvil. Tranquilizada, se acostó y no volvió a pensar en el enigmático cabeceo hasta el trágico descubrimiento del día siguiente.

—¿Había luz en el dormitorio? — preguntó Grey.

—No sé decirle. El árbol me hizo olvidar todo lo demás.

—¿Se oía algún ruido?

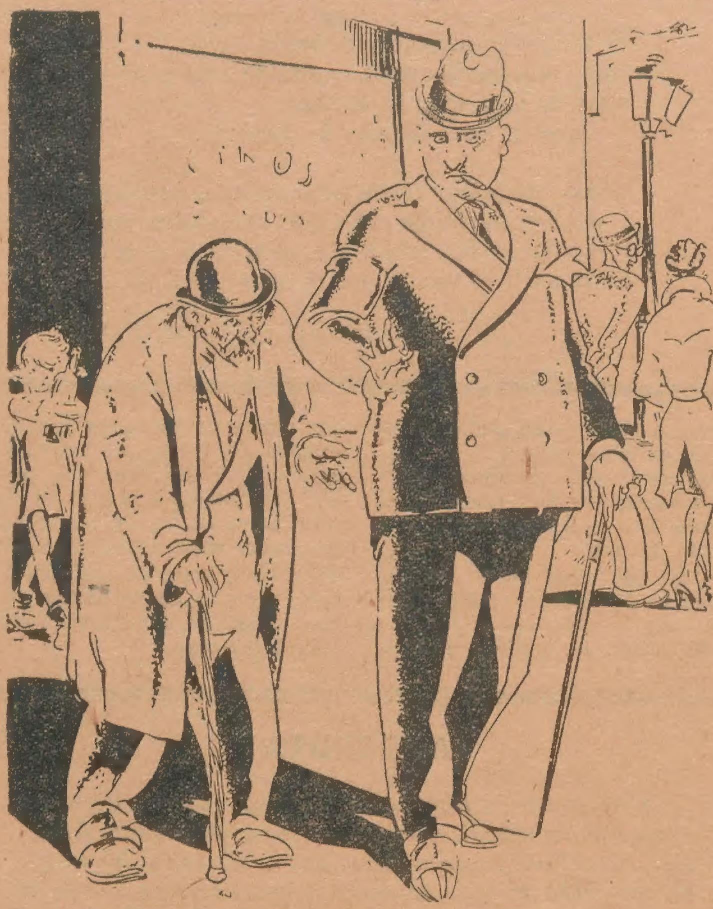
—No, señor.

—Muy bien, muchas gracias. Esto era todo lo que le quería preguntar.

La sirvienta se retiró. Housewell estaba por seguir su ejemplo cuando le dijo el detective:

—Siéntese, por favor. Eso es. ¡Hum! No sé si me equivoco, pero me parece que usted sabe acerca de la muerte de su amo mucho más de lo que ha revelado a la policía.

El criado hizo un movimiento para reafirmar su inocencia.



—Tome estos diez centavos, pero no se los gaste en vino.
—Si le parece a usted me los gastaré en champán.

—La señorita Alister "cree" que usted esconde algo — prosiguió Grey, — pero yo lo "sé". Sé que guarda un importante secreto relacionado con la jaula vacía del chimpancé desaparecido.

El criado miró a Grey pensativo.

—Si escondo algo es porque tengo mis razones — repuso con reticencia. — Es una cosa que se relaciona con las investigaciones de mi amo. Yo no tengo el derecho de hablar sobre ello.

—Su lealtad es digna de elogio, pero su silencio — si persiste en él — puede acarrear más daño que beneficio a la memoria de su amo.

—Me desagradaría si así fuese, señor. Don Cristóbal ha sido muy bueno conmigo y con mi mujer durante más de veinte años; y en recompensa, lo menos que puedo hacer es cumplir mis promesas. Al entrar a su servicio me exigió el solemne juramento de que nunca revelaría a nadie lo que observase en su laboratorio. He sido fiel a mi palabra durante un cuarto de siglo, y no quisiera quebrarla ahora. Además, esa cosa... no tiene nada que ver con su muerte.

—No puedo creerlo mientras no sepa de qué se trata. Es mejor que usted sea sincero conmigo, o de lo contrario le prestará un flaco servicio a su amo. ¿O tal vez preferiría usted tener que hablar delante del juez?

—Pues bien, ya que lo exige y que se trata de vindicar la memoria de don Cristóbal, le diré lo poco que sé. Cuando regresó del Africa fuí a esperarle a la estación. Traía consigo una enorme cantidad de cajas y jaulas que fueron despachadas al laboratorio en varios camiones; pero había una caja que se empeñó en que la lleváramos en el auto. Personalmente ayudó a bajarla del vagón, y no se apartó de ella ni un instante hasta verla en el coche. Una vez en casa le pregunté qué contenía. Me contestó que se trataba de un mono muy raro que traía de las selvas del Africa, y al que había debido cuidar él mismo durante el viaje.

"Nunca más hubiera vuelto a pensar en ese animal, a no ser por algunos hechos extraños que acaecieron pocos días antes de la muerte de mi amo. Como ya se lo he dicho, don Cristóbal solía encerrarse días enteros con expresa prohibición de que nadie lo molestase. Cuando necesitaba alimentos me hablaba por teléfono y yo se los llevaba inmediatamente. Pero a veces estaba tan atareado que se olvidaba hasta de comer; en esos casos dejaba en la puerta del laboratorio un "cocktail", o una taza de caldo. Una tarde, a las cinco, como el amo no hubiese comido nada durante el día, mi mujer preparó una taza de té fuerte, que llevé al laboratorio en una bandeja. Estaba para golpear a la puerta con los nudillos cuando oí la voz de don Cristóbal. Hablaba con alguien en alta voz en un idioma que no pude entender — y con tono de enojo. Después oí el silbido de un látigo seguido de un lamento y de un ruido de pasos. Mi amo empezó a correr respirando dificultosamente como si persiguiese a alguien. El látigo volvió a caer varias veces y el castigado a lamentarse con quejidos cada vez más débiles. Me dió tanto miedo de lo que oía, que dejé la bandeja en el suelo sin llamar, y escapé como corrido del diablo.

"Pero esto no es todo. Otra cosa extraña sucedió también en la noche anterior al suicidio de don Cristóbal. Al pasar por delante del laboratorio, camino del jardín, oí adentro un ruido. Al principio creí que se trataría del amo. Escuché mejor; los pasos no eran de él; eran como los pasos de un niño. Andaba de un lado para otro y de vez en cuando daba un salto, como un niño que quisiese alcanzar la ventana para ver lo que pasa afuera. Se me ocurrió que debería ser algún mono escapado de la jaula. En el jardín encontré al amo y le conté lo que había oído. Lanzando un grito se avalanzó hacia el laboratorio. No sé lo que sucedió después, pero al día siguiente don Cristóbal confirmó mi hipótesis y me agradeció mi premura en avisarle, porque en caso de escaparse el animal las consecuencias hubieran podido ser terribles".

—Son circunstancias muy extrañas — observó Grey. — ¿Por qué no se lo contó usted a la policía?

—He oído y he visto en el laboratorio cosas mucho más raras. Mi amo era un gran sabio y realizaba numerosos experimentos. No me correspondía a mí juzgarle ni averiguar el motivo de sus hechos. Durante un cuarto de siglo confió en mi discreción: ¿por qué habría de serle infiel ahora?

—Pero desde el momento que vió la jaula vacía, debió comprender que su inquilino se había escapado — repuso el detective.

—¿Y aun cuando así fuese? La policía se habría reído de mí y me habría recomendado poner un aviso en los diarios de que se perdió un mono. Además, no estoy seguro de que hubiese escapado. He visto entrar al laboratorio muchas jaulas con animales que después quedaban vacías para siempre. No, señor; no he hecho más que cumplir con mi deber para mi difunto amo, y espero que usted lo comprenda.

—Está muy bien, Housewell: le

entiendo y le disculpo. puede retirarse — dijo Grey.

—Hemos oído dos extrañas historias esta noche — observé cuando se fué el criado, — pero no veo qué relación puedan tener con la muerte de Darlington.

—¡Oh, la tienen! — contestó mi amigo. — Ellas demuestran claramente que no hubo suicidio. El dueño de esta casa fué asesinado y de un modo muy extraño. Al principio me pareció que no pudo haber crimen; pero la vitrina de flechas africanas me puso sobre la pista, aunque en un comienzo no comprendí todo su significado. El relato de Housewell me ofreció el eslabón que faltaba en la cadena de mis deducciones. El asesino saltó del árbol a la ventanilla, se deslizó después al interior de la alcoba y mató a Darlington con su propio revólver. Era un huésped del laboratorio; por más detalles: de la jaula misteriosa.

"Pero no crea usted que se trata de un chimpancé. Hay monos de inteligencia asombrosa, no lo dudo. Sin embargo, suponer que uno de ellos pudo haber realizado este crimen sería dotar a estos animales de cerebro humano, No hay en el mundo simios que sepan manejar un revólver y que estén animados de na sed humana de venganza".

—¿Venganza de qué? — pregunté.

—De los crueles experimentos realizados sobre su cuerpo en nombre de la ciencia. Es indudable que la criatura que mató a Darlington es un hombre, o una especie de hombre...

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—No puedo responderle todavía. Ante todo debo apoderarme del criminal, del ser que escapó de la jaula. En ese sentido lo mejor que podría usted hacer es acostarse y dejarme trabajar solo. Mañana, probablemente necesitaré de su ayuda. Yo vuelvo al laboratorio. Buenas noches, pues.

* * *

A la mañana siguiente Grey me despertó a las cinco. Media hora más tarde partíamos a caza de la extraña criatura. A poca distancia del laboratorio encontramos las huellas de un pie pequeño como el de un niño. Lo seguimos por la orilla del río hasta un bosque espeso blanqueado de colinas. El bosque terminaba en un cerro escarpado donde se abría la entrada de una antigua mina de plomo.

—Nuestra presa está en la mina — dijo mi amigo. — Es necesario que descendamos. Aquí veo una escalera de madera. Yo bajaré primero y alumbraré el camino con la linterna.

Con el revólver en la mano y pegados el uno al otro avanzamos por el túnel. Nuestros pies chapoteaban en el agua y nuestras cabezas chocaban a cada rato con la bóveda baja y húmeda. De pronto el túnel empezó a ensancharse. ¿A dónde íbamos? ¿En qué terminaría nuestra aventura? Estaba haciéndome estas preguntas, cuando Grey se detuvo.

—Mire, Haldham — murmuró.

Dí un paso atrás. A nuestros pies se abría un abismo. En lo hondo se oía fluir el agua, lenta y majestuosa. Cuando nos acostumbramos al rumor de la corriente, llegó a nuestros oídos un débil llanto. Grey proyectó la luz de la linterna sobre las paredes de la hondonada. Acurrucada en una pequeña saliente, vimos una extraña criatura. ¿Sería un hombre o un mono? Era difícil precisarlo, pues tenía de ambos a la vez.

—Tome la linterna — dijo el detective. — Yo bajaré a buscarlo.

Con angustia le vi ensayar el descenso. Cuando la siniestra criatura le vió acercarse, se encogió toda temerosa y trató de escapar. De pronto lanzó un quejido animal y se desmayó. Al caer, Grey le recibió en sus brazos. Después vino la parte más penosa de la prueba: la subida. Dos veces se detuvo balanceándose peligrosamente en el borde del abismo sin fondo. Por último tras varios frustrados esfuerzos, pude alcanzarle la mano, y ayudarle a ascender.

—Volvamos en seguida — dijo el detective. — Esta pobre criatura está casi muerta. Hace varios días que no come.

En el jardín de la casa encontramos al criado.

—Housewell — llamó Grey, — encárguese de esta criatura. Escapó de la jaula del laboratorio y se escondió en la mina de cobre. Necesita mucho cuidado. Póngale en una pieza separada y trátelo bien. Usted tendrá la responsabilidad de lo que le suceda hasta que resuelva lo que se debe hacer con él.

—¿Qué es, señor? — preguntó el criado receloso. — ¿Un hombre o un mono?

—Un hombre, indudablemente. Es un pigmeo bambúk, del Congo, que su finado amo trajo a Inglaterra en una jaula. Trátelo un poco mejor que él. Dele comida y póngale en una habitación con estufa.

* * *

—La policía llegó a una conclusión demasiado precipitadamente, —me dijo Grey en el tren, — aunque no puede condenársele, pues la verdad es tan fantástica, tan absurda, que no es extraño que se le hubiese escapado. Las flechas de la vitrina, como ya se lo dije, me dieron la clave del misterio. La toxicología es un estudio fascinador al que me dediqué en otros tiempos. Los conocimientos que poseo de la materia me permitieron identificar las flechas por la coloración especial del veneno en que están untadas. Ese tósigo, de color ocre, obtenido gracias a la prolongada maceración de la corteza de un árbol tropical, es empleado únicamente por los pigmeos de las selvas meridionales del Congo, descubiertos por Stanley en sus viajes de exploración. Es la raza más pequeña del mundo. Los hombres tienen una altura media de un metro; las mujeres, de ochenta centímetros y a veces menos.

"Al principio no me dí cuenta del verdadero significado de mi descubrimiento. Pero más tarde, cuando oí el relato de Houswell, empecé a ver claro en el asunto. Darlington, que pasó dos años en las profundidades de aquellos bosques, trajo consigo no sólo una colección de dardos de los enanos, sino también un ejemplar viviente de estos últimos.

"¿Con qué objeto? La respuesta es obvia. Esos pigmeos, escondidos en sus selvas casi inaccesibles, representan la forma humana más primitiva de cuantas sobreviven en el globo. Muy poco se sabe de ellos, y su territorio es completamente inexplorado. Darlington quería estudiar un espécimen vivo de esa raza con toda comodidad, a fin de determinar su posición exacta en la evolución de la especie. Pues los pigmeos, por más que tengan apariencia de monos, son hombres; seres humanos degenerados que habitan en las florestas del Africa Central, a cuyas profundidades nunca llega el sol.

"Darlington realizó en su laboratorio terribles experimentos con la infortunada criatura. A juzgar por lo que cuenta el criado, se ve que temía las consecuencias de su huída. Los pigmeos son inteligentes, astutos y extraordinariamente feroces. Se vuelven verdaderos demonios cuando se les maltrata.

"No sé cómo, pero el hecho es que un día el enano logró escapar de su prisión, animado del propósito de vengarse de su verdugo. Con este fin se llevó el revólver que Darlington tenía en el cajón de la mesa. Sin duda había visto alguna vez usar las armas de fuego. Poco trabajo le costó escalar el árbol — habiéndose criado y nacido en un bosque; — del árbol saltó a la ventana. Cazador nato, acostumbrado a rastrear una pieza sin hacer ruido, se deslizó al interior de la alcoba, se acercó al hombre que estaba leyendo y le disparó un tiro en la sien. Después volvió a salir por donde había entrado. Huyendo de la casa maldita atravesó el bosque y se refugió en la mina, que le pareció el escondite más seguro. Cuando lo encontramos estaba casi muerto de frío y de hambre. Si tardábamos un poco más, habría caído a lo hondo del abismo".

—Me parece que Darlington ha merecido la bala — dije. — Desde ningún punto de vista puede disculparse la realización de tales experimentos con criaturas humanas.

Grey se encogió de hombros.

—Talvez tenga usted razón —repuso. — De todos modos, es una cuestión de moral muy compleja.

—¿Y qué será del pigmeo? — pregunté.

—Ya he pensado en eso. Por de pronto estará a cuidado de Housewel hasta que yo lo reclame. Cuando lleguemos a Londres consultaré el caso con el gobierno, y trataré de ejercer toda mi influencia para que se mande al enano de vuelta a sus bosques nativos. Jurídicamente es irresponsable. Sería burlarse de los jueces llevarle ante un tribunal. Housewell ignora que él es el asesino de su amo; lo único que sabe es que escapó y que nosotros lo encontramos durante una visita a la mina. Y en cuanto a la señora Alister, le diré que he fracasado en mi investigación. Es mejor para la memoria de su hermano que continúe bajo el estigma de suicida, y no que salgan a luz estos hechos. ¿No cree usted lo mismo?

Le contesté que sí.

EL TELEFONO

Por Pedro Valdagne

Lo más sencillo, mi viejo, es que tú me telefonees mañana, tan pronto como tengas la respuesta.

Pero Corniche cambió de cara; me pareció furioso y al mismo tiempo sarcástico.

—¡Que yo te telefonee, me gritó! ¿Crees tú que yo tengo teléfono en mi casa, y me tomas por un imbécil! ¿Si te cuentas entre los innumerables abonados a esa invención del diablo, permíteme decirte que eres un tonto y un cándido!

—El teléfono, repliqué, me es muy útil. El me presta los mayores servicios y me evita una correspondencia numerosa y mil diligencias que me quitarían muchísimo tiempo.

—¿Entonces, tú obtienes alguna vez la comunicación?

—¡Pues sí... naturalmente!

—Comprendo: estarás cortejando a la señorita que se halla al otro extremo de tu hilo. ¡Yo, no consigo jamás una comunicación! Si por casualidad comienzo a hablar, ¡crac! me cortan en la mitad de la frase. ¡El teléfono me inspira horror! Ese utensilio que debo apretarme contra la oreja me es odioso; salen de allí temibles gorgorismos que no tienen nada de humano: cuando oigo: "¡Allo, fulano de Tal!" mi primer movimiento es de no creer: no me atrevo a hablar, oculto mi pensamiento. Muy bien puede no ser ese "Fulano de Tal". El teléfono no penetrará jamás en mi casa. Prefiero los neumáticos y hasta en caso de necesidad, los taxis.

Cuando un hombre tiene las ideas de mi amigo Bernardo Corniche, lo mejor es no contradecirle.

—Pues bien, dije conciliador, me enviarás un neumático.

Y me despedí de Corniche.

Tengo algunos negocios con él, pero no continuos, de manera que pasé sin verlo cerca de seis meses.

Nos encontramos a principios de julio, con motivo de un negocio de amortizaciones que él vino a proponerme y que me pareció interesante. Acabábamos de hablar largamente cuando me dijo:

—Reflexiona con toda calma. Yo no hablaré del asunto a nadie antes de tener tu respuesta. No tendrás sino que telefonearme cuando lo resuelvas.

No pude disimular un movimiento de sorpresa.

—¡Telefonearte! exclamé ¿Tienes pues, teléfono ahora?

—Lo tengo desde hace tres meses y estoy encantado.

—Pero hace poco, me hiciste contra él una profesión de fe virulenta, de la cual no he perdido aun el recuerdo. Sostenías que no servía para nada, que no obtenías jamás una comunicación, que te molestaba ese instrumento lleno de ruidos, tan vagos como peligrosos... ¿Has cambiado, pues, de opinión?

—Oyeme: — me dijo Corniche instalándose en el sillón, y en el tono de una persona que va a entregarse a las confidencias. — Desde que no nos vemos, ha pasado en mi vida un suceso grave, pero debo agregarte, encantador. Me he enamorado de la mujer más seductora del mundo y tengo motivos para creer que no le soy indiferente.

—¿La gran pasión, entonces?

—Tal vez... ¡Sí, yo lo creo así! ¡Ah, querido amigo, me parece que tengo veinte años!

—Pero, ¿qué tiene que ver el teléfono con esa gran pasión?

—El teléfono nos es indispensable. Si no me comprendes, es que no has amado nunca. Piensa que apenas nos hemos separado, sentimos deseos de volvernos a reunir. Entonces nos precipitamos al aparato y nos repetimos nuestro amor.

—¡Muy agradable!

—Y por la mañana, tan pronto como me despierto ,cojo el teléfono; sé que ella tiene el suyo cerca de su cama; le digo buenos días, le pido noticias de su salud y escucho embriagado lo que ella me responde.

—¿Pero estás bien seguro de que es ella quien te responde?

—¿Qué quieres decir?

—Tú me sostenías el otro día que jamás se estaba cierto de quién respondía en el otro extremo del hilo y que eso impedía la espontaneidad.

—¿Y la voz? ¿Qué me dices de la voz cuando Emiliana me responde?

—¿Se llama Emiliana?

—Sí. Bonito nombre, ¿no es cierto? Pues bien, cuando me contesta con su voz armoniosa y suave, no puedo dudar de que sea ella!

—En suma, ¿te has reconciliado con lo que llamabas una invención del diablo?

—¡No sabría pasarme sin él! Lo que digo ahora, es que me parece un invento maravilloso. Gracias a eso es que apenas me siento separado de Emiliana. Nos comunicamos por la mañana, al medio día y por la noche; fijamos nuestros encuentros, cambiamos nuestras ternuras y es como si no nos separásemos!

En realidad, Corniche me pareció rejuvenecido. Había perdido su aire gruñón y preocupado y les rendí homenaje a los poetas, que sostienen que sólo el amor renueva en nosotros las fuentes de la vida y que es el mejor de todos los bienes terrestres. Terminé fácilmente con Bernardo Corniche el negocio de amortizaciones que vino a proponerme; luego, nuestra existencia muy ocupada, nos lanzó de nuevo en direcciones opuestas y pasaron largos meses sin ver a mi amigo.

Su nombre me vino a la cabeza un día que alguien me habló de una fábrica de dulces para la cual Corniche, gracias a sus relaciones, encontraría, sin duda, los comanditarios necesarios.

Lo busqué, pues, y le expliqué detenidamente la combinación y concluí diciéndole:

—Te doy tres días. Dentro de ese término, te telefonearé para saber si tus gestiones han tenido éxito.

Pero Corniche retrocedió repentinamente y sobre su cara se pintaron las señales del horror.

—¡No, no! amigo mío, me dijo: no me telefonearás, porque no obtendrás respuesta alguna. No quiero oír más hablar de esa invención horrible, a la cual debo yo mi desgracia!

—¡Tu desgracia!

—¡Mi desgracia! insistió Bernardo, cuya fisonomía se convulsionó.

Yo pregunté tímidamente:

—¿Se trata acaso de Emiliana?

—De ella solamente, cuya alma noble y llena de traición sorprendí. Yo creía que me amaba, amigo mío!... Y sólo pensaba en engañarme. Ya he logrado dominarme después de esa revelación terrible, pero no te ocultaré que el golpe fué muy rudo! Por más que se lleve una coraza de escepticismo, hay casos en que los pobres hombres caemos de muy alto!

A pesar de todo este relato, yo no comprendía qué relación podía existir entre el teléfono y la culpable conducta de Emiliana. Se lo pregunté, pues, a Corniche.

—He aquí lo que pasó: — me dijo, — una noche quise telefonearle a Emiliana, y por error, me comunicaron con su número cuando precisamente ella hablaba con otro de tal manera que todo lo oí. Ese otro se llamada Mauricio: "¡Mi amorcito, mi Mauricio querido!" y agregó: "Ese idiota de Corniche me deja en paz mañana. Espérame a las tres, y te probaré que no amo sino a ti!" ¡Ah, su voz, amigo mío, su voz sobre la cual yo no podía equivocarme! Ahora comprenderás que no puedo ver más esa caja de madera, esos receptores pendientes del gancho ni oír esos "¡Alloo! ¡Alloo!" esos "¡no contestan!" ¡Todas esas abominaciones que sólo conducen a hacernos conocer lo que no debemos saber! No te telefonearé, pues. Te enviaré un criado de mi restaurante. ¡Eso será siempre más seguro!

FLOR QUE TOCO...

"Tout ce qu'on prend en main se fletrit".

Naturalmente. Es un gran error nuestro este deseo de sacar las cosas de quicio. El ideal se deshace en nuestras manos. Acudimos al engaño siempre. En cambio renunciamos a saber del alma de las cosas. Jamás estimamos el gesto espiritual. Siempre buscando la senda exterior. Es muy áspero el camino de la voluntad, y nuestras manos pecadoras tejen groseramente. El mundo infinito del espíritu es imposible ponerlo en obra. Muchos prefieren el pájaro en mano al buitre volando; pero el pájaro muere en nuestras manos, y el buitre nos obliga alzar la vista. El espíritu está por encima de todas las determinaciones, aun las más puras, que se ponen al alcance de nuestras manos. No hay acción humana, por elevada que sea, que lo recoja todo. Por mucha agua que se vierta, siempre queda agua en el fondo. La fe inagotable mana del corazón como un milagro eterno. ¡Qué cosa terrible esta de anhelar coger la verdad con pinzas !¡Como si la verdad pudiese cogerse a sí misma!

Desdichados de nosotros si la verdad estuviese fuera. Seríamos como peleles que caen al suelo si no se les sujeta. Además, ¿con qué derecho saldríamos de casa? Una voz desde lo alto nos pediría la licencia. ¿Quiénes éramos nosotros? Pero he aquí que nosotros somos ya la verdad.

El mundo es sólo un pretexto para los ojos. Y los ojos, una manera diabólica de cubrir el misterio. Los hombres andan entretenidos en averiguar si las cosas son para que las veamos o si las vemos porque son. A la postre, un juego de chicos. Más lejos, el alma sonríe melancólica en su abandono. Y las gentes siguen queriendo tocar las rosas. Cuando al tocarla se deshojan y sienten el dolor de perderlas, vienen las lágrimas a consolarnos. Y continuamos sin darnos cuenta de que el consuelo viene de adentro.

El alma sonríe aún, sonríe siempre, segura de su victoria...

V. GARCIA MARTI.

INVOCACION

¡Forjadores!...

¡Forjadores!...
¡Forjadores esforzados que en el yunque de la
(vida
y en la fragua de la idea,
con la faz enardecida
y los ceños retadores;
con la vista en que flamea
la virtud de un "quid" divino de potencia so-
(brehumana,
modelásteis el cerebro de los pueblos del futuro,
orientando pertinaces, con fulgencia meridiana,
el sendero del humano, tan agreste y tan oscu-
(ro!...

¡Forjadores!...
¡Los que al golpe del martillo de la ciencia pro-
(misora,
maga excelsa, fecundante, virtuosa, encantadora,
dísteis forma al pensamiento,
y plasmásteis corazones del más alto sentimiento,
arrancando, hora tras hora,
y segundo tras segundo,
al misterio de los mundos,
sus secretos más velados, sus espléndidas belle-
(zas,
y sus próvidas riquezas
arraigadas en lo hondo de la entraña del Pro-
(fundo!...

¡Forjadores!...
¡Bienhechores!...
¡Estudiosos que abismados en la celda solitaria,
en consorcio febriciente con el libro y la retorta,
auscultásteis las facetas de la vida milenaria!...
¡Nobles parias...
que con hambre de justicia
y la vista siempre absorta,
contemplando otra existencia recamada de arre-
(boles,
acallásteis a los torpes, destruyendo su malicia
y su ingénita sevicia,
sin más armas que compases, helioscopios y cri-
(soles,
liras, globos, cartabones,
heliostatos, telescopios, y magnetos y electrones,
entre lágrimas y risas y lamentos y canciones!...

¡Forjadores!...
¡Erasístrato, Praxágoras, Stephenson, Tolomeo,
Drebbel, Newton, Franklin, Chappe, Volta, Da-
(vy, Galileo,
Fulton, Seguin, Herofilo, Leibnitz, Guérique,
(Bradléy,
Páscal, Watt, Mongólfier, Lésseps, Arquímedes,
(Ampere, Harvey
Lénoir, Bazin, Copernico, Voillez, Dessen, Car-
(penter
Kepler, Láennec, Gutemberg,
Milliot, Nápier, Becquerel,
Carré, Galiber, Nobel...
almas grandes, prepotentes, intelectos superiores
retornad presto a la Tierra!...
¡Volved nobles Forjadores,
fundidores,
bienhechores,
y observad la lid impía que se libra entre estas
(gentes;
entre humanos,
entre hermanos,
despiadados, orgullosos, egoístas e inconscien-
tes!...

¡Vuestro esfuerzo sobrehumano, vuestro estu-
(dio peregrino,
que nimbaran las edades con deífica aureola,
hoy lo inmola
y lo exprime soez y torpe, el espíritu mezquino
de Satanes y de Judas;
de estos hombres, que en las rudas
odiseas de la vida, de esta impía y triste guerra,
consiguieros solapados,
asentar en las cervices de los mansos de la tie-
(rra,
sus codicias, sus maldades y sus odios encona-
(dos!...

¡Venid presto Forjadores!...
¡Calzad presto la envoltura!
¡Reanudad vuestras labores!
¡Modelad nueva estructura,



Antonio Fernández de los Reyes, distinguido poeta español que acaba de publicar, (precedido de un elogio de Rubén Darío), el libro de versos titulado "CANTOS DEL HIERRO", del que transcribimos la hermosa composición que aparece en esta página.

a este mundo que va recto a derrumbarse en
(el abismo,
y al que llevan delirantes, por el gozo enaje-
(nados,
la Soberbia y el Orgullo, la Maldad y el Egoísmo,
de Virtudes disfrazados!...
¡De virtudes que han huído
con los ojos lacrimosos, con semblantes afligidos,
a esconder avergonzadas en las sombras sepul-
(crales,
las substancias incorpóreas de sus vidas esen-
(senciales!

....

¡La Justicia sacrosanta,
la que dice y la que canta
el amor de los amores humanales esenciados,
la que iguala los derechos,
la que llena de alegría los cerebros y los pechos,
la que labra el "alma mater" de los bienaventu-
(rados...
¡ya no existe!... ya lo han muerto con vileza
(y artería;
y tras de ella ya han caído la Moral y la Hidal-
(guía,
la Grandeza del espíritu y la noble Bonhomía!
¡El Amor quintaesenciado,
el que expresa en campo abierto
sus delirios febricientes, sus anhelos, su heroís-
(mo,
y los lleva altivo y franco, de ilusión embriagado,
a las plantas de Dios mismo...
el terrible Prejuicio ya lo ha muerto!

....

Todo ha muerto ¡Dios clemente!... y en los
(tronos y sitiales
que ocuparon las Virtudes de belleza placentera,
hoy se sientan arrogantes y despóticas y arteras,
las pasiones y los vicios y las lacras terrenales,
con su corte de maldades, de intereses y mise-
(rias,
de vilezas e imposturas, de riquezas y lacerias,
y desdichas y alegrías y placeres infernales!

¡Volved presto Forjadores!
¡Plasmadores de la vida!...
¡Descubrid nuevos senderos a esta grey desven-
(turada,
que se pierde enloquecida
en los mágicos fulgores
que irradiara vuestra mente,
al mostrarles el misterio de la ciencia develada,
y el poder omnipotente
de la luz, de la substancia poderosa y omnisciente,
hasta entonces ignorada!...

....

¡Y tú el Grande de los Grandes, el Señor de
(los Señores,
el más Noble de los Nobles, el Divino, el Gran
(Maestro
de los nobles Forjadores;
el del alma más hermosa y el de más sublime
(estro;
el de mente esclarecida, donde brillan las ideas,
como estrellas refulgentes, como soles poderosos;
tú, el divino, el abnegado, el proscrito de Judea;
tú, que distes el consuelo a tullidos y leprosos;
que encarnaste nueva vida en la vida que moría;
que rompiste la tiniebla en la mente del sectario,
y las leyes y los ídolos de las viejas teogonías,
con tu verbo persuasivo, suave, dulce y lapidario;
tú, divino Jesucristo, que sufriste el cruel mar-
(tirio
de morir crucificado,
por librarnos del error y salvarnos del pecado;
tú que diste tu albo cuerpo, impoluto como un
(lirio,
a las manos de verdugos, fariseos y sayones,
y al dicterio y al aplauso de "marcadas" y la-
(drones;
tú, que diste el perfume de tu vida noble y
(pura
y la sangre de tus venas,
por mostrar a los humanos la bondad y la her-
(mosura
de otra vida más grandiosa, más ecuánime y
(más buena,
vuelve al Mundo Gran Maestro, Jesús Grande,
(Jesús mío,
ven y salva con tu verbo y tu espíritu abnegado,
a esta pléyade obcecada de perversos encum-
(brados,
sin más Dios ni más enseña que su pérfido al-
(bedrío.

....

¡Vuelve a ser crucificado!...

Antonio FERNANDEZ de los REYES.

RECIEN CASADOS

Por R. Blanco Fombona

La casona, sin estilo, aunque graciosa "la casona de la hacienda", como se la llamaba, yérguese, cuadrada y chata, coronando una colina.

Balanceándose en cómoda mecedora de bejuco blanco, una mujer, desde el corredor de la casona, divisa sin prestar atención los cielos azules, dorados hacia Poniente, y los campos, verdes y ferrosos donde las cañas de azúcar, lanzas de esmeralda flexible, ondulan al soplo de la tarde.

Es una linda y apetitosa mujercita de veinte o veintidos años, ni magra ni papanjuda. Los ojos, negrísimos, rasgados, profundos, se endulzan de luz, con mirar ingenuo y leal de niño, de buey o de can. La boca la tiene grande, gruesa, roja, la nariz, un sí es no es arremangada. El cuello del corpiño, desgolletado, deja al descubierto pulgadas de piel fresca y morena; los brazos regordetes y velludos, sacan sus morbideces de entre las mangas cortas. Espira un suave perfume suavemente afrodisíaco, parece que se hubiese puesto adrede provocativa, en medio de la sencillez vaporosa de su traje de muselina blanca rameada de azul.

Casada meses atrás, y muy enamorada aun de su marido, está esperándolo. El esposo debe de restituirse al hogar aquella tarde, después de una ausencia de varios días en sus otras posesiones rurales.

Sentía impaciencia la esperadora. ¿Por qué no llegaba el maridito pronto?

Eran las seis. Desde las cinco aguardaba allí, levantándose, sentándose, acariciando con mimos de palabras al canarito preso en su jaula dorada; consultando, sin fijar la atención, contemplando el paisaje vespertino y el desfile de los peones de la hacienda. Forzosamente los miraba desde aquel sitio.

Terminada la jornada, seguían casi todos el camino angosto y recto, entre dos cañaverales, al frente de la casona, camino que conduce al río, a la carretera, a la estación del ferrocarril, a los ranchos, a las pulperías.

Ella ve sin mirar, pensando en el ausente. ¿Por qué no llega pronto? De sobre una mesita de viena toma un volumen de tafilete encarnado y cantos de oro. Es un libro de versos. Empieza a leer:

Moreno por el sol del Mediodía
que en llama de oro fúlgido la
(baña,
es la agreste beldad del alma mía
la rosa tropical de la montaña.

Interrumpe la lectura de aquellos versos:.

Los sabía casi de memoria.

Veloz, inquieta, incapaz en este momento de prolongada atención, recorre con la vista otro poemita, "Ausencia", ramplón y fogoso:

¡Quién me diera tener tus ma-
(nos blancas
para apretarme el corazón con
(ellas,
y beber en tus lágrimas preciosas
la casta luz de tus pupilas bellas!

Entorna los párpados y queda pensativa. El volumen gualda y oro rueda por la falda de muselina blanca rameada de azul, y cae al suelo. Tiene la dama un pequeño sobresalto, abre los ojos y en su pensamiento, de memoria, repite:

¡Quién me diera tener tus ma-
(nos blancas
para apretarse el corazón con
(ellas...!

La sombra, poco a poco, ha ido cayendo. Un criada aparece en los corredores y enciendo las lámparas. La dama se levanta, pasea, vuelve a sentarse. Del campo llegan rumores: los grillos estriden, al restregar sus antenas; uno que otro cocuyo pasea su lamparita en la obscuridad; una rana croa. No hay luna.

El cielo parece, a trechos, nubarroso, encapotado. Brillan pocas estrellas. A veinte pasos, fuera de la casa, no se ve. ¿Irá a llover, después de una tarde tan clara?, se pregunta la joven, con el pensamiento en el ausente.

De pronto a aquella mujer le brinca el corazón. Sobre el camino, en zig-zag ascendente que lleva a la casona, escucha el repiqueteado y conocido pasitrote de una mula. Hasta un extremo del corredor sale pronta y ya alegre, al encuentro del que viene. El caballero, que ya arriba, se desmonta y la abraza.

—Por fin llegas, Antonio — exclama ella, quejumbrosa. Te estoy esperando desde las cinco, ¡y son las siete!

—Sin embargo — responde él—, he venido en un periquete. Estoy empapado en sudor, muerto de cansancio: acabo de hacer diez leguas, por esos caminos de cabras, en un periquete.

La servidumbre acude, alborotada y familiar.

—Dios le traiga con bien, don Antonio.

Por toda respuesta, él pregunta:

—¿Me han cuidado a mi mujercita?

Y sin esperar respuesta, recomienda a un zagalón:

—Esa mula, Pepito.

Pepito, antes de la advertencia, ya ha conducido la mula, del diestro, hacia la caballeriza.

Los esposos penetran en las habitaciones. El, desea lavarse. Está, asegura, hecho un asco. Ella lo guía sonriente, enamorada.

A lo lejos, en el campo, ladra un perro.

CANTARIDA

Sé mía ,toda mía, y serán tuyos
Mi corazón, mi vida y mi destino.
Cantaré tus ternuras, tus arrullos...
¡Llama seré, junto a tu amor divino!

Viviré solamente la radiosa
Luz escondida de tus grandes ojos;
Y de mi alma yo haré solo mariposa
Del clavel ese de tus labios rojos.

Tuyo seré por siempre. En el empeño
De seguir tras tu gracia milagrosa,
Suicidaré el ideal y será ensueño
Sobre tu seno la constante prosa.

Y serás mía, solamente mía!
Me amarás mucho: y por amarme tanto,
Ha de llegar tu corazón un día
A sentir por su mismo amor espanto.

Y unidos por la garra impresentida
De una pasión domeñadora y fuerte,
De nuestro amor haremos nuestra vida,
Nuestra luz, nuestro ensueño y nuestra muerte.

L. GONZALEZ CALDERON

II

Antonio, después del almuerzo, se había echado sobre la hamaca, una holgada y fresca hamaca de hilo, cuyos flecos casi barrían las tablas relucientes del piso.

Su esposa, Ana Luisa, quedó en el comedor, en parloteo con una vieja criada que quitaba el mantel. Como en el comedor no penetra el bochorno, hizo traer allí su cofre de costura y allí continuó una comenzada labor de aguja.

Momentos después de comenzada la costura quiso decir algo a su marido, como si no hubiera conversado con él durante todo el almuerzo, prolongado por una cola de sobremesa. Cuando llegó al cuarto de Antonio, vió que su esposo dormía en plena corriente de aire. Cerró maternal y silente, la ventana, entornó la puerta y regresó a su costura.

El sol, afuera, cae como llama viva sobre los campos, tostándolos. Los árboles no mueven una hoja.



Seres y cosas parecen amodorrarse en la siesta del trópico, entre aquel cielo de ustorio de donde caen chorros de fuego, y aquella tierra de vahos urentes, donde el río, al sol, espejea, los guijarros cintilan como estrellas y los campos de caña fulgen como esmeraldas heridas de luz.

Dentro de la casona, las bestias dormitan en su pesebre; las gallinas se acogen a la sombra de los cobertizos en el corral; los cerdos hocicudos y ungulados, se hunden en el pantano de la zahurda; los sirvientes, adormilados y perezosos, descansan en la cocina, en el lavadero o bajo un par de mangos copudos que asombran un patio interior.

Ana Luisa ,acogida a la penumbra del comedor ,continúa cosiendo y cosiendo; pensaba en sí. ¡Qué feliz era! Amaba a su esposo y su esposo la amaba. Le parecía que fué ayer cuando contrajo matrimonio. ¡Y ya tenía once meses de casada! ¡Qué triunfo el suyo! Ni sus amigas, ni sus mismas hermanas, ni su propia madre, nadie, nadie creyó al principio que Antonio se casase con ella.

El era miembro de una antigua y orgullosa familia de Caracas; ella, no. El era rico; ella no. ¡Había tenido él, además, tantos y tantos amores! Ella abrigó siempre fe, sin embargo, desde los primeros días. ¿No estaba él de veras enamorado? Y ella, por su parte, no puso hábil empeño, todo su orgullo en conquistarlo? ¡Era tan bueno, tan generoso, tan caballero! Y al mismo tiempo, ¡qué buen mozo!

Pensó que podía haber despertado y fué a ver. Antonio dormía, vestido, casi de través en la vasta hamaca. La blusa — una suerte de guerrera de dril blanco — desabotonada en el pecho, dejaba percibir una camisa cruda, de cuellos, puños y pechera sin almidón. Largos cabellos de castaño oscuro, casi negro, ya entretejidos con abundantes hilos de plata — y ahora despeinado por el roce con la hamaca — le caían en mechón sobre la sien izquierda.

Ana Luisa, andando en la punta de los pies, tomó una vara de nar-

do del haz que se apretaba en un porrón, y con la vara en flor empezó, disimulándose, a cosquillear en la cara al durmiente. Antonio, aún adormitado, pasóse la mano por el rostro. Ana Luisa rompió en una sonora carcajada. El dormilón terminó por despertarse.

—¡Ah, eres tú, tribona!

Ella sentóse en la flotante yasiga, al lado de su esposo, casi sobre las piernas de Antonio, y con la vara florida continuó hurgándole boca, narices, orejas.

—Levántate, perezoso; levántate: son las tres de la tarde.

Antonio se puso de pie y abrió de par en par puerta y ventana.

Era un hombre alto, membrudo, de movimientos todavía bastante ágiles. Revelaba energía e inteligencia. La nariz era recta y larga: la boca fina, de dientes uniformes, cuidados con esmero. Los ojos pardos, enormes ,expresivos.

Tendría poco más de cuarenta y cinco años; es decir, doblada la edad de su mujer. No formaban una pareja desigual, sin embargo: tanto parecía él de salud y fuerza y garbo juveniles.

III

Antonio se había educado en Alemania. Y casi desde la nave que lo restituyó al pueblo nativo, a la muerte del padre, pasó a la gerencia de aquel y otros campos en los fértiles y opulentos Valles de Aragua, campos que le tocaron en lote hereditario.

—¿Por qué mi padre, se decía con razón, no me envió a escuelas agrónomas si, posesor de bienes rurales; era seguro que yo, único heredero varón de la casa, estaba llamado a dirigirlas? Ahora no me costaría el trabajo que me cuesta meterme en lo que no sé. Me dieron, en cambio, educación para una cosa que no iba a ser.

Tenía razón de sobra en sus consideraciones, frente a frente de aquella realidad para la que no estaba preparado. Sin embargo, su voluntad y su inteligencia triunfaron. Al fin, hasta la costumbre triunfó. No solo, andando el tiempo, dirigió con acierto y fortuna sus fincas rurales, sino que se plació en aquellas heredades, tan pintorescas como pingües. Nunca o casi nunca, iba a Caracas. Cada tres o cuatro años hacía una escapada a Europa, pasando por Caracas, como un relámpago.

Era entónces cuando veía a sus hermanas, ya casadas, y a otros parientes de la capital.

Ya de vuelta a sus tierras de Aragua no se ocupaba más de Europa; volvía a ser prototipo de hacendado criollo.

En sus campos imperaba como señor feudal. Entre hacendado y campesinos parecía que existiese un pacto tácito: de un lado sumisión. de otro lado protección. Y todo ello voluntario; no con base de despotismo por parte de Antonio ni de vileza por parte de los campesinos, sino con fundamento de recíproca bondad y de mutua conveniencia.

Las chicas se pirraban por él y el se pirraba por las chicas. Nunca le faltaba a un tiempo tres o cuatro queridas, ya fueran de sus campos, ya del vecino pueblo de La Victoria. Por eso cuando empezó a menudear sus viajes a La Victoria para visitar a Ana Luisa, que pertenecía a una familia modesta aunque absolutamente honorable, nadie creyó que se enseriasen aquellas relaciones y terminasen en connubio formal. Pero Ana Luisa, abroquelada en sus ideas de deber y en sus tradiciones caseras de virtud, no era una fácil presa y Antonio estaba enamorado.

¿A quién, por otra parte, pensaba él a quién asociar a su vida, ya madura por los años, el clima y los placeres, sino a aquella encantadora mujercita a quién amaba? Nada podía tachársele. En cuanto a la familia de su novia, la escocía un poco, valga la verdad, el tener que infligirse aquellos futuros concuñados: dos zafios alemanes del comercio de La Victoria, maridos de sendas hermanas de la electa. "Después de todo, pensó Antonio, yo no me caso con esos alemanes, sino con Ana Luisa". Y ya no titubeó en pedirla en matrimonio.

No podía quejarse de su vida. Había sido feliz. Su esposa, enamorada cada vez más, desviviase por hacerle agradable la vida. Nunca había encontrado una mujer tan queredora ni tan amoriscada

Aquellos mismos pobres diablos de alemanes, maridos de las dos hermanas mayores de Ana Luisa, aquellos tudescos vulgarotes, su preocupación un tiempo, eran bonísimos sujetos que veían por los ojos de Antonio; y tal vez más respetuosos de lo que a parientes corresponde.

Los domingos reuníanse en casa de Antonio y su esposa — en la casona de la hacienda — Misia Tadea, madre de Ana Luisa y los hermanos menores de ésta última: Rosa y Justo. También iban las dos casadas; e iban con sus respectivos alemanes y sendas colas de chiquillos. Se pasaba un día de holgorio. Regresaban a La Victoria, ya de noche, apilados en dos viejos coches, dando gritos y risotadas que despertaban en sobresalto a los chicuelos, dormidos en el regazo materno o en los rincones de aquellos fantásticos y enormes cochesotes. Los alemanes repletos de cerveza, tenían una borrachera jovial y charlatana. Las esposas de ellos, los hijitos, el cuñado Justo, todos, todos, estaban acostumbrados a las dominicales turcas, apacibles y bullangueras.

IV

Antonio había partido de nuevo, a pesar de las lágrimas de Ana Luisa, protestando regresar dos o tres días más tarde; pero transcurrió una semana y no dió señales de vida. Por dos veces escribió a su esposa, jurándole que de no retenerlo el campo o "hacienda de "Pascua Florida", donde estaban "moliendo" (es decir, modiendo las cañas dulces en el trapiche, para extraerles el jugo y convertirlo en papelón (1) y azúcar) ya estaría de regreso.

"No es verdad, pensaba Ana Luisa; no es verdad que lo retenga la molienda".

¿Qué lo retenía entonces, el mes pasado, en "Casigua", donde no estaban moliendo y hace dos meses en las "Chozas"? La idea de que alguna aventura amorosa fuera la causa de aquella separación la desazonaba sobremanera. ¿Sería posible? Sí; en punto a mujeres era posible creerlo todo en Antonio: ahí estaba su historia. ¡Y ella la tonta, que lo creía encadenado, rendido para siempre!

Los celos, el amor, la naturaleza sensual, extremadamente sensual de Ana Luisa, la inquietud de aquellas continuas e inexplicables ausencias, se enroscaban en el alma de la esposa y la hacían escribir al marido cartas quejosas y apremiantes. Pero a él no le faltaban argumentos para excusar sus ausencias, menudeadas ya más de la cuenta, según sentir de la damita, y prolongadas con exageración.

De medio año a la fecha no corría mes sin viaje de Antonio. Al principio dejaba a su esposa en La Victoria, en la casa materna, bajo la custodia de Misia Tadea. Era una regresión de Ana Luisa a la soltería. Ocupaba entonces la misma pieza de sus núbiles años. Pero imaginó que Antonio, sabiéndola, no en casa de Misia Tadea, sino sola en el caserón de la hacienda, o no partiría tan a menudo o, regresaría con más premura.

Así, pues, en la primera ocasión después de ocurrírsele aquella idea, la puso por obra y se resistió a quedarse en La Victoria. Hubo que transigir con la intransigente. Desde entonces, para no dejarla sola con la servidumbre en el caserón de la hacienda, le dieron por com-

(1) En Venezuela llaman papelón al azúcar prieto.

pañía a su hermanita Rosa, mientras Antonio andaba por sus otras fincas rurales: "Las Chozas", "Casigua", o la montañera "Pascua Florida". De noche sentían miedo ambas hermanas, a pesar de la servidumbre numerosa y fiel. Se conversaban de lecho a lecho para infundirse valor y dormían con luz. Rosa, más valiente o más despreocupada, se dormía sin mayores dificultades, mientras que Ana Luisa, sin poder conciliar el sueño, cavilaba en la ausencia de su esposo, sentía celos de mujeres desconocidas y recordaba las noches en que, ovillándose entre los brazos de Antonio, se dormían entrelazados.

Lo amaba física y moralmente. Lo amaba más de lo que ella creía, por función natural de su organismo. El hastiarse en casa de Misia Tadea, era amor; la pavura en las noches de la hacienda, era amor, y las cavilaciones por la ausencia de Antonio, aquella angustia porque viniese pronto, ¿qué era sino amor y únicamente amor?

Un día, al amanecer, después de noche insomne, dijo a Rosa:

—Tengo ganas de llamar a Justo para que me acompañe a "Pascua Florida".

—Pero ¿estás loca? — repuso la hermana —. ¡Un viaje de diez leguas a caballo por esos caminos de cabras! A Antonio, además, le disgustaría mucho.

—¡No importa! Ese viaje, y en idénticas circunstancias, ya lo he hecho otras veces.

—Pero recuerda que Antonio se puso furioso contigo la vez que fuistes sin anunciárselo ,y con Justo, porque te acompañó.

—Diez minutos después había perdonado. ¿No lo conoces?

Rosa, como más joven y sin grande autoridad sobre su hermana, cedía; pero no sin tratar de convencerla.

Por fin, como para librarse de responsabilidades, preguntó:

—¿Por qué no consultas a mamá?

Ana Luisa repuso inmediatamente:

—Dejemos a mamá tranquila. Después de todo, yo no cometo un crimen, sino que voy donde está mi esposo. Además, si pienso decírselo a mamá, aunque no en son de consulta.

El argumento no tenía vuelta. A Rosa le pareció que insistir era echársela de intrusa.

Por teléfono, aquella propia mañana, llamó Ana Luisa a Justo, el menor de sus hermanos, el único varón, un mozalbillo de trece años. Este ofreció irse a almorzar con ella. Misia Tadea tomó la bocina telefónica de manos de Justo, para saludar a sus hijas. Protestó, con voz de sonrisa, de que Ana Luisa invitase a Justo a almorzar. Ana la dejaba sola, sin Rosa y sin Justo; no debía acapararlos a todos, sino devolverle al uno o a la otra.

Y agregó para lisonjear a su hija Rosa:

—Sobre todo a la otra.

Ana Luisa, mimosa, la instó a que fuese con Justo a almorzar en la hacienda. La vieja aceptó.

No había dado la una y ya estaba de vuelta en la hacienda una de las venerables calesas enviada a La Victoria por los huéspedes.

—Traigo un hambre de antropófago — dijo Misia Tadea por todo saludo al descender del coche.

Un momento más tarde satisfacía la anciana su apetito — que no era tan mayúsculo como ella fingía —en charloteo con sus tres hijos: Ana Luisa, Rosa y Justo.

Cuando se impuso, en la sobremesa, de los propósitos de Ana Luisa, Misia Tadea no prestó incondicional asentimiento a aquel proyecto; pero expuso con discreción, sin insistencia, sus objeciones. En cambio, Justo, cuando oyó hablar de viaje a "Pascua Florida" y que se esperaba de él acompañase a la hermana, protestó con energía a servirle de acompañante. El no iría. No iría por nada en el mundo. No quería exponerse a regaños y humillaciones. ¿Habían olvidado el regaño que atrapó, dos o tres meses atrás, por acompañar a su hermana, en condiciones idénticas, a "Las Chozas"?

Ana Luisa, que lo conocía bien, sonrió. Al amanecer, mientras Rosa y Misia Tadea hacían enganchar una de las venerables calesas para restituirse a La Victoria, partían a caballo en dirección a "Pascua Florida", Ana Luisa y Justo.

V

Los jinetes enfilaron el callejón que, entre tablones de caña de azúcar, conduce al río; pero en vez de atravesar la corriente y seguir por el camino carretero de La Victoria, torcieron rumbo a la diestra y marcharon bajo cúpulas de follaje, por una calle de árboles, paralela al agua.

Eran las seis. El sol se levantaba. La hierba húmeda chafábase bajo los cascos, mojándolos. Sobre las hojas de las cañas temblaban perlas de rocío.

De cada copa de árbol surgía un trino de pájaros. Los caballos, alegres y ganosos de andar, sacudían la cabeza, respiraban la frescura y movían los belfos con sonoros resoplidos.

Un aroma de fresco y de campo insinuábase, persistente, y persistía, como el aroma de campo y el frescor, la música irrestañable de los pájaros.

A una y a otra mano de la verde calle tupida, los bambúes, aquí y allá, erigían sus redondas pértigas verdes; las eminentes marías apuntaban al cielo sus índices como campaniles vegetales; desplegaban sus anchas hojas de oro los araguaneyes.

Los jinetes avanzaban. ¡Qué rica frescura de mañana! Justo, reconociendo los árboles, se complacía en saludarlos como a viejos amigos y casi casi los presentaba a su hermana, distraída en íntimos pensares

—Mira, Ana Luisa, ¡qué hermoso guayacán!

—¡Ah, sí: madera rosada, buena para agujas de tejer! — respondió vagamente Ana Luisa .

—¡Mira ésos pardillos!

—Sí, hombre, los veo; más me gustarían convertirlos en muebles: ¡es tan intenso y tan alegre su color de oro!

Los jinetes seguían avanzando. Al cabo de media legua, o poco menos, atravesaron el río, y luego de cruzar un prado, con la hierba a la cincha, empezaron la ascención del monte. Las cabalgaduras morigeraron el paso. El sol ascendía. A un momento, deteniendo su caballo, Justo llamó la atención a su hermana:

—¿Ves? — le dijo apuntando con el dedo hacia el horizonte.

Ana Luisa, sofrenando su alazán, lo detuvo y contempló el paisaje.

El valle estaba a sus pies. Los tablones de caña, simétricos y cuadrados le parecían un tablero de ajedrez. El río reptaba, serpentino a trechos bordeado de árboles, a trechos formando alguna pequeña playa sabulosa y reluciente. A lo lejos, sobre una colineta, la casa de la hacienda, su casa, levantaba sobre el valle paredes dominantes. Los techos del trapiche rojeaban en medio de la verdura y el viejo torreón ahumado ponía su nota parduzca en la clara alegría de la mañana.

Los jinetes espolearon sus bestias y las cabalgaduras rompieron a marchar.

Pronto no se vió el valle. Al primer cerro siguió otro cerro. Al cabo de una hora ya no se veía por todas partes sino un horizonte de montañas azules. La niebla, perezosa, surgía de las hondonadas. Las cúspides al sol chispeaban.

Ya el sol comenzaba a dardear fuego. Las bestias iban al paso .

Encontraban Justo y Ana Luisa, de vez en cuando, hacendados montañeses, caballeros en sus mulos, que bajaban a La Victoria; arrieros que conducían sus arrias cargadas con maíz, caraotas, papas, a mercarlas en la villa; mujeres con cestos de huevos a la cabeza, y en la mano, colgando cabeza abajo, pollos y gallinas.

A las diez o diez y media arribaron a un casón, donde se apearon. Era aquel caserón una posada.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando el sol empezó a declinar, partieron los hermanos. Ya tenían vencido lo más enriscado y arduo del trayecto.

—¿Vas muy cansada? — preguntaba a menudo Justo. Y Ana Luisa invariablemtnee le respondía:

—No.

A paso que anochecía y se acercaban a "Pascua Florida" empezó a cavilar con creciente inquietud sobre aquel viaje, emprendido sin consulta. Pero confiando en su amor y segura de sus fuerzas: "¡Bah, terminó por decirse, pensando en el esposo, yo domaré a león con mis besos!".

Llegaron a "Pascua Florida" al anochecer, cuando los jardines celestes florecían de margaritas de luz y una blanca luna del trópico encendía su fulgente fanal.

VI

Un farol, grande y feo, iluminaba el corredor de "Pascua Florida" Y en el centro del corredor, sentado a una mesuca provisional, de mantel no muy católico, Antonio estaba comiendo en mangas de camisa. La soledad lo acompañaba. Una criada vieja y de aire zurdo lo servía. En aquel pergueño, con una barba de tres o cuatro días, parecía Antonio un hombre avejentado.

Su sorpresa fué grande. Al principio sorprendióse del arribo de dos viajeros que llegaban a caballo hasta el mismo corredor donde él comía; pero creció de pronto la extrañe-

ARVEJILLA

Para FRAY MOCHO.

Arvejilla: eres toda
la Primavera.
Lujuriante, feraz, desaliñada,
tan pronto al muro trepas,
como echada a lo largo por el suelo,
te das a retozar sobre la hierba.
Te abrazas a los troncos,
y el viento te despeina.
Junto a la majestad de los rosales,
eres una locuela.
Como las notas de una carcajada,
brillantes, claras, frescas,
estallan de improviso tus botones
y tu cabello desgreñado muestras,
cubierto todo de papel picado,
como en un baile de carnestolendas.
Desordenada, frívola,
todas tus galas te has echado a cuestas.
Y al verte en tu lujoso desaliño
pienso que en un momento de indolencia,
cansada de pintar una por una
las flores del jardín, la Primavera,
puso multicolores pinceladas
como al capricho sobre su paleta,
y la arrojó después entre las plantas,
y se quedó enredada entre tus greñas.

Alberto LARRAN de VERE.

sa, en cosa de un segundo, cuando los reconoció.

—Y esto, ¿qué significa? — preguntó por todo saludo de recepción, con voz de hielo.

—A verte — dijo ella, sin saber a punto fijo que decir.

Todas las ideas y frases de seducción habían desaparecido del cerebro y de los labios de Ana Luisa ante aquel recibimiento glacial.

Antonio, sin permitir que Ana Luisa lo abrazase, como intentó, la condujo a una pieza enorme y destartalada, donde reposaba un hondo, un antiguo, un hórrido lecho de caoba. La vela encendida no aclaraba todo el aposento; en los rincones se acurrucaban paquetes de sombra.

Antonio no despegaba los labios. Su recepción era gélida y hostil. Ana quiso sobreponerse a la tempestad y aventuró:

—¡Jesús, Antonio, qué feo es todo esto! ¡Qué diferente de nuestro nido!

Antonio no desplegaba los labios. Ana Luisa intentó entonces de inspirarle lástima, y dijo:

—Estoy muerta de fatiga. He sufrido mucho en el viaje.

Antonio callaba. Por fin, no pudo ya disimular lo brusco de su cólera.

—¿Qué vienes a buscar? — inquirió con rudeza, encarando a Ana Luisa.

¿Por qué infringes mis disposiciones?

Ana Luisa, por única respuesta, rompió a llorar.

Antonio dirigió entonces sus baterías contra Justo, testigo mudo de la escena.

—Y tú, perillán — lo apostrofó, —¿por qué te prestás a semejantes farsas?

Justo intentó una disculpa. El no quería. Lo obligaron. El sabía que aquello no iba a gustar.

—Cállate y lárgate — le gritó Antonio, furibundo indicándole con el brazo extendido la puerta de la habitación.

Ana Luisa, la cabeza entre las almohadas, seguía llorando. Antonio, nervioso, empezó a pasearse a grandes trancos. Ana Luisa aventuró con dulzura, esperando apaciguarlo:

—Yo venía por acompañarte, ¿Prefieres esta soledad...?

Pero Antonio la interrumpió:

—Yo no prefiero nada, señora. Yo no deseo sino que usted no turbe mi vida.

Ana Luisa nunca lo había visto en semejante estado de furia, y arrepentida de aquel viaje inconsulto, continuaba llorando.

VII

Días más tarde, Antonio y su mujer, ya de regreso invitaban a comer, con un pretexto cualquiera, a Misia Tadea, Rosa, Justo y a los dos matrimonios victorioalemanes. Estos fueron, por de contado, con interminable cola de chicos. La casa, casi siempre tan tranquila, era aquella noche, a causa de los chicuelos y del buen humor de los grandes, una algarabía. Se comió bien, se bebió excelente borgoña, se menudeó el champaña y la tertulia duró hasta más de media noche.

Rosa había tocado guitarra; Misia Tadea, al piano, destrozó los "Nocturnos" de Chopín, que melancolizaron de lirismo su ya distante juventud, y hasta Ana Luisa, por tercera o cuarta vez después de casada, entonó con vocecilla mediocre, sus romanzas de soltera. Los chicos se habían rendido al sueño unos después de otros, y algunos acompañaban a tocadores y cantantes con ronquidos filarmónicos.

Cuando los alemanes se disponían a regresar a La Victoria quisieron llevarse consigo, según costumbre, a Misia Tadea y Rosa; pero Antonio insinuó que podían quedarse ambas a dormir allí aquella noche. La vieja no quiso. El insistió.

—Se pensaría — concluyó por decir — que es la primera vez que ustedes se quedan con nosotros.

Como Antonio insistiría resolvieron quedarse.

Desde la pelotera de "Pascua Florida" no creía Antonio tener tantos agasajos para borrar, en el ánimo de su esposa, aquella malacrianza de una noche. Se empeñaba en ser más dulce, más zalamero que nunca con Ana Luisa.

Ana Luisa radiaba asimismo, comprendiendo a su marido el mejor hombre del mundo y el más enamorado. La enamorada, sin embargo, era ella. La venda de amor no la dejaba ver sino felicidad en torno suyo, ciega a todo otro sentimiento que no fuera el que ocupaba su corazón.

Hacía una semana de su viaje a la "Pascua", de aquella noche y aquella escena de pesadilla. Esta semana fué una de las mejores de su existencia. La reconciliación de los besos valía la pena de la riña. Hasta una sombra de melancolía que le pareció descubrir en Antonio lo interpretaba Ana Luisa como un callado, como un noble homenaje de pesar por haberla ofendido.

¡Qué bueno era y qué galante su esposo! La mimaba y atendía con solicitud extrema y minuciosa, llena de ardides de afecto, como en los primeros días de boda. ¡Qué bueno y qué galante y cómo lo quería!

Esa noche, cuando los alemanes partieron y Misia Tadea, Rosa y Justo se retiraron a sus habitaciones, Antonio, después de apagar personalmente las luces de la sala y de los corredores, fuese al cuarto de su esposa. Ana empezaza a desvestirse. Antonio la enlazó por el talle y la colmó de besos sobre los hombros desnudos, en las mejillas, en la frente y aun en la boca. Ella le devolvía los besos con aquellos labios tan gordezuelos, tan rojos, tan sensuales; y terminó por cerrar, suspirando, los negrísimos ojos y reclinar la cabeza en el pecho de su marido.

—No tengo sueño — aseguró Ana —; pero acostémonos: conversaremos acostados.

El la condujo hasta una ventana que abrió, expresando que hacía calor. Ella se abotonó de nuevo su corpiño; y ambos, entrelazados, pusiéronse a respirar el aire tibio de la noche y a contemplar el cielo florido de estrellas.

Después de un corto silencio.

—¿Recuerdas, Ana Luisa — dijo él —, nuestra primera noche de bodas? ¿Recuerdas que nos asomamos a esta misma ventana? Tu llorabas y sonreías, casi a un tiempo.

Ana Luisa recordaba, ¡cómo no!

—¿Recuerdas — continuó él —, había luna, como esta noche?

—Sí; también recuerdo que yo deseaba quedarme el *mayor* tiempo posible en la ventana, para diferir un momento del que tenía miedo. Tú me aconsejabas de cerrar las maderas; pero no queriendo contrariarme, cedías. En aquel momento pasó por mi cabeza toda mi vida de soltera — nuestros amores, la fiesta nupcial, el cura, mis hermanas, mi madre.

Antonio tuvo un sobresalto que disimuló. A él le estaba ocurriendo algo parecido en aquel instante: acordábase de sus padres; acordábase de su juventud universitaria en Alemania (Dios santo, para venir a sumirse en un campo bárbaro del trópico); acordóse de sus viajes; acordóse de sus amores de fauno y de sus tácitos derechos feudales de pernada en las haciendas; por último acordóse de la casta doncellez de Ana Luisa y de la noche del desposorio, de su primera noche de bodas, de la persistencia de Ana Luisa delante de aquella ventana abierta sobre los campos tibios y olorosos a hierba.

Ahora ¡qué diferencia! Aquella noche, ya distante, era Ana Luisa quien persistía en la contemplación, temerosa de lo desconocido; esta noche era él.

Se habían quedado mudos un momento. Ana Luisa, dándose cuenta y advirtiendo a su esposo distraído, soñador, los ojos en el infinito, lo sacudió:

—Pero ¿qué tienes, Antonio? Estás lelo, ausente, ¿En qué piensas? Mira: lo mejor será que nos acostemos. Son las dos de la mañana.

El cerró la ventana y pasó a la pieza contigua. Ella empezó a desvestirse y, ya desvestida, se acostó. Como él no regresaba lo llamó:

—Antonio, anda pronto.

Se quedó dormida...

VIII

Un estruendo la despertó. Abrió los ojos, y la luz de la aurora, filtrándose por las rendijas, le hizo comprender que el sol salía. Antonio no estaba acostado junto a ella. ¿Dónde estaba?

Una de las puertas interiores se abrió de súbito, empujada con violencia, y Misia Tadea, desgreñada y a medio pergeñar, entró diciendo:

—¿No has oído, Ana Luisa? Una detonación.

—¿Una detonación?

—Sí, un tiro de revólver. ¿Dónde está Antonio?

Las dos mujeres se abalanzaron a la pieza contigua. Antonio yacía por tierra: una materia blancuzca, manchada de sangre, salía por un agujero de la cabeza.

Ana Luisa se precipitó sobre aquel cuerpo, deshecha en llanto.

—El médico, el cura, la botica— gritaba como alocada.

La servidumbre invadió las habitaciones, confusa y llorosa. Ana Luisa, en camisa de dormir, y abrazándose con el cadáver, prorrumpía en inconherencias.

Rosa lloraba, Justo lloraba; todos lloraban sin explicarse la tragedia.

El cadáver fué puesto en su catre, en el centro de la habitación. No hubo medios de separar a Ana Luisa de su muerto.

A La Victoria se avisó por teléfono.

Uno de los alemanes llegado a las volandas, y que tampoco podía explicarse el drama, preguntó a Misia Tadea:

¿Por qué se mata Antonio? ¿Ha dejado algo escrito?

Misia Tadea hacía signos negativos con la cabeza; y paseaba su mirada llorosa y suspicaz, de la gracia mórbida, juvenil y voluptuosa de Ana Luisa al mechón de pelo blanco y las arrugas del suicida.

El alemán insistía:

—Vendrá la justicia; habrá que explicarse. Debemos ver si deja algo escrito; si dice por qué se mata ¿Quiere usted que busquemos entre los papeles de Antonio?

—Será inútil — repuso Misia Tadea sentenciosa y clarovidente. No deja, de seguro, nada escrito. Hay cosas que un hombre no confiesa. Prefiere darse un balazo.

Cómo se vive y se trabaja en los grandes rotativos

UNA VISITA A "CRÍTICA"

Dentro de pocos meses el difundido diario de la tarde fundado por el señor Natalio Botana tendrá habilitado el vasto edificio cuya construcción al estilo moderno y con grandes comodidades llama justamente la atención. Recordando esto y con el propósito de presentar a los lectores el cuadro de la verdadera vida que se hace dentro de los órganos de publicidad, hemos realizado una visita al colega que una tarde que se pierde ya entre la bruma del pasado apareciera en esta capital, como un ser alegre y optimista, trayendo savia nueva, y hoy se yergue imponente ante la consideración pública ofreciendo en sus columnas variadas, todo lo que la inquieta población reclama en las horas que pasan del meridiano.

El acceso en la actualidad al local nuevo sito al 1300 de la Avenida de Mayo es casi imposible, dado el conjunto de materiales y herramientas de construcción, el número de obreros que bajo vigilancia de serios capataces continúan los trabajos, etc. Pero pese a todos los obstáculos penetramos, llegando a la sala que ocupará la dirección. Es una verdadera obra de arte; está hecha con todo lujo y confort.

En ese instante, por una de las puertas laterales entran sudorosos, con la fatiga reflejada en el rostro animoso un repórter y un chassirete. Vienen de una comisión encargada por el secretario. Los seguimos. El fotógrafo corre, vuela casi, al laboratorio en donde descarga la máquina, revela las placas impresionadas, saca copias, en un periquete, y las lleva al taller de grabados donde en minutos se hacen los clisés. El repórter, rápido como rayo, en una mesa instalada en una de las salitas aireadas y luminosas que tiene este órgano en su nueva sede facilitando la tarea de sus reductores, escribe el suelto encargado. Los originales son enviados inmediatamente al taller donde los linotipistas componen en el plomo calentando los tipos que serán colocados en las formas. Luego hechas las pruebas que los correctores observan bajo la dirección del regente, pasan al visto bueno del director y de allí a la rotativa que aguarda ansiosa con las gigantescas bobinas ya colocadas.

Y la rotativa de "Crítica" es notable; circundada por una noria que transporta las páginas armadas, ella puede aumentarse con otros cuerpos, ocupando la extensión de casi una cuadra.

El señor Alberto Cordone, subdirector, que nos acompaña en nuestra visita, nos explica minuciosamente el mecanismo de ésta.

—Tira hasta 19.000 ejemplares por hora y a veces sobrepasa esa cifra. Dado el número de ediciones que nosotros sacamos, trabaja constantemente.

La potencia de esa máquina, reflejo del progreso de las artes mecánicas, es asombrosa. Estas maravillas, auxiliares de la autoridad periodística, son la proclamación rotunda de su efectividad vigorosa. "Crítica" posee, pues, un medio robusto y poderoso que le permite sembrar la metrópoli y el interior con sus ediciones vespertinas.

La vida adentro de ese coloso es pura dinámica. Allí se vive rápidamente. Bajo una disciplina que ha forjado modalidad nueva y el propio ambiente, esos muchachos, porque la mayoría de los que hacen el diario son jóvenes, hanse adaptado a esa forma vivaz, chispeante y acertada, dentro de un sincronismo de ideas y conceptos.

—¿Cuando inaugurarán el edificio?, — le preguntamos al señor Cordone.

—Posiblemente para fin de este año.



Señor Natalio Botana, director-propietario de nuestro colega "CRITICA".
(Dibujo de Araón Bilis)



Señor Alberto Cordone, subdirector de "CRITICA" en su mesa de trabajo.

Observamos el orden con que se trabaja en el nuevo hogar. Aún en la confusión lógica que origina una casa no concluída, allí marcha todo perfectamente.

"Crítica" tiene grandes horizontes en su porvenir, porque sus hombres dirigentes y colaboradores son de eficiente y sólida preparación. Natalio Botana, de ágil comprensión, Alberto Cordone, inteligente, culto y enérgico periodista, Pedro de Rojas, artista del lapiz y espíritu ilustrado que maneja un humorismo elegante y psicológico, que merece detenida lectura, etc.

Visita de periodistas, visita de amigos, la nuestra, fué recibida con placer y la charla de camaradería se prolongó por largo rato.

Las paradojas son a veces necesarias.

Dado que aún no están concluídas las escaleras, faltándoles pasamanos, etc., cuando los ascensores no funcionan como en el día de nuestra visita, la subida hasta el último piso del edificio se torna complicada. Como peregrinos que van cumpliendo una promesa contraída llegamos peldaño, tras peldaño, medio sucios de cal y otro medio mareados por el vértigo que produce la altura. Un hecho atrae al visitante con poderoso impulso: la luz solar que penetra ampliamente por los ventanales. Hasta las seis de la tarde los empleados pueden trabajar cómodamente sin necesidad de requerir a la luz artificial, que tanto perjudica a la salud del individuo.

—¿Tienen ustedes biblioteca? — interrogamos a nuestros acompañantes del colega.

—Está en formación.

La sala para los jefes de sección es otra de las dependencias útiles y que está hecha con verdadero confort.

El salón para actos públicos, enorme, que da la sensación de ser la sala de un teatro, está situado en el centro, estratégicamente.

El archivo está, hemos podido comprobarlo, en inmejorables condiciones. Importantes documentos e informaciones gráficas y escritos contiene, pudiendo cualquier persona del diario obtener en un minuto el dato más difícil.

Descendimos. Hasta nuestros tímpanos llegaba el ruído inconfundible de la rotativa mentada. Por una puerta entraban obreros, negros de grasa, empujando bobinas enormes, cual serpentinas de leyenda infantil.

En la calle, los canillitas, los generosos y abnegados vendedores de periódicos, voceaban con entusiasmo contagiable, corriendo con ligereza de llamas.

—¡*Crítica! ¡Crítica! ¡Crítica* 5.a con los detalles del crimen cometido esta tarde!...

El edificio, severo, envolvíase con las sombras sutiles de un atardecer apacible.

Roque CEPEDA VERON.

Raras aves árticas invernan en el Norte de los Estados Unidos

Un fenómeno curioso se ha notado este invierno en el Nuevo Mundo. Gran cantidad de aves que viven en las regiones polares árticas han llegado en bandadas al Norte de los Estados Unidos y ocupado grandes extensiones de terreno en Nueva York, Nueva Jersey y desde el río Maine hasta el Delaware.

La lechuza de las nieves se ha acomodado a lo largo de la costa en enormes cantidades como nunca se había visto en aquella zona del Atlántico, y en nueva Inglaterra y la isla Long se han observado en crecidas bandadas, los grandes gerifaltes árticos que miden metro y medio de envergadura.

¿A qué se debe esta inmigración?

Demos antes cuenta de la variedad de aves raras de las regiones árticas que han invadido el Norte de los Estados Unidos y el Mediodía del Canadá.

A pocos kilómetros de Nueva York, cerca de la animada playa de Long Beach, una curiosa banda de chochas rojas revoloteaban buscando lugar donde posarse, guiadas, cosa extraña, por un pájaro de diferentes especie, un frailecillo. Más allá, una bandada de golondrinas cornejas de cabeza amarilla y lomo rosado, cruzaban el aire veloces; otros pajarillos pintados de amarillo saltaban de arbusto en arbusto, y por todas partes nubes de gaviotas y ánades del Norte. A lo largo de los alambres de las redes telefónicas y telegráficas se posaban los gavilanes de rojo lomo, con la vista fija en el suelo en busca de ratones, y no lejos de ellos, encima de un poste, una gran lechuza de las nieves, ave que hacía muchos años no se veía en aquella región.

Allí estaba, inmóivl, mirando con sus grandes ojos amarillos el escenario que la rodeaba. Su níveo cuerpo estaba manchado con pintitas negras y sus fuertes garras desaparecían bajo blanco y finísimo plumón, y apenas se veía entre las plumas de la cara su negro, fuerte y recurvado pico. Abrió sus largas alas y desapaerció entre las dunas de la costa en busca de alimento. Otras tres aves de la misma especie había en otros postes; dos mas a un kilómetro de distancia y cuatro en el cabo Montank. Nueve lechuzas de las nieves vistas en un sólo día.

Desde el palmar del Jardín Botánico de la citada playa los que allí estuvieran contemplando las verdes colinas alumbradas por el triste sol de invierno, hubieran podido ver, cerniéndose sobre los árboles, un magnífico azor gris, precioso ejemplar lleno de gracia y fuerza.

Con los prismáticos se le veía como si estuviese a pocos metros de distancia, distinguiéndose perfectamente su negro solideo en la coronilla de la cabeza; las negras manchas que partían de los ojos, el pecho cruzado por fajas blancas y negras, la larga cola gris con líneas negras y las alas de color azul pizarra.

La lechuza de las nieves forma un pequeño grupo de aves excepcionalmente interesante, que habita en las playas del Océano Artico.

Estas aves tienen probablemente su origen en los tiempos miocenos, cuando el clima del Norte era cálido y las magnolias florecían en Groelandia y el Spitzberg antes de que la faja de tierra entre el Labrador y Noruega se abriese al impulso de las aguas. Algunas de estas aves circumpolares tienen plumajes de vistosos colores rojos, rosados, anaranjados, amarillos y verdes, reminiscencias quizás de la luz del sol en la época miocena. Otras aves de la misma región, como la lechuza de las nieves y el ptarmigón, han adoptado para su plumaje el color polar: el blanco, del período glacial.

La lechuza de las nieves vive en las regiones polares de animales y aves, que encuentra en abundancia; pero cuando en aquellas regiones escasea la caza, a veces por enfermedades epidémicas el hambre las hace huir de su país, y en bandadas huyen buscando más al Sur el alimento que escasea en el Norte.

En 1882-83, en el invierno de 1901- 02 y en el de 1905-06, se vieron igualmente en gran número.

Desde entonces acá, esas aves de rapiña han debido tener abundancia de animales con que vivir, pues no volvieron aparecer hasta el mes de noviembre del año pasado.

Esta ave la conocen los ornitólogos con el nombre de "Nyctea nyctea", noche, en griego, repetido que no parece del todo apropiado si se piensa que vive durante seis meses en perpetuo día, buscando con la luz del sol animaluchos entre los líquenes y musgos de las regiones polares.

Estas aves ponen de tres a diez huevos, de color crema, muy redondos, como los de todos los buhos. En sus regiones lanzan dos clases de gritos: el uno, que podríamos imitar con un repetido "cran-cran" el otro, repitiendo tres veces la sílaba "ric"; pero cuando bajan a latitudes menos frías son mudas; no se les ha oído grito ni chillido, ni siseo de ninguna especie.

El azor, "Astur atricapillus", vive en el país de las pieles; su pariente el "Astur palumbarnis", en el Norte de Europa y de Siberia.

Algunas de las aves que habitan en la península de Kamchatka son completamente blancas. El "Astur atricapillus" construye un gran nido en los árboles del país de las pieles y se alimenta de liebres y perdices norteñas.

Probablemente, la escasez de esas faisánidas, debida a una enfermedad desarrollada en los bosques del alto Canadá, ha sido la causa de que estos azores visiten este invierno regiones más meridionales.

Ensayo sentimental

Por J. Quesada Nofuentes



J. Quesada Nofuentes, nuevo colaborador de FRAY MOCHO

Desde el presente número, queda incorporado a "FRAY MOCHO", como colaborador extranjero, el escritor J. Quesada Nofuentes. Oriundo de Almería (España), está radicado desde hace muchos años en París, en cuyas esferas artísticas empieza a destacarse. Quesada Nofuentes ,poeta y prosista a la vez, ha publicado numerosos trabajos en Francia y en España, y nuestros lectores podrán apreciar sus dotes de buen escritor en las colaboraciones que enviará a esta revista. Joven, aun no tiene treinta años, vive su tristeza de inválido atento, al ritmo de París, bajo cuyo cielo grisáceo sueña su puro corazón de poeta.

No sé qué tiene esta noche el jardín que convida al ensueño. Así, mi amigo el Poeta ha venido a sentarse junto a mí bajo el ciprés, este árbol aristocrático del pesimismo.

Un jardín, de noche, tiene siempre armonías ocultas e inefables que os emborrachan. Aquí es el estallido de un capullo que se abre, más allá la canción de plata desgranada por una fontana... Un ruiseñor que, a veces, pone en el concierto apagado de rumores la nostálgica melancolía de su endecha... Y el aire bisbisea entre la fronda no sé qué palabras apasionadas, suspira levemente y hasta simula besos al pasar.

Pero esta noche...

Toda esa música honda y conmovedora de la naturaleza está callada. Ni siquiera se oye el pesado croar de una rana o el cansino cri-cri de algún grillo chillón.

Todo es silencio, ¡quietud... Pero ¡esa luna!...

—¡Ah, Selene! — murmuro. — Que poder milagroso tiene tu pálida luz...

En el cielo claro, sólo dos o tres luceros parpadean temerosos. Aquí abajo todo está tapizado de armiño. Bajo la enramada, el suelo es un encaje trenzado por manos de maravilla. Y los pinos descuellan al fondo del jardín como dibujados sobre un telón de un azul plateado y profundo. ¿Qué esperamos ante este sortilegio de claridad preñado de misterio?

—¡Ah, pálida musa de los tristes! Si yo pudiera ser poeta todavía... En esta noche me sentiría Pierrot como otras veces y te cantaría la canción de mi dolor hasta romper las cuerdas de mi lira...

—¿Y si Diana, esquiva, seguía su camino?

—Me colgaría por el cuello a la rama más alta del ciprés...

El silencio se ha hecho de nuevo. Yo lanzo de mi pipa amiga, bocanadas de humo que suben girando lentamente, formando mil figuras extrañas. Ya un escorzo estilizado de mujer, ya un monstruo que extiende sus tentáculos en el espacio... Yo miro y pienso aún. ¡Si yo pudiera ser Pierrot! ¡Si yo no fuera un pobre Polichinela derrengado!...

—Noche, noche... — gimo en voz alta. — ¿Qué tienes para embrujar así? Tú estás preñada... ¿Qué va a darnos, al romperse, el encanto conmovedor del momento?

Mi amigo calla ensimismado. Una estrella, allá al fondo, se ha corrido dejando el cielo partido en dos, unos segundos. Es como un regato de agua que hace brillar la luna...

De pronto ha rasgado la noche el eco remoto de un piano. Las notas llegan a nosotros confusas, trémulas, como un temblor cristalino y expirante de salterio. A veces nos llegan mecidas en un suspiro de la brisa como un canto lejano de mujer... otras, el eco se apaga, se extingue desfallecido hasta romperse en un trémolo dulce y apasionado... ¡Ah, música maga! ¡Voz misteriosa de la noche! ¿De dónde vienes? ¿Quién eres? ¿El espíritu romántico del amante de Jorge Sand o el alma triste y potente del sordo sublime? ¿Un nocturno¿... ¿El claro de Luna?... ¿O el adagio de la Patética, quizás? Mi amigo y yo, con el corazón ahogado en el dulce mar de la emoción, escuchamos en silencio, embrujados y sin osar estremecernos. Al cabo, el piano se ha callado, mas nosotros continuamos largos momentos subyugados aún.

Entonces mi amigo el Poeta, saliendo de su ensimismamiento se ha inclinado hacia mí y con voz queda y lenta ha comenzado a hablar.

—He aquí, amigo mío, lo que la noche, pródiga siempre, nos ha dado. Por eso he venido yo junto a tí. Sabes que siempre me tienes a tu lado en estos momentos de comunión con la Belleza... Noche, noche... has clamado ¿qué tienes para embrujarnos así? ¿Qué vas a darnos?... La noche estaba preñada de misterio, de poesía... de un misterio divino que nos embargaba subyugándonos. Lo teníamos en el pecho ahogándonos de emoción y experimentábamos el temor de que se rompiese sin hacernos gustar la inefable delicia de su alumbramiento. Y ha sido el sortilegio mago de un piano. Más que la voz de la noche era el alma misma de ella lo que vibraba en las cuerdas de ese piano. ¡Un piano en la noche!... Una sonata, un musitar argentino de notas desgranadas a la luz de la luna... ¿sabes tú lo qué eso evoca, amigo mío?

La voz de mi amigo tiene inflexiones cálidas como de versos dichos al oído. Y sigue:

—Dime: ¿es una mano vellosa y nervuda de hombre lo que concebimos al conjuro cristalino del piano? No... no... Es una mano fina y pálida de virgencita de mujer, y de mujer que ama. Una mujer que pulsa un teclado en la soledad blanca de esta hora, lo hace porque se siente invadida por la fuerza del sentimiento. Su corazón late en un anhelo misterioso e inefable de amor infinito... Y hace que el temblor que agita su alma se escape por las cuerdas del piano. Llama al amado y ¿quién sabe? a veces llora su ausencia y levanta su espíritu vagamente conturbado, dispuesta a comulgar con él... ¡oh!... Acudir a la cita que nos brinda esa mujer ideal... entrar en la estancia confusamente iluminada por la luna. La penumbra lo domina todo. Sólo en un rayo de luna, como el milagro hecho carne de otro rayo, se ve a ella estremecida, toda pálida y argentada, que no nos siente pero que nos presiente. No quiere volverse, no quiere cesar en su llamada al amado, temerosa de que el conjuro pueda romperse. Y entonces, acercándonos, inclinándonos, posamos levebente un beso húmedo de fuego sobre su nuca blanca de virgen florentina. Y ella desfallece ingrávida y temblorosa, como la hoja que cae de un árbol entre nuestros brazos. Y el piano ha suspirado en un trémolo que vibra largo y sonoro, apagándose poco a poco, como el escalafón al milagro de amor que ha florecido...

Mi amigo ha callado como adormecido por la dulce canción de sus palabras. Yo mismo, preso en su encanto, he dejado extinguirse el fuego de mi pipa. Arriba Diana, cada vez más blanca y más redonda, parece sonreírnos arrobada.

De pronto, en el camino ha rasgado el aire el ruido estridente y desagradable de un claxón de automóvil. Mi amigo el Poeta ha huído asustado y la luna, arrugando el entrecejo, se ha escondido tras unos celajes oportunos. Yo, filósofo siempre, he vuelto a encender mi pipa. Y entre las bocanadas de humo entreveo la virgencita de las manos blancas, rubia como una promesa y los ojos azules como la Ilusión...

En verdad, en verdad, yo creo que mi amigo el Poeta se ha refugiado en mí.

París, octubre de **1927.**

Nuestros hombres de ciencia

CON EL DOCTOR JUAN BRETHES, ENCARGADO DE LA SECCION ENTOMOLOGICA DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE BUENOS AIRES

Por el doctor Homo Duplex

—¿Existe una ciencia argentina, en el ramo de las ciencias naturales?

El doctor Juan Brethes, al dirigirle esta pregunta, se pone pensativo. Luego nos responde:

—Sí y no. — Si empleamos esa palabra en sentido de que hay sabios en la República Argentina, no cabe duda que debe contestarse en sentido afirmativo. Pero no hay ciencia argentina si se ha de contraponer a la ciencia uruguaya, brasileña, chilena, norteamericana. Entonces hay solamente la ciencia, la que salva las situaciones, la que se perpetúa en el tiempo.

En nuestro mundo científico — siempre nos referimos al campo de las ciencias naturales — el nombre del doctor Juan Brethes goza de una justa y muy merecida fama. Hace muchos años que lleva a cabo una labor de investigación científica, con una dedicación ejemplar y una competencia a toda prueba. Trabaja con una extraordinaria paciencia y una sagacidad admirable. Su nombre ha sido citado en las más célebres publicaciones europeas y norteamericanas, como el de los mejores especialistas en dipteros e himenópteros. Especies creadas por él, han sido aceptadas sin discusión. Aclaraciones en la nomenclatura del género, determinadas por él, han entrado definitivamente en la ciencia. Su obra entomológica es vasta, tanto al frente de las colecciones del Museo como en otras partes. Hemos visto cartas de los más célebres entomólogos mundiales, en la que le pedían informes sobre tal o cual especie.

Pero hay algo más interesante.

A tal altura ha legado, en el exterior, la labor del doctor Brethes que continuamente recibe colecciones de insectos de los más célebres Museos: de Berlín, de Londres, etc., para que él las clasifique.

Esto, teniendo en cuenta el concepto general acerca de la Argentina, es realmente un hecho digno de ser señalado y que honra al país. Pero es tal la modestia del sabio, que no ha sabido hacerse el reclame aquí, que el país mismo ignora la trascendencia de su labor.

Sin embargo... En una reunión de la Sociedad Entomológica Argentina — interesante agrupación a la que dedicaremos algunas notas — el doctor Brethes, en un magnífico trabajo, puso en evidencia, con formidables argumentos científicos, su bagaje de naturalista, y con ello el de la ciencia de nuestro país.

Disertó el doctor Brethes en la reunión citada, ante un grupo de conocidos entomólogos, que un trabajo de un afamado especialista, contratado por nuestro gobierno en el extranjero para estudiar un grupo de nuestros insectos, estaba plagado de errores científicos, hecho sin la severidad que exigen los trabajos que van formando la ciencia. Con la comunicación del doctor Brethes aquel trabajo resulta completamente falso, hecho sin observación... Recordamos el caso reciente de un alto empleado del ministerio de Agricultura, también contratado en el extranjero, como sabio de fama, que cometió una serie de disparates inconcebibles en un hombre de ciencia. Fué la conferencia del Dr. Brethes, sin decirlo, una formidable protesta contra la moda de importar naturalistas del extranjero, que no conocen el medio, ni su flora, ni su fauna... Pero no se emplean los conocimientos de los naturalistas argentinos, por considerarlos, con un criterio que hace poco honor a nuestros gobernantes, inferiores a los del extranjero. Celebramos que el doctor Brethes, para quien la ciencia es



Doctor Juan Brethes

un culto, haya tocado la herida en su punto doloroso.

Se ha dedicado, especialmente, a dipteros — estos insectos tan peligrosos, transmisores de las más terribles enfermedades — y a himenópteros. De los dipteros ha estudiado un numeroso grupo, especialmente de los anophelinos, con varias especies.

Como curiosidad científica diremos que clasificó una Carcophaga Caridei de la provincia de Córdoba, y que es langosticida. Hoy el doctor Aldrich, del Museo de Wáshington, reconoce la exactitud de esa clasificación, agregando que también existe en Nueva Méjico y Georgía, de Estados Unidos, y allá también langosticida. A lo que parece, desde Córdoba hasta Norte América, esa mosca es uno de los parásitos eficientes contra la langosta.

Como publicación de importancia, además de una enorme cantidad de artículos científicos y comunicaciones, tiene "Los tabánidos del Plata", "Notas sobre mosquitos argentinos" y otras, que llegan a doscientas publicaciones. Es autor, asimismo, de un texto de mineralogía, esta materia que tan difícil les resulta a los alumnos de quinto año del nacional. Ha estudiado numerosos insectos chilenos realizando así una labor de acercamiento internacional. En la "Revista Chilena de Historia Natural" ha publicado unas cincuenta valiosas colaboraciones.

En la Universidad de La Plata el Dr. Brethes dicta la cátedra de Zoología y Entomología agrícolas. Es, asimismo, profesor de la Escuela Normal de Señoritas Presidente Sáenz Peña. Son numerosas sus descripciones de insectos peruanos y bolivianos. Todo esto lo pensamos durante los minutos de silencio que siguieron a la respuesta del doctor Brethes a nuestra primera pregunta. El maestro, después de contestarnos se ha quedado serio. Sin duda piensa en la vasta labor que hace años realiza y en lo mucho que queda por hacer todavía en el campo de su predilección: la entomología.

—¿Podría citarnos, doctor, el nombre de algún naturalista argentino?

—Son muchos, entre los cuales cuento con buenos amigos. Pero a los que yo más admiro y quisiera llamar la atención del país es hacia los hermanos Lynch Arribálzaga, que han sido únicos en su manera de trabajar. Félix ha muerto hace muchos años, y su desaparición ha sido una pérdida irreparable para la ciencia argentina. Al pensar en Enrique Lynch Arribálzaga mi corazón se llena de tristeza y evoco una de las más grandes lumbreras que existió en nuestro país.

—¿...?

—Era una promesa para la ciencia, con un cerebro claro y un gran corazón. Un investigador consciente, severo consigo mismo, cuya obra si se hubiera llevado a cabo, sería extraordinaria. Empezó a trabajar con un entusiasmo digno de mejor suerte. Luego... no sé lo que pasó; abandonó los libros y los estudios, donde tan bien descollaba y lo encontramos en el Chaco, donde se dedicó a trabajar. Allí sigue, llevando una existencia solitaria. Hace poco estuvo en Buenos Aires en el hospital de Clínicas, donde vino a operarse, porque estaba enfermo. Algunos naturalistas lo visitamos. De sus antiguas ilusiones científicas no ha quedado más que un excepticismo sombrío. El doctor Brethes continúa hablando, con cariño y entusiasmo de Enrique Lynch Arribálzaga, que hubiera sido, según él, si no hubiese mediado algún episodio que lo alejó de la ciencia, el primer naturalista del país.

Sigue luego un largo silencio en el que reporteado y repórter meditan acerca de lo inconsciente del destino y lo azarozo de la vida humana: varios de nuestros prohombres, San Martín, Rivadavia y otros han tenido igual suerte...

—Son casos inevitables, que no deben quitarnos el entusiasmo del trabajo. Ya que los grandes problemas filosóficos, de las causas primeras y de lo absoluto jamás podrán ser resueltos, dediquemos nuestros días al estudio de la variación infinita de formas y de los fenómenos que nos presenta la vida, a las armonías extrañas que nos admiran, al misterio de la estructura celular que nos angustia. Estamos en un mundo misterioso y de él nos iremos sin saber lo que ha sido, lo que es ni lo que será. Comprendemos la delicada indicación del sabio y agradeciendo por la gentil conversación, nos retiramos. En el cerebro tenemos algunos problemas más.

LA MODESTIA

Elogiamos al hombre modesto, no sólo porque, empequeñeciéndose y manteniéndose en un rincón, nos deja un poco más de espacio para elevarnos y exhibirnos; no le elogiamos sólo como un competidor que se retira... sino que aprobamos y elogiamos al hombre modesto porque, a pesar de la pronunciada inclinación que cada hombre tiene a estimarse de un modo excesivo, ha llegado a imponerse como una ley el tributar a la verdad ese testimonio difícil y doloroso. En resumen, la modestia agrada como utilidad y como dificultad, pero ante todo como verdad.

El hombre modesto ve que los elogios no le recuerdan sino una parte de sí mismo, y precisamente aquella que ya se halla más inclinada a considerar y a engrandecer, mientras que, para conocerse bien, necesita considerarse a sí propio todo entero. Por eso oculta sus bellas acciones, por eso conserva sus sentimientos más nobles en la custodia de sus corazón. Pero si la verdad y la caridad lo requieren, también el hombre modesto deja aparecer lo bueno que en él hay y de ello da testimonio.

Alejandro MANZONI.

CURIOSIDADES

Los rayos ultravioleta del sol, atraviesan una clase especial de tela parecida a la seda; esto hace que se puedan tomar baños saludables todos los días.

* * *

Los fisiólogos dicen que los jóvenes que no fuman crecen en estatura, en peso y en ancho de pecho, y en capacidad pulmonar mucho más rápidamente que los aficionados al tabaco.

* * *

En Africa del Sur son muy corrientes las plagas de langosta. Se ha averiguado que los insectos muertos con arsénico son un buen alimento para los caballos y el ganado.

* * *

Un chino puede ser a la vez taoista, budista o confucionista, porque las tres religiones están intimamente enlazadas.

* * *

Una de las más grandes colecciones de cráneos del mundo se encuentra en el Museo del Real Colegio de Cirujanos de Londres. Existen allí seis mil piezas, algunas de las cuales datan del año nueve, antes de Jesucristo.

* * *

El parlamento británico de 1833, se negó a sancionar la construcción de un ferrocarril, alegando que el fácil acceso a la vida disipada de Londres, corrompería a los jóvenes de Eton.

* * *

Un viaje a la India, desde Likiang (China) sólo se ha llevado a cabo tres veces.

* * *

El Congreso del Perú ha hecho obligatorio que se instalen baños en todos los edificios destinados a escuelas públicas de niños.

* * *

El primer avión con un restaurant para servir comidas en el aire, ha sido uno de la línea París-Londres.

* * *

La reina de las abejas no tiene aguijón.

* * *

Entre los enemigos del teléfono, están los osos que trepan por los postes para encontrar las "abejas" que oyen zumbar, rompiendo los aisladores para encontrarlas; las ardillas grises que muerden los árboles y el picamaderas de cabeza blanca del Oeste de los Estados Unidos, que parte los postes con su constante picotear.

* * *

No hay ninguna parte del mundo donde no llueva alguna vez.

* * *

Thomas Jefferson fué el inventor de los sillones de torniquete.

* * *

Heliogaland no es ahora más que una estación de recreo y de pesca, desde que el Almirantazgo inglés cumpliendo lo establecido en los tratados de paz, destruyó las fortificaciones que costaron a Alemania más de 175.000.000 de libras esterlinas.

* * *

Las hormigas se comunican entre sí cruzando sus antenas.

Dos clases de gusanos de tierra recientemente descubiertos en la India, hacen más evidentes las supuestas relaciones entre la fauna de la India y la del Este de Africa.

* * *

Se calculan en más de 45.000 las tormentas anuales que ocurren en la Tierra. En Java suele haber unas doscientas veintitrés anuales; en cambio, en el Polo Norte y en el Sur, se cree que sólo hay una cada diez años.

* * *

Un jefe de Himalaya, al que se había festejado y mostrado todas las cosas célebres y glorias de Inglaterra, al ser preguntado sobre qué le había impresionado más, contestó: "La hierba verde".

El empleo de diversas aguas para prever y curar enfermedades, es una de las terapéuticas más antiguas usadas por la ciencia médica.

* * *

En el norte de Siberia, algunos naturales del país practican una especie de invernada, durmiendo durante el invierno cuatro días seguidos.

* * *

En Groenlandia, debido a la atmósfera seca y fría, no se conoce una sola enfermedad infecciosa.

* * *

Morse, que inventó el telégrafo, y Bell, inventor del teléfono, casaron con mujeres sordomudas.

Celebración de la fiesta de la poesía



Con un brillante éxito artístico y social, llevóse a cabo la fiesta de la poesía, organizada por la Asociación Santa Filomena y desarrollada en el teatro Colón ante una numerosa y selecta concurrencia. — Grupo de señoritas, de las que tomaron parte en la interpretación de los números del programa de la fiesta, representando a las damas del año 1830.



Señoritas María García Berro Madero, Estela María Boneo y Julia Elena Cáceres Baibiene que contribuyeron a la visión plástica de las recitaciones.



Señoritas Silvia Dowdall y Beatriz García Haymes que ilustraron la poesía "Mis primas", de F. López Merino.



Señoritas Julia A. Borda y Yolanda Gowland y señor Germán R. Wernicke, que ilustraron la composición: "Mi primera novia", de Manuel Gálvez.

CENTENARIO DE LA MUERTE DE BEETHOVEN





Con motivo del centenario de la muerte de Beethoven, el Conservatorio "Román Vago", organizó una serie de conciertos en homenaje a la memoria del gran compositor. — A la izquierda: el señor Oscar R. Beltrán, durante su disertación sobre el tema: "Claro de luna". — A la derecha: la declamadora, señora Sara Vivar; la notable pianista señorita Helena Larrieu; el director del conservatorio, señor Pablo Román Vago y el conferencista, señor Oscar R. Beltrán, que tomaron parte en la fiesta.

BANQUETES

Una demostración de vastas proporciones constituyó el banquete servido en el Príncipe Jorge, en honor del doctor Julio Iribarne, homenaje que fué tributado a este caballero por su reciente designación para desempeñar el cargo de profesor de ginecología de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Ofreció la demostración el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, a quien contestó el obsequiado agradeciendo la distinción de que se le hizo objeto. También hicieron uso de la palabra los señores doctor Tomás Amadeo, doctor Carlos Saavedra Lamas, doctor Juan A. Gabastou, doctor Nerio Rojas y Eduardo Carasa. La cabecera de la mesa y una parte de los comensales que asistieron al acto.





Concurrentes al banquete que el personal superior de la casa A. Cabezas, ofreció en el restaurant Conte, al gerente de aquél establecimiento, don Arístides Langone, con motivo de su próximo enlace.

Escuela Profesional del Hogar "Pablo Albarracín Sarmiento"





Dos vistas de la exposición de labores femeninas organizada en la Escuela Profesional del Hogar "Pablo Albarracín Sarmiento", que dirige la señora Carmen S. de Pandolfini, y en donde se exhibe los trabajos ejecutados por las alumnas de dicho establecimiento docente, durante el curso que acaba de finalizar.

BIBLIOGRAFIA



Doctor Juan E. Carulla, autor del libro "Problemas de la cultura. — Defensa de Occidente y otros temas", recientemente aparecido.



Señor Raúl Cuevas, poeta chileno, autor del volúmen titulado "Ciudad de opio", acabado de editar.

CLUB OESTE JUNIOR



Familias que concurrieron a la fiesta social realizada en el Club Oeste Junior, con motivo de la inauguración del nuevo local social.

ACTO CONMEMORATIVO DEL ANIVERSARIO DEL BRASIL





Con asistencia del embajador del Brasil, doctor José de Paula Rodríguez Alvez, del intendente municipal, doctor Horacio Casco, del presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Mosca y de otros funcionarios, realizóse en la escuela ''Estados Unidos del Brasil'' una fiesta de homenaje a la República hermana. — A la izquierda: las autoridades nombradas presenciando el desarrollo del acto. A la derecha: coro de alumnas del mencionado establecimiento docente, entonando la canción titulada ''Guarany''.

EXPOSICIÓN ESCOLAR



Trabajos ejecutados por las alumnas del curso de artes decorativas de la Escuela Profesional número 4 de Mujeres, de la Capital, en la clase a cargo de la profesora señora Francisca T. de Patiño.

NUEVOS FUNCIONARIOS



Señor Edgardo E. Auzón, recienemente nombrado jefe del padrón electoral de la nación.



Doctor Juan Ramón Beltrán, designado director del instituto reeducativo para delincuentes inimputables.

El Centro Argentino de Santiago de Chile

* * *

Fué Leonardo Falconi, quien, reuniendo a los argentinos en la calle San Antonio, antigua sede del Centro, puso la piedra fundamental en este hermoso monumento de hermandad y argentinismo que es el Centro Argentino de Santiago. Un verdadero y sano patriotismo, unido a un desinteresado anhelo de estrechar vínculos en torno al recuerdo de la patria distante, anima a todos los argentinos que forman la institución. — A la izquierda: el señor José Barzelatto, actual presidente del Centro. A la derecha: un rincón de la biblioteca social.







La sala de armas



El salón de honor



¡Tiene razón papá!

Por Henri Duvernois

GLORIA Chambreuil bajó de su lujoso automóvil para desentumecer un poco las piernas, y cuando llegó a la primera bocacalle vió un espectáculo digno de figurar en una tricromía de cualquier buena revista: un anciano mendigo se hallaba caído en el suelo, congestionado, desfallecido, y su perro, un animalito de pelo hirsuto y duro, lamíale el rostro y no interrumpía su tarea sino para correr hacia una bandejita de madera, como si no supiese con precisión cuál era su mayor deber.

El corazoncito de Gloria aceleró sus latidos... Le agradaban los perros con el frenesí de las mujeres que no han hallado en el matrimonio un pretexto para desahogar su ternura; amaba a los perros con el mismo entusiasmo de una solterona.

Entretanto, el público comentaba el incidente a su modo. Y mientras algunos arrastraban de allí al viejo mendigo, moribundo, el can gemía lastimeramente. Gloria se acercó al agente de policía.

—¿Podría llevarme el perro? Lo trataré como a un príncipe. Este es mi nombre — añadió tendiéndole su tarjeta de visita.

—¡Señora! — exclamó el agente, irresoluto, rascándose la cabeza.

—¿Quieres venir conmigo? — preguntó Gloria al perro.

Este miró con expresión inquieta a la joven que la hablaba con tanta dulzura y en sus ojos — como dice el poeta — brillaba una lágrima de ámbar; finalmente, buscó protección en la falda protectora. El público, conmovido por estos tradicionales espectáculos — muerte del pobre, generosidad de la rica dama, — habría deseado un poco más de resistencia por parte del perro fiel. Sin embargo, manifestó su aprobación. Roja y confusa, Gloria Chambreuil hizo señal a su auto; y, un minuto después, la joven y el perro habíanse instalado cómodamente en el coche, junto a la bandeja de madera que el animalito quiso llevarse consigo, quizá en recuerdo de su pasada existencia.

El nuevo protegido fué lavado, espulgado y peinado. Bautizado con el nombre de Thor, fué luego presentado al fox terrier Kiki, que no lo recibió demasiado mal. Sucedió en cambio, todo lo contrario con el señor Chambreuil, a quien la novedad desagradó en grado sumo.

—¿Qué significa este perro en nuestra casa? Tiene aspecto de mendigo. ¿De dónde lo has sacado? La gente creerá, y con razón, que mis negocios andan mal y que te propones mandarme a pedir limosna a orillas del Sena, con este animal pordiosero. Tienes un gusto magnífico para elegir perros de moda. ¡Si hubiese sido un lulú de Pomerania o un perro polar! ¡Pero este animal innoble! ¡Y qué aspecto triste! Es verdad que nunca has elegido tus amistades entre la gente alegre...

Gloria concretóse a responder con una despectiva sonrisa. Aquel voluminoso materialista no la comprendería nunca. Desde la infancia, habíase acostumbrado a considerar buenas únicamente, las acciones que daban más del diez por ciento. ¿A qué referirle la aventura del encuentro con Thor?

Entretanto — como dice la canción, — Raúl Fullemoy se preparaba para ir a visitar a la señora Chambreuil. Ya había descartado seis corbatas — lo que es una bellísima prueba de amor, — y había interrogado ansiosamente al espejo, que le había respondido tranquilizador, descubriéndole todos los defectos inevitables del rostro humano. ¡Y el rostro de Raúl Fullemoy era tan delicioso, tan gentil en su juvenil lozanía! Mientras el pulgar y el índice acentuaban las curvas de sus cabellos naturalmente, ondulados, el señor Fullemoy padre entró en la alcoba.

—¡Hum!... — refunfuñó. — Ya estás poniéndote elegante. Apuesto a que vas a encontrarte con alguna mujer...

En la época ya lejana en que el señor Fullemoy era esbelto y andaba escaso de dinero, había asumido siempre modales aristocráticos. Pero luego la fortuna lo había arrastrado hacia un comportamiento disoluto y vulgarote que no podía evitar, y que guardaba cierta armonía con la también plebeya silueta que la madurez le había dado.

—¿Vas a ver a alguna vampiresa? — insistió aquel padre sin poesía.

—Voy a hacer una visita — respondió Raúl.

—Sí, sí. Escucha, entonces, lo que deseo decirte. Eres joven, quieres divertirte. Está bien: Te doy quince luises al mes; a tu edad, me daban quince francos y me divertía lo indecible. Comíamos en las lecherías y bailábamos en los patios. Me parece que tú te tratas con mujeres de lujo. No te fíes...

—Papá...

—Te harán creer que te aman, y luego te darán un puntapié. Saben que eres "hijo de papá", y un día u otro te presentarán la cuenta... Adquirirás la experiencia que yo adquirí antes que tú. No te dés aires de superioridad; en el fondo no eres nada astuto y caerás en el lazo...

—Pero, papá... Hay también mujeres desinteresadas...

—Esas son honestas. ¿Adónde vas?

—A casa de la señora Destommes, la esposa del escribano — mintió Raúl.

—Tiene sesenta años, no está mal. Pero, te repito: no te fíes de las otras; tarde o temprano te presentarán la cuenta sin compasión...

Disgustado por tanta vulgaridad, pero algo impresionado, Raúl se hizo conducir en su auto a casa de la señora Chambreuil. En el instante de tocar el timbre, todo temor había desaparecido.

¿Cómo podía acusarse de calculadora a un ser tan inmaterial como Gloria Chambreuil, toda belleza, encanto y melancolía? Por otra parte el señor Chambreuil era rico y no negaba nada a su mujer.

Se trataba, sencillamente, de una simpatía romántica, y Raúl estaba seguro de que días atrás Gloria le había estrechado tiernamente la mano cuando él le susurraba en la nuca:

"¡Soy tan desdichado por tu culpa!"

La encontró sola, junto al fuego representado por un termosifón, leyendo algo que a Raúl le pareció un libro y que en realidad era un catálogo de modas. Los elementos decorativos cambiaban; pero las almas, no.

A la llegada de Raúl, Gloria mostró la fisonomía un poco aturdida de quien sale de una profunda meditación.

—¿Es usted? — preguntó.

Y él respondió, sencillo y sincero:

—Soy yo.

Hacía un momento que Chambreuil había salido, enojadísimo y congestionado, a tal punto que una esposa impulsiva habría podido vengarse tranquilamente con una aventura amorosa. Thor estaba comiendo en la cocina. Gloria se hallaba aun enervada por su buena acción. Sentíase tan absolutamente adorable, que deploraba que nadie lo aprovechase. El joven Fullemoy tenía ante sí la más bella de las ocasiones y la más sublime de las virtudes: la de encontrarse allí. Gloria se divertía viéndolo tan tímido.

—Siéntese — le dijo. — ¿Siempre tan desdichado?

Raúl aprovechó. Mientras hablaba de sus sufrimientos, sintióse tentado por las manos de Gloria. Trataría de tomarlas — manos delicadas y finas, — retenerlas por algunos instantes y, después de haberles estrechado apasionadamente, cubrirla de besos.

Si Gloria hubiese dicho: "¡Usted está loco!", habría huido lleno de vergüenza. Si hubiese dicho: "Sea usted razonable", se habría quedado.

Gloria no dijo nada; pero le ofreció sus labios. La literatura, que ama las cosas largas, los desenlaces lentos y que diseña pintorescos y floridos senderos en torno de los instintos, no había preparado a Raúl para esta solución, brutal como una ofensiva. En un principio quedó sorprendido; luego, fascinado.

—¡Ay, Dios mío! — suspiró Gloria — como corolario del beso cambiado. — ¡Qué hemos hecho! ¡Quiero morir...

—No, no... Le suplico que... — balbuceó ingenuamente el joven Fullemoy.

—¡Retírese, retírese ahora, amigo mío! — dijo Gloria. — Lo pensaré. Vuelva mañana a esta misma hora. Pensaré qué puedo ser para usted. Me resisto a creer que esto se reduzca a un simple capricho. ¿Será usted digno de mi amor?

(Continúa en la página 35).

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Norma Schaerer, del elenco de la Metro - Goldwyn-Mayer.



Tom Mix, en "El as del circo", film que estrenará la Fox el 1.o de diciembre.



Dolores Costello y Jason Robards en "El corazón de Maryland", que ha estrenado con éxito la General.



Gayne Withman, Alice Calhoun y Bryant Washburn en una escena de "Yo te quiero", que estrenó el domingo último la Corporación.



Escena de "La caridad empieza por casa", con Johny Arthur como protagonista que la New York Film estrenará el 8 de diciembre.



Edmund Lowe y May Allison en "La luz en la obscuridad", que la Fox exhibe desde el jueves pasado.



Paulina Garon y Betty Blytte en "Labios anhelantes", que Glucksmann estrenará hoy.

SOCIALES



ENLACES. — Capital Federal. — María Regina Picazo - Dr. Ricardo Estrada.



Raquel Alegre Cáceres, que contrajo enlace con Mario Lassaga.



Elba Pini - Saúl M. Hermida Marquez



Sara Scartaseini - José Fortunato Aispuru



María Adela Mariño Mac Guire - Roberto Morgan



Lía Beltrán Benguria - Alberto Vidola



ROSARIO. — Cristina María Aliata- Domingo J. Mondaini.



Leonor Forto - Fernando Demeglio



Cesarina Bosissio - Dionisio Selle



María Clotilde Terrarosa - Héctor F. Iglesias.



Laura Delia Alarcón - Edelmiro P. Suárez.



Inés Chiarello - Francisco Hernando



Elena Díaz - José Carpanetto

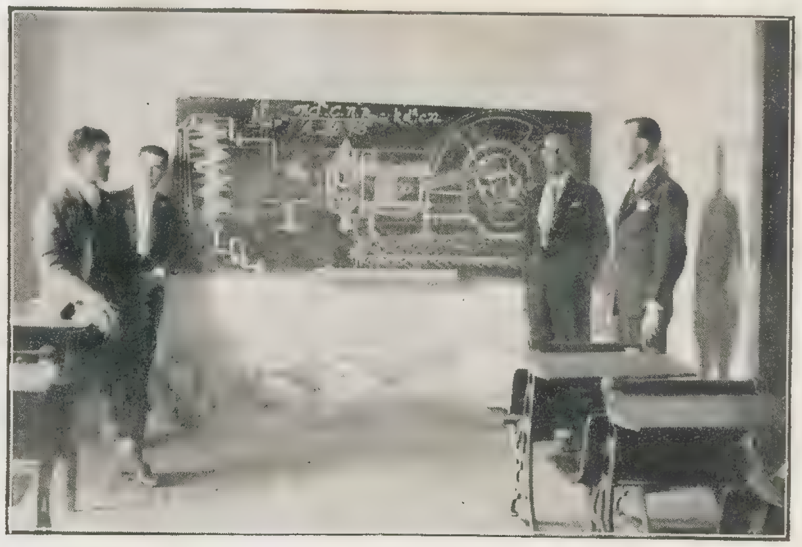


Sara Bonetti Novarini - Luis Strada Baudracco.

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



LONQUIMAY. — Miembros que constituyeron la comisión organizadora de las kermeses locales recientemente efectuadas.



SANTIAGO DEL ESTERO. — Julio Viana, Luis J. Bertuzzi y Emilio B. Cartier, nuevos técnicos mecánicos egresados en 1927 de la Escuela Industrial de la Nación, acompañados del profesor señor Carlos Gunther.



RIO CUARTO. — Team de la compañía de ametralladoras del regimiento 14 de infantería, que se clasificó campeón en la temporada de 1927.



Equipo de la quinta compañía, de la misma unidad, dirigido por el subteniente Arístides Ruiral que fué vencido por Ametralladoras, mediante un score de 2 a 1 gols.



JUJUY. — Luis Varas, Carlos E. Marano y Juan Carlos Salcedo, componentes de la orquesta típica que actúa con éxito en el teatro Mitre.



QUEMU - QUEMU. — Nuevas profesoras de corte y confección últimamente egresadas de la Academia Criscuolo.



VILLA BALLESTER. — Señora Amalia R. de Martínez cuyo reciente deceso ha sido muy lamentado.

GENTE MENUDA



Elena de Giovani



Emma Susana Gemignani

EL CASTIGO

Por José Hernán Figueroa

¡Tun, tun!... golpearon en la puerta de calle. El sonido se expandió por la amplitud de la casa, a la sazón dormida, multiplicado por el eco.

¡Tun, tun!... resonó nuevamente.

En el segundo patio, circuido por una galería de escasa altura, pavimentado a la "yanga" con piedra bola, con su pozo en el centro alzando el brocal mohoso, con su cuerda y su cubo asentado en el borde descascarillado, se sintió el chirriar de un gozne y abrióse una puerta, bajita, de tablones mal ensamblados, hecha como de encargo para la habitación de un gnomo, y por ella surgió la cabeza cenicienta, la cara aletargada adornada con unos mostachos agudos, el busto flaco, y finalmente lo que restaba de la humanidad escuálida y en paños menores de don Escolático.

Detenido en el umbral, mostrando su facha ridícula, miró a uno y otro lado, primero en dirección de donde partían los golpes, y enseguida al zaguán con su estela de alba (un retazo de luz deslavada como vislumbre de luna) deslizándose por las baldosas.

—¿Qué están haciendo esos dormilones que no se levantan?... ¡Marcelino! ¡Eulogita!... ¡Hace una hora que están repiqueteando en la puerta de calle!... Vayan ligerito — gritó, impaciente.

Sintiendo enfriársele los pies, penetró en el interior, donde chisporroteaba una bujía recién encendida; apagóla y se acostó.

Los hermanos dormían en el corredor de la huerta, acomodando sus camas juntas como lo hacían en su rancho promiscuo, huyendo del calor de la habitación caldeada por el sol durante toda la tarde y que tenía por única aereación, sin contar la puerta, un ventanuco, pequeño como un "ojo de buey". Terminando de comer arrastraban sus quillangos y se tendían en ellos, laxos después de una jornada dura, contentos de poder descansar.

Eulogita, menor de tres años que su hermano que mediaba por los once, asustadiza como una corzuela de su cerro natal, se apeñuscaba cerca de él, su protector, que usaba a veces frases de una ternura admirable, simples, que a ella le llegaban derecho al sentimiento, a semejanza de cuando le hablaba la madre que perdiera. Tenía un miedo fantástico a la noche poblada de cucos que se complacen en tirar de las mantas y sisean en la obscuridad dejando, al ensañarse en los cuerpos, señales imborrables; a la mula ánima que se presentaba de improviso, precedida de un horrísono ruido de cadenas, despidiendo fuego ardiente de sus entrañas por las narices humeantes; a las lechuzas de ojos fijos y siniestros; terror adquirido al oír referir a las sirvientas mayores, cuentos espeluznantes. En las noches de luna llena su ánimo tornábase apacible; su gesto, risueño. Mirando al cielo, esmerilado con una veladura lechosa, iluminado parecía por ocultos reflectores siderales que ayudaban en su trabajo a la luna de alumbrar el mundo; Eulogita solía exclamar, gozosa, elevando sus cortos brazos implorativos hacia el astro:

—Mamá luna, dame la fortuna...

Y con sus dedos chiquitos y morenos, señalaba, a su hermano soñoliento, las manchas lunares.

—Mirá... Mirá... ¿Lo ves a San José y a la mamá Virgen montada en su burrito, llevando en sus faldas al niñito Dios?

Deseoso de dormir, Marcelino contestaba con monosílabos o daba la callada por respuesta.

No bien sintió, entre sueños que le llamaban, el muchacho se incorporó de un salto, medroso.

¡Hay que despertar al niño Pancho! — pensó, angustiado. — recordando la consigna dada por el hijo del patrón que, pasada la medianoche, de vuelta de una "passeggiata", habíase llegado hasta donde él dormía empujándole con la punta de su bota de charol, sosteniendo para alumbrarse una palmatoria en la mano, despertóle, para darle instrucciones.

Marcelino dormía vestido, costumbre frecuente entre la servidumbre de algunas casas de provincia, entre los changos, sobre todo. Así es que en un periquete estuvo dispuesto, hízose una ligera ablución en la pileta, bajo los altos plátanos de hojas tiernas, se enjugó el rostro con unas toallas tendidas al fresco (¡si lo viera la señora!) y con paso cauteloso, para no despertar a los que dormían, cruzó el corredor y llamó quedamente con los nudillos en la puerta de la habitación del niño.

—¡Niñito Pancho!... ¡Niñito Pancho!; ya es hora de que se levante! — dijo, despacio.

Eulogia, entretanto, se fué por su lado a abrir la puerta de salida.

De acuerdo a la enseñanza de su ama, siempre precavida, siempre temerosa, a quien no se le caían de la boca los refranes: "hombre prevenido vale por dos", "mujer prevenida nunca es vencida", que le había inculcado y redicho: nunca abras una puerta sin preguntar antes quien es la persona que llama": inquirió, parada ante la puerta alta y negra, con telarañas en las jambas, sacudida por los golpes intermitentes:

—¿Quién es?... ¿Quién es?...

Y como oyese o creyera percibir un murmullo que llegaba de tras de los maderos, con acento tembloroso, opaco, gimió:

—No l'oigo, señorai... ¿Quiere hablar más juerte?

La señora, una mujer de pocas pulgas y escaso aguante, se había despertado de su liviano sueño. Pronta a estallar, le interpeló desde la cama:

—Decime, jumento: ¿vas a estar gritando toda la mañana? Dejate de preguntas y abrí pronto.

Eulogita, aturdida por la conminación contradictoria de su ama, que un día le enseñara una cosa y luego en la práctica, en sus actos, mandaba desmentirla; haciendo acopio de fuerzas consiguió levantar el tramo de hierro que cruzaba la puerta transversalmente, descorrió el pasador que corría mal y entreabrió una hoja, presa de un miedo atroz.

—¿Quién es? — demandó la señora, que estaba al atisbo.

—Soy yo, Paulino, doña Luisa. No se asuste. Vengo en busca de Panchito. Creo estará enterada por él — contestó elevando la voz para que fuera perceptible a la distancia.

—No estaba al tanto. Como mi hijo no cuenta nada de nada — aclaró doña Luisa.

No habló más. Iba a murmurar: ¡Estas no son horas de venir!, pero prefirió abstenerse, por previsión. El tal Paulino, lo que se merecía era una catilinaria (que el mejor día se la daría) por la amistad con su Panchito, a quien tenía "embaucado", revelándole prematuramente (para una madre siempre son prematuras las revelaciones) los sitios donde se bailaba y tiraba la oreja a Jorge, amén de que, trasvasándole su incredulidad de ateo, mudó a su niño de perfecto cristiano en perfecto masón, que en nada creía.

Paulino que, conocedor de la enemiga que le guardaban, escasas veces aportaba por la casa de su amigo, permaneció a la expectativa por si le hablaban nuevamente. Viendo que no, sonriente, dijo por lo bajo a la criadita:

—Ya me figuro que a Pancho se le han pegado las sábanas, ¿no es cierto? Bueno, andá y avisale que le espero en el tilbury.

La chinita, repuesta de su susto, marchóse a cumplir el parte.

A Marcelino el olvido había de costarle caro.

Como no contestase y el tiempo urgía, se introdujo en la pieza y tocando suavemente al dormido, que resollaba como un fuelle, prorrumpió otra vez:

—Niñito, levántese que es tarde y está saliendo el sol...

El horizontal no hacía caso de las llamativas. Removíase en su camastro, cambiaba de posición, pero en cuanto a despertarse, nada. A cada requerimiento, contestaba entre sueños con su voz del otro mundo: "Dejame un poquito, cinco minutos más"...

Marcelino, azorado, hesitaba, irresoluto en la emergencia, sin saber qué partido tomar. ¿Le despertaría? ¿Si lo despierto, se enojará? Pero recordó que el niño se la había anticipado, rotundo: "Si no me despierto traes un balde de agua y me lo zampás", y lo zamarreó de lo lindo.

Vistiéndose, midiendo el cuarto a lo largo y a lo ancho con sus pasos, preguntó si Paulino había llegado.

En ese preciso momento se asomó Eulogita con su mensaje.

Pancho se hallaba agitado, afectado sobremanera, pues no había cumplido su palabra. "Cuando canten los gallos ya estaré de pie", prometió, ante la incrcredulidad de su amigo, que sabía los puntos que

calzaba en materia de molicie y regalías del lecho. Pesimista él mismo, no confiando demasiado en el cumplimiento de lo que aseveraba, se ató con una apuesta.

—Te juego lo que quieras que cuando vos llegues ya estoy en pie.

—¡Ya está!

Y la apuesta fué concertada y perdida por causa suya, y en segundo lugar, por Marcelino.

Toda su furia de estudiantillo lleno de presunción y mimos — ¡primogénito y único!, — acostumbrado a hacer su capricho en toda ocasión, contando con la aquiescencia de sus padres; se descargó sobre el presunto culpable, despidiéndole una andanada de epítetos de difícil transcripción la mayoría.

—Indio de tal por cual, yo te voy a enseñar a que te duermas cuando se te encargue algo. ¡Trompeta de porra! Uno les da de vivir a estos muertos de hambre, "gazuzos" (hambrientos), que andan comiendo maíz crudo en los rastrojos, transformándolos en gente decente y velay con lo que salen cuando se los necesita: ¡mi durmió!, ¡ya no lo haré más!...

Mientras más hablaba más desapacible se tornaba. Paseábase de un lado al otro, impedido por su rabieta de hacer nada derecho.

Ofuscado, llamó a Eulogita, que aguardaba, los brazos cruzados, sumisa.

—Traime las riendas... va a escarmentar para otra ocasión.

La chinita se echó a llorar.

—No lo sabe, mi niñito, no va a olvidarse otra vez — suplicó.

El la puso de lado, empujándola, se precipitó fuera y tomando las bridas de una silla de montar dispuesta sobre un caballete, volvióse hasta donde ellos se encontraban abrazados, y con una crueldad fría, de inquisidor sin entrañas, descargó los lonjazos sobre los indefencuerpecillos de las criaturas.

¿Dónde estabas, ¡oh, Dios de los justos! en este momento? ¿Dónde estabas ¡oh, tú!, el que detienes el golpe del criminal y desvías su furia asesina; tú el que libra a la paloma y a la ovejuela de la saña de sus enemigos; tú, el ecuánime de los brazos de seda para mecer a tus criaturas doblegadas por el sufrimiento?... ¡No apareciste por ninguna parte, Señor!

Cansado, se detuvo.

—Ya tienen bastante... váyanse.

Se calzó las botas granaderas y salió en busca de su amigo.

—Habías sido guapo pa madrugar, muchacho, — le dijo, saludándole, Paulino, con un dejo de burla en su voz.

—Culpa de estos indios mal criaos —replicó el recién llegado.

Marcelino, mientras doblaba su colchón, lloriqueando, el cuerpo plagado de cardenales, volvióse amenazador y murmuró:

—Tuito se paga... Tata Dios mi hai d'ayudar.

Se oyó el restallar del látigo y el tílbury arrancó.

—Hasta la noche, mamá y papá — se despidió Panchito.

—Buen viaje, mi hijo.

II

No hubiera sido tan comedida la despedida, y ese augural "buen viaje" tan satisfactorio, si el viejo hubiera sospechado por un momento el plan de los muchachos.

LA INTERVENCION ARGENTINA EN LA EXPOSICION IBERO-AMERICANA DE SEVILLA DE 1928

La República Argentina se apresta para intervenir en forma eficaz en la Exposición Ibero-Americana de Sevilla del año próximo. Su intervención, bajo la dirección del Comisario general Don J. Enrique Varaona, caballero de relevantes condiciones intelectuales y de sociabilidad, servirá, a no dudarlo, para demostrar una vez más, que nuestro país supo mantener la promesa que sus hombres prominentes hicieran ante el mundo, al pro-



Señor J. Enrique Varaona, comisario general de la República Argentina en la Exposición de Sevilla.

clamar su independencia, es decir, de ser elemento eficiente de civilización y progreso, y revelará, ante todos, el tesoro de energías que, en poco más de cien años de haberse constituído en Nación, se ha prodigiosamente acumulado en sus campos, en sus talleres, en sus laboratorios, en sus oficinas, en sus escuelas, poniendo en evidencia el desenvolvimiento rápido y racional imprimido al movimiento de la vida social, y múltiples expresiones de su vida nacional, en el amplio campo de la ciencia, de la industria y del trabajo, y en el no menos amplio y benéfico de la asistencia y de la previsión social.

En aquella noble justa participarán todas las naciones americanas, con sus variados productos, obra de las manos expertas de miles y miles de artífices ignorados, de los más selectos ingenios y de las más poderosas industrias que cimentáranse con nosotros para porer en evidencia sus adelantos, sus esfuerzos tenaces e incesantes de mejoramiento. Noble justa, en verdad, noble espectáculo ha de ser el torneo de Sevilla para el progreso universal, en que las naciones de América han de demostrar su continuada ascensión hacia ideales siempre más altos, siempre más sublimes.

A fin de que la presentación Argentina resulte lo más posible completa y valiosa, el Comisario General Don J. Enrique Varaona, ha dirigido una nota a los autores nacionales reclamando la cooperación de aquellos en tan auspicioso certamen, pues, dentro de la misma, dice la mencionada circular, "ocupa un lugar prominente, la creación de la biblioteca argentina en Sevilla".

La cooperación que el señor Varaona, solicita de los autores es tan solo "un ejemplar de cada una de sus obras, pues la casa que en esta ocasión ha de contenernos será, en el futuro, la casa argentina, en cuyas amplias dependencias, amén de salas permanentes de exposición, se proyecta establecer el seminario de estudios artísticos y el de investigaciones históricas. En él, la biblioteca de obras argentinas será cuidada con esmero y solicitud".

No hay para qué dudar de que los autores nacionales no respondan a ese llamado, pues el libro, como tuvimos oportunidad de escribir en estas mismas columnas recientemente, ese microscopic, que descubre lo invisible, anula como el telescopio las distancias, y, prodigio cien veces mayor, revela el hombre a sí mismo..., en el pabellón Argentino de Sevilla ha de testimoniar con su presencia que la República Argentina puede participar en el noble certamen con legítimo orgullo.

O. C.

EL AVARO

El avaro no tiene más placer que el de atesorar; el hombre prudentemente económico gasta cuando sus medios lo permiten el procurarse comodidades y satisfacciones, y ahorra para el porvenir un poco de lo superfluo. El avaro convierte el oro en un ídolo, ante el cual se arrodilla de continuo, mientras que el hombre económico lo considera como un instrumento eficaz, como un medio de hacer su propia felicidad y la de aquellos que de él dependen. El avaro nunca llega a estar satisfecho; amontona riquezas que no consume y las conserva para que sean consumidas por otros que, probablemente serán disipadores; mientras que el hombre económico atiende a asegurarse una buena parte de las riquezas y de las comodidades de la vida, sin esforzarse para amontonar una fortuna.

S. SMILES.

—Dejémoslo que se diviertan — había argumentado en su oportunidad, convenciendo a su esposa; — son jóvenes y en total nada les puede ocurrir. ¿Quién ha muerto por salir a cazar en estos tiempos? Llevan buenas armas, seguras; en fin, que no hay que alarmarse.

El caso es que, él de buena gana, ella a regañadientes, consintieron.

Pero los muchachos habían tramado una aventura más promisora que la de una insulsa partida de caza; iban a realizar su sueño de pescar con dinamita. Acompañados por un peón, según él, un perito en el oficio, concertaron en ir al río de la Angostura, abundante en pesca. Provistos de cartuchos conseguidos mediante el peón, empleado en una calera propiedad del padre de Paulino, explosivo que llevaban en la caja de la volanta, envuelto cuidadosamente en lonas; caminaron toda la mañana, cortaron por el campo de Los Quitilipis, de fama por sus traidores tembladerales, y al mediodía acamparon a la orilla del río, espumoso al sol. Después de un pequeño descanso comenzó la tarea.

El peón, un discreto muchacho campesino, estuvo en su mejor día. Encendía la mecha y, con destreza de maestro, lanzaba el cartucho a la parte del remanso apropiada. Los peces boyaban, con sus escamas de plata, coruscantes. Las detonaciones se sucedían y una ponchada de "viejas", pejerreyes, sábalos enormes despanzurrados, cubría la superficie del río, sin mayor beneficio, pues la mortandad no daría de comer sino a unos cuantos arrenderos que se habían allegado, atraídos por el estruendo, munidos de cestos y redes, y que recorrían el río de arriba abajo.

Es una cosa cierta que la confianza mata al hombre.

Viéndolo tan seguro en su oficio, Panchito pidió al peón le permitiese adiestrarse en la operación, peligrosa si las hay, pues el menor descuido cuesta caro; rogándole le facilitara un cartucho de dinamita para hacerlo explotar con sus manos. El peón, temeroso de un percance, se negó en redondo. Aquí fué Troya. Se injuriaron mutuamente hasta que Paulino, que andaba correteando por la playa, se flegó y puso paz en los ánimos acalorados. Las cosas se harían a medias: los dos asesorarían alinexperto, se convino.

Todo iba bien, cuando, interín disparaban a guarecerse en seguro, Panchito tropieza, rueda por la arena en el preciso momento que la dinamita, rompiendo el lecho del fragoso río, levanta por los aires una lluvia de piedras. Una, de puntiagudo filo, cuya arista tinta en sangre se podía ver allí, le alcanzó en el muslo desnudo y le hendió la carne con la limpieza de un cirujano.

En una parihuela, desangrándose, le condujeron hasta su casa. Milagrosamente sanó. Un año tardó para lograr andar.

Cuando los changos, Marcelino y Eulogita, lo ven pasar, renguendo, caminando trabajosamente, vuelto a la bondad de alma, piensan en el secreto de sus pensamientos, que hay un Dios que oye todas las cosas y escucha hasta los pedidos de los más chiquitos, como ellos, por ejemplo, que una mañana pidieron "algo" y lo consiguieron.

De las memorias de Catalina la Grande

La Semíramis del Norte

En el año 1913 se publicaron por primera vez las memorias completas de Catalina II de Rusia, apareciendo en ellas todo lo que la publicación oficial rusa había suprimido. De la traducción alemana tomamos algunos párrafos escritos por aquella notable mujer que llegó a reinar sola después de haber hecho asesinar a su esposo Pedro III. Su fortuna en las guerras, las victorias sobre los turcos, la protección que concedió a los aliados, sus reformas, hacen olvidar las violencias de su carácter, su despotismo y su desordenada conducta.

Nació el 2 de Mayo de 1729 en Stellin Pomerania, y era hija del duque de Anahalt. Al cumplir los cuarenta años empezó a escribir sus memorias y en ellas después de relatarnos su niñez dice:

"En el año 1743 recibió mi madre la noticia de que su hermano, el príncipe Adolfo Federico, había sido elegido príncipe heredero de Suecia en lugar de su pupilo el duque Carlos Pedro Ulrich que había renunciado a la corona de Suecia y había recibido el título de Gran Duque y sucesor de la emperatriz Isabel.

Ambas noticias causaron gran alegría en mi familia; una de ellas porque veían en el joven duque, un individuo que podía llegar a ser mi marido, y aunque yo era muy joven, más de una vez pensé y me hicieron que pensase, que aquel era el partido más brillante de cuantos podía soñar.

"El 1 de Enero de 1744 estando comiendo, entregaron un gran paquete de cartas a mi padre, el cual a su vez alargó una a mi madre. Como yo estaba a su lado reconocí la letra del Gran Mariscal del Duque de Hostein entonces Gran Duque.

"Mirando de reojo pude leer estas palabras: "Con la princesa, vuestra hija mayor". No pude ver más, pero supuse el resto; no me equivoqué.

"Por orden de la emperatriz Isabel, nos invitaba a mi madre y a mí a que fuésemos a Rusia a pasar una temporada.

"Al momento nos pusimos en marcha, contentos los de mi séquito, porque vislumbraban para mí un gran porvenir.

"Papá nos acompañó hasta cerca de Stellin en donde me despedí de él llorando amargamente. Fué la última vez que le vi.

"A eso de las ocho de la noche del 9 de Febrero de 1744 llegamos al palacio Annenhof en Moscou, en donde a la sazón se encontraba la corte.

"En la antecámara nos esperaba la emperatriz. Su aspecto llamaba la atención por lo majestuoso. Era alta, y aunque gruesa,, sus movimientos eran libres y elegantes. Su cara era hermosa y artística su cabeza.

"Después de charlar con ella media hora nos despidió para que nos fuésemos a descansar de las fatigas de tan largo viaje.

"El Gran Duque, que no había cesado de hablar conmigo, nos acompañó hasta nuestras habitaciones seguido de buen número de gentiles hombres y servidores.

"A la hora de comer me colgcaron a la izquierda del Gran Duque Pedro al que indudablemente yo había caído en gracia. A mí ni me gustaba ni me disgustaba; yo obedecía a mi madre y mi madre quería casarme con él. Yo confiese que me importaba más la corona de Rusia que el Gran Duque.

"Tenía entonces dieciséis años y antes de que tuviese la viruela había sido un jovenzuelo muy guapo, pero era muy chiquilín y estaba muy aniñado.

"Hablaba mucho conmigo pero de tonterías, de sus juguetes, de sus soldados de plomo; pero ni me hablaba de amor, ni me galanteaba, ni me echaba una flor. Este constante estar conmigo lo interpretaban muy bien los que deseaban nuestro matrimonio.

"La emperatriz y el Gran Duque querían que el Obispo Simón Todorsky me visitara y me hablase

de religión griega. Creían que me convertiría a su religión, cosa que no era difícil pues estaba decidida a ello desde el momento que pisé Rusia.

"Llegó el Obispo y en efecto, me convenció en seguida; estaba encantado de lo pronto que todo lo aceptaba, sin la menor duda. Me escribió mi confesión de fe en ruso y la aprendí como un loro.

"Cuando llegó el día de mi confirmación en la Iglesia Ortodoxa, la emperatriz vino a buscarme.

Había encargado para mi un vestido como el de ella, carmesí y plata; se formó la procesión y nos dirigimos al templo. A la entrada tuve que arrodillarme en un cojín.

"La emperatriz desapareció y regresó al cuarto de hora conduciendo de la mano a la abadesa del convento Novodeviche, anciana de ochenta años, en olor de santidad. Se me había destinado como madrina.

"Empezó la ceremonia durante la cual hice mi confesión de fé. Según dijeron hablé con gran claridad, con mucho aplomo y en correcto ruso.

"Cuando terminé, muchos lloraban, la emperatriz entre ellos. Yo me mantuve serena por lo que recibí plácemes sin cuento. Aquella misma tarde, la Corte dejó el palacio de Annenhof para instalarse en el Kremlín.

"En la mañana siguiente la emperatriz me envió su retrato y otro del Gran Duque, en un brazalete cuajado de brillantes. El joven Gran Duque me regaló un reloj y un magnífico abanico.

"Mi madre me condujo a presencia de ambos. Allí me esperaba el príncipe.

"En suntuosa comitiva presidida por su Majestad Imperial, nos dirigimos a pie a la catedral en donde el Obispo de Norgrod, con quien me había confesado la víspera, me desposó con el Gran Duque Pedro.

"Allí, en la misma iglesia al terminar los desposorios, recibí el título de Gran Duquesa con tratamiento de Alteza Imperial.

"Mi rango entonces fué superior al de mi madre pero he de confesar que hacía todo lo posible para evitar las ocasiones en que se ponían de manifiesto mis prerrogativas.

"Se dispuso que las diversiones para otoño e invierno fuesen bailes continuados, teatros y mascaradas. Estas últimas se celebraron en palacio todos los martes, diversión que no era de todos los gustos pero para una joven de quince años, como yo, eran divertidísimas.

"Por orden de la emperatriz, todos los hombres tenían que disfrazarse de mujeres y todas las mujeres de hombres. Nada más feo que los señores de la corte en traje femenino, ni más ridículo que las damas vestidas de hombres.

"A medida que se acercaba el día de mi casamiento (pues solo se había hecho la ceremonia de la toma de dichos) me ponía más triste y muchas veces lloraba sin saber por qué. Aunque trataba de ocultar mis lágrimas, las damas de mi séquito lo notaban y trataban de alegrarme.

"El día de la ceremonia me levanté a las seis de la mañana y a las ocho tenía que pasar a las habitaciones donde me vestiría

"Allí; así que estuve peinada, la misma emperatriz puso sobre mi cabeza la corona de Gran Duquesa y me dijo que además de mis joyas me adornase con todas las suyas que quisiese.

"A las doce, el Gran Duque entró en la habitación contigua y a las tres, la Emperatriz, el Gran Duque y yo, montamos en el coche de gala y fuimos a la iglesia de Nuestra Señora de Kazán en donde el Obispo de Norgorod, bendijo nuestra unión. El Obispo príncipe de Luebeck, sostuvo la corona sobre la cabeza del Gran Duque y el Gran Montero, Conde Alexeix Razumovsky, la mía.

"Después regresamos al palacio de invierno en donde a las seis de la tarde se celebró el banquete de gala.

"Terminada la cena, la Emperatriz nos acompañó hasta nuestras habitaciones; las damas me desnudaron y me acostaron. Eran las nueve o las diez de la noche. Supliqué a la princesa de Hesse que se quedase haciéndome un rato de compañía pero se negó a ello.

"Me dejaron sola y no sabía lo que hacer, si permanecer en el lecho o levantarme.

"Una de las damas entró en mi alcoba al cabo de algún tiempo a decirme que Su Alteza estaba terminando de cenar y que pronto vendría. En efecto, vino y se acostó me dijo que sería muy divertido que entrase la servidumbre y nos viese a los dos en la cama. Luego se quedó dormido, y como un tronco durmió hasta la mañana siguiente.

"El Gran Duque era un niño que sólo se ocupaba en jugar a los soldados.

"Estoy convencida de que hubiese llegado a querer a mi marido si hubiera sido amable conmigo, pero a los pocos días de casada ya le conocía y me dije: "Si amas a ese hombre serás la mujer más desgraciada que Dios ha hecho; tu alma requiere que seas correspondida y ese hombre apenas hace caso de tí. Se fija más en las otros mujeres que en tí y tu eres muy orgullosa para quejarte. Piensa en tí ante todo y antes que en todos, señora Gran Duquesa". Esto que me dije en aquella ocasión, se me quedó tan grabado que jamás lo he olvidado.

"Si esto lo pensé no lo dije nunca. Me había propuesto firmemente no amar a nadie que no pudiese corresponder a mi amor con toda la vehemencia de su corazón.

"Mi madre se despidió de nosotros. La Corte pasó a San Petesburgo y al entrar en mis habitaciones..."

Pero aquí tenemos que hacer punto; las memorias de Catalina II de Rusia continúan, pero nosotros no disponemos de espacio para seguir hoy.

DIA TRAGICO

Por Esteban F. Garzón

Era una de esas mañanas húmedas, ni fría ni cálida, con que se inicia el otoño.

El sol, resplandecía tibio, como una vida a la que se le agotan las fuerzas, acariciando afanoso los campos y las huertas, cubiertas por el rocío de la noche como en un ténue velo que lentamente se deshacía en millones de gotitas de agua...

Los árboles, en misterioso silencio, desnudaban sus ramas de las hojas amarillentas, cloróticas, heladas que caían sobre la tierra en plena incertidumbre.

Las débiles plantitas, que apenas a un palmo del suelo se alzaban doblegadas por la preciosa carga de rocío, arrastraban sus tallos casi hasta tocar la tierra. En ellos, los traviesos gorriones, en sus corridas y rastreo de orugas, se posaban alegres y al tender, nuevamente, el vuelo columpiábanse y sacudían las hojas y éstas, arrojaban su indeseada carga en gotas cristalinas de agua.

Aquello, parecía una lluvia imprevisada. Los ingenuos caseros, que siempre ríen y cantan, abismados ante tanta maravilla ensayaban amasar el barro — aún que sin resultado — con sus finas y rígidas patitas para la anhelada fundación de sus nidos. Ahí iban y volvían, incesantes, pero siempre en vano. Y crasitaban su áspera canción, se detenían ansiosos, sobre cualquier rama, abrían las alas y tendían el vuelo hacia lo alto y descendían, otra vez, a empezar lo imposible...

Como aquellos pájaros, que siempre fueron fuerza y vida aún ante lo incierto, el hombre dueño de aquellos huertos, luchando a brazo con lo inculto para vencer lo imposible, todas las mañanas removía la tierra, bordeaba los canteros, trasplantaba sus almácigos, tincaba las orugas y tutelaba las plantitas débiles y vidriosas que el incansable zamarreo de los vientos malograba muchas veces...

Y cuando el traqueteo de largas horas le rendía, arrojaba al suelo su gorra y sobre ella se posaba, al sol y al viento sus grenchas que le caían en desorden sobre la sudorosa frente. Desde ahí miraba su labor, las líneas en trazo riguroso, los primeros brotes, el fruto de sus afanes; cavilaba, resolvía y después decidido daba vida a sus proyectos para sus labores del mañana...

Los pájaros, en torno de él, revolaban, caían a plomo, se erguían y, no del todo confiados, daban sus voces de fiesta. Algunos escarbaban la tierra, otros iban a hurtadilla hasta las tiernas plantitas y arrebatadas a pico limpio sus jugosas hojas que engullían presurosos...

—¡Oh! ¡eso no! solía decir aquél, levantando un terrón que les arrojaba con furia. El fruto de mi trabajo, me lo da Dios, para mí y los míos. Vete a otros campos a buscar tus alimentos si no queréis morir a hora temprana...

Los pajaros, a su vez contestaban riendo, más y más, con un piar agudo, que decía:

—¡Eso sí! Eso sí! Dios, también es padre nuestro... Lo que él puso para el hombre, lo puso para el pájaro que no sabe surcar la tierra, ni fecundar sus entrañas...

Cri-crí... decían unos, crá-crá... decían otros, con notas agudas o notas graves, revolando alrededor del hombre, quien en arranque de inmoderación, poniéndose de pie, con gesto agresivo, de amargo odio, incontenible les arremetió con un trozo de palo.

Ellos, volvieron a reir. Confiados en sus alas, sólo se alejaron breves distancias posándose en las ramas vecinas, donde mientras afilaban el lustroso pico y espulgaban sus plumas espiaban avizones al enemigo.

La bandada, era numerosa. Gorriones, gilgueros, palomitas, caseros, benteveos y tordos por cientos y hasta algunos pares de pesadas urracas se columpiaban inconscientes sobre flexibles gajos de los duraznos...

—¡Eso, no! volvió a repetir enfurecido el hombre... ¡Eso, no! Estos huertos son míos y sus frutos son sólo para mí... Después, una y cien blasfemias movieron sus carnosos labios.

Luego, de la palabra al hecho.

Puñados de granza derramó sobre verdes hojas de coles, colocándolas distantes unas de otras; luego las empolvareó con aquel mortífero blanco de nieve, con que solía batir las hormigas... Volvió a sentenciar su juramento, rojo de rabia, rojo de sangre y luego fué a recostarse a la sombra de los setos para saborear su trágica maniobra...

Piaron de nuevo los pájaros, tendieron el vuelo, incautos, indefensos hacia el improvisado almuerzo; engulleron con ansia, desmedidos aquel tan áspero, tan agrio, tan traidor y mortífero que más les valiera una puñalada partiéndoles el corazón...

¡Quién hubiera entendido el lenguaje de los pájaros, quien que hubiera tenido el alma más noble para haberles dicho: cuidado!

¡Pobrecitos! Y tenían hambre y comieron ansiosos, ya que aquel hombre terco, adusto, que les ahuyentaba siempre del huerto, ahora les dejaba piar y picar tranquilos, a sus anchas, más bien placentero que rabioso, tendido allí cerca a la sombra de los setos... ¡A la sombra de los setos!

Engulleron, engulleron incontinentes; después sacudieron las alas, tendiéronlas al aire y a las primeras ramas fueron a posar el vuelo. Silenciaron. Un frío temblor inquietó sus cuerpecitos, un agudo grito de dolor, un instante, solamente, de inconsciencia y, después, como una piedra en el vacío, unos tras de otros, cientos de ellos fueron rodando por tierra...

¡Qué de crímenes sabe el hombre, el hombre que vanidoso se llama hijo de Dios!

Y los padres, pobres pájaros, no volvieron y los nidos quedaron vacíos... y los hijos, implumes aún, piaron en pleno dolor hasta que llegó la noche, aquella noche tan fría, tan negra, tan silenciosa. Durmieron, después, para ya no despertar más. Y eso, fué mejor que piar de hambre y de frío...

Las horas calladas, hoscas, inconmovibles se hicieron en el huerto.

* * *

En las blancas cunas de la casa, — de la casa donde viven felices, con lo poco o con lo mucho que la tierra les da, los dueños de aquel huerto; donde ni el aleteo, ni el piar de los pájaros no se oye ya a la hora matinal, a la hora que otros días se oía el eco de la argentina risa de dos preciosas criaturas, de carnes tersas y rosadas, de blondas cabelleras y ojos de pedacitos de cielo; ahora, sí ahora mismo cae a raudales el llanto de los párpados y las sombras envuelven los rayos de sol, que apenas traspenen el cristal de la ventana, en aquel nido humano, otras veces riente, mientras el dolor se retuerce en el alma con furia infernal y la más horrible angustia enfría y palidece la vida...

La madre, la pobre madre que nada supo de aquel bárbaro exterminio de otros padres y de otros hijos, se tiene apenas de rodillas con una mano asida de la barandilla de la cuna de sus hijos, los ojos azozados, casi fuera de las órbitas, pálida y fría como un mármol, el corazón brincando dentro del pecho; mira, mira y sólo ve la palidez mortal de sus hijos, algo terrible, algo incomprensible, que es todo, sin embargo, brutal realidad. En su diestra suspende por las alitas inermes dos pájaros, también dos padres, que en un arranque de estupor, recordando, mordiendo su propio dolor, convulsa ha arrebatado del rosado pecho de sus hijos... ¡ah! no, no; uno todavía tenía el negro pico pendiente entre los labios pálidos del hijo, del rollizo, del más rosado y más pequeño de los dos...

Y sus ojos estaban aún abiertos, sus ojos que eran inmóviles cuentas celestes, con dos puntos negros, que parecían mirar severamente, que como los de los pájaros, también abiertos, nada veían, ni siquiera vieran la vida que se fué...

Que se fué, sí. Y lo indecible aconteció...

Aquellos pobres niños, que pagaron la culpa ajena, que la buena madre le enseñara a amar a los pájaros, que aprendieran a volverles la vida, cuando helados les encontraban en el huerto, al calor de sus senos; que cuando no valían esto hundían el pico en los propios rosados labios y les daban, alentando en tibios soplos de vida...

Aquellos buenos niños, incautos, mientras seguían al padre por el huerto, en las últimas horas de la tarde de aquel día trágico, recogieron cada uno su pájaro caído, cada uno el suyo, remedaron los cuidados y las caricias que la pobre madre solía prodigar ante sus ojos de niños, a quellos que yertos encontraban en las últimas horas de los días de hielo.

¡Cuántos, oh! Dios, habían visto sacudir de nuevo sus alitas al cálido soplo o al calor del seno de la madre! ¡Qué alegría, que alborozo cuando aquella, la buena madre, poniéndolos en la mano abierta, distendida les dejaba volar!

¡Pobres pájaros! ¡Pobres niños! El fatal veneno, el suave polvo de nieve alcanzó para todos, ¡para pájaros y para niños!

CREPUSCULAR

...Y la tarde somnolienta.
con algo de pesadumbre,
unta de gris y de alumbre
la inmensidad polvorienta.

Vienes, cimbreando y lenta,
a mí, como de costumbre,
y es tu crin — oro y herrumbre —
un iris de luz sangrienta.

Llegas y en la mortecina
desolación que me apena,
se fuga una alba marina,

mientra tú, de gracia llena,
hincas la garra asesina
en mi carne nazarena.

Raziel de LUGO.

El espejo fatal

Por Edgardo E. Auzón

Marcelo Rodríguez regresaba de la provincia de Tucumán, a donde había ido comisionado por una sociedad azucarera de Chile para realizar estudios en los ingenios. Este trabajo le había sido muy bien remunerado permitiéndole asentar una base sólida para llevar a cabo su proyectado matrimonio con Lucía Richard. Marcelo creía, por consiguiente, haber resuelto el problema más difícil de su vida que durante cinco años fuera su constante preocupación. Pero, como el hombre propone y Dios dispone, he aquí que una circunstancia inesperada vino a echar por tierra su proyecto.

Esa misma tarde, el 31 de diciembre, su primer pensamiento al bajar del tren, en la estación Retiro, fué ir en busca de su prometida para sorprenderla con la grata nueva del éxito obtenido en su viaje por el Norte. Tomó un auto y se hizo conducir a su domicilio. Al descender le llamó la atención un movimiento inusitado de gente que entraba y salía como si en la casa ocurriera algo extraordinario. Golpeó. Una mujer, con aire de curiosidad, se asomó al zaguán.

—¿Qué se le ofrece, caballero?

—Desearía ver a la señorita Lucía Richard.

—¿Trae usted algún recado?

—No, señora. Quisiera hablar con ella.

—La señorita no está — contestó la mujer con un aire de satisfacción difícil de describir — hace media hora que ha ido al registro civil, donde ya habrá celebrado su matrimonio. Si quiere dejarle algo dicho...

Esta respuesta cayó sobre Marcelo como un rayo. En el primer momento creyó que aquella mujer se burlaba, pero reiterada la pregunta, el tono más grave, volvió a obtener la misma respuesta, con el agregado de que la ceremonia religiosa tendría lugar en esa misma casa a la noche siguiente. Ante tan inesperada noticia Marcelo sintió flaquear las piernas y se hubiera desplomado, seguramente, al no haber hecho un esfuerzo supremo para sostenerse; y aturdido, como el que se ahoga, que en el instante de sumergirse para siempre ve desfilar por su cerebro toda la historia de su vida, así Marcelo vió cruzar por su mente el doloroso drama del pasado y levantando los ojos al cielo, presa de cruel abatimiento, exhaló un hondo suspiro y se alejó de aquella casa.

* * *

Marcelo no era mal parecido: alto, delgado, de tez pálida, algo marchita, negra y lustrosa cabellera con una que otra cana destacándose como hebra de luz, ojos negros, voluptuosos, circundados por grises ojeras, mirada sombría y penetrante, nariz recta, bastante pronunciada, el labio superior algo más grueso que el inferior, lo cual se hacía casi imperceptible por el sedoso y escaso bigote negro caído al descuido, las mejillas hundidas, la barba prominente. Por su temperamento excesivamente nervioso era un continuo juguete de sus ideas. Se dejaba dominar por su carácter impulsivo, lo cual forzosamente lo conducía al fracaso. Mas de una vez lloró amargamente y con resignación porque estaba convencido que el Destino adverso le acechaba. Su vida era un corolario de desventuras y ni siquiera por obra de la casualidad logró éxito en sus empresas. Desde los quince años, en que quedó huérfano, no había conseguido resolver el problema de su vida y no por falta de condiciones sino por obra de la fatalidad, como él decía a cada paso.

Era cierto; se sentía indolente por temperamento. Sin embargo, había hecho lo posible para reaccionar contra esa tendencia, y el punto de apoyo que Arquímedes pedía para mover el mundo había sido para él el amor de su Lucía. Por ella hubiera sido capaz de todo. Cada vez que se le presentó la oportunidad de ganar dinero impuso la condición de no ausentarse de la capital. Le parecía que la distancia produciría estragos en su Destino y aunque su corazón le anunciaba a diario una desventura siempre estaba listo para afrontarla. Así es que cuando el ingeniero Swartz le hizo llamar para ofrecerle la comisión de que hemos hablado puso en duda su suerte, no atinando a responder de inmediato y solicitó un plazo de cico horas para decidirse.

Expuso su proyecto a Lucía quien al principio recibió la noticia con desagrado; después se pusieron de acuerdo en hacer el sacrificio de separarse para llegar en el más breve espacio de tiempo a reformar ese dulce nido de amor que tanto han cantado los poetas desde que existe el mundo. Cuando llegó el momento de la despedida ambos experimentaron de improviso la nostalgia del abandono y se juraron amor eterno, confundieron en un largo abrazo sus cuerpos temblorosos y con las miradas fijas en el cielo estrellado, como interrogando al infinito, suspiraron en silencio un largo rato...

Cuando el silbato de la locomotora anunció la salida del tren y éste empezó a arrastrar pesadamente sobre los rieles, Lucía desde el andén, agitaba nerviosamente su pañuelo y en tanto que sus ojos se nublaban al paso de dos gruesas lágrimas, el último vagón del tren se perdía en una curva como la cola de un inmenso reptil...

Lucía se volvió a su casa, pensativa y cabizbaja, en tanto que el reloj de la torre de los ingleses plañía dolorosamente nueve campanadas...

* * *

Volvamos a Marcelo. A medida que se alejaba de aquella casa funesta, aturdido, abrumado, sus cavilaciones iban en aumento. No alcanzaba a comprender cómo esa mujer, en la que había cifrado su suerte, lo había traicionado tan miserablemente y en tan breve espacio de tiempo.

En ese estado de ánimo anduvo vagando horas por la calle. Al llegar a la Plaza del Congreso, vencido por el cansancio se detuvo, miró el reloj, hizo un movimiento de cabeza y exhalando un hondo suspiro se quedó un largo rato meditando. Más de un transeúnte lo observó detenidamente. Con una mano en el bolsillo del pantalón, la cabeza caída sobre el pecho, los ojos extraviados en el pavimento sin que lo inmutara el bullicio del tráfico — cada vez más creciente — Marcelo hacía su composición de lugar. Encendió un cigarrillo, maquinalmente, y dejándose caer, extenuado, sobre una de las gradas del monumento a los dos congresos, se entregó de nuevo a sus me-

RITMO

Lo dijiste hace siglos, Pitágoras:
hay un ritmo perenne en las cosas,
todo vibra en un cambio de ritmo,
todo vive una Ley Armoniosa,
Todo es número, entonces, pues todo
tiene fija una senda...
y lo mismo que el mar que se agita
cuando suben y bajan las olas
que en el ritmo cordial de los pechos
donde vibra a toda hora...

Es el ritmo que mueve los astros
y que así, en el espacio, provoca
lo que antaño escuchara el Maestro:
la música rítmica de esferas remotas...

Se desplazan lo mismo en el cielo
los astros inmensos como aquí las alondras,
en un vuelo ondulado de ritmos
que tienen como una pauta maravillosa.

Así sea que late en el pecho
el corazón como una mariposa,
o que el hombre respire la Vida
que está en toda cosa;
así sea que el átomo vibra en la carne
o en la flor que se esponja;
así sea que el Verbo primero
se mueve en la nebulosa,
todo aliento de vida que existe
lleva un ritmo de onda
que va en espiral, hacia arriba,
donde vibra una Ley Armoniosa!

Rogelio SOTELA.

ditaciones. Aquella casita pobre donde otrora había derramado sus primeras lágrimas de hombre se dibujó en sus recuerdos removiendo entre las ruinas de su corazón los restos de sus doradas ilusiones. Le parecía mentira que en tan pocas horas su caída hubiera sido tan formidable. Ella, Lucía, la hechicera mujer de sus ensueños, con quien había pasado las horas más felices de su vida, se le perdía para siempre y al día siguiente, el primer día del año que a él le parecía el último de su vida, unía su destino al de otro hombre menos bueno pero más afortunado que él. El hecho estaba consumado y sin embargo dudaba. Tenía que haberlo visto para convencerse, palpar la realidad que se le presentaba con la característica de un sueño... Sí, era preciso, aún a costa de su vida, llegar hasta ella, recordarle sus promesas y sus juramentos, hacerle ver su trición... Pero, ¿quién había dispuesto todo aquello? ¿Qué mano nefasta había encadenado en esa forma los acontecimientos? Y, ¿por qué causa? Porque era pobre. ¿Qué culpa tenía él si la fortuna le había sido adversa? ¿Acaso carecía de condiciones para poseerla?... ¿Y entonces? Sin embargo le sobraba el talento lo cual explicaba su pobreza. El se creía feliz sabiendo el álgebra y la literatura. Qué le importaba el dinero si tenía la gloria de ser de los mejores matemáticos y de los más leídos escritores — una ciencia y un arte que en raras ocasiones fraternizan —. Sus amigos le oyeron decir, más de una vez que el oro hace a los ambiciosos y a los ignorantes y jamás puso en actividad sus energías sino con el propósito de obtener lo indispensable para satisfacer sus necesidades... Y la única vez que se sintió ambicioso, la única vez que se sacrificó por completo en aras de su ideal, fué para dejar su alma en el umbral de aquella modesta casita de la calle Moreno, que ocultaba como un relicario las más bellas esperanzas de su vida...

* * *

La plaza del Congreso bajo las luces esplendentes de las lámparas eléctricas absorbió de pronto la atención de nuestro hombre. Aquel hermoso lago artificial circundado por varias hileras de lamparillas de todos colores, cuyos nítidos reflejos sobre las aguas cristalinas semejaban las varillas de un largo abanico, de cristal y el chorro incesante de los surtidores esparciéndose en forma de llovizna sobre aquel plano mágico, atrajeron las miradas de Marcelo quién, como si despertara de un profundo sueño, se puso a contemplar... Y entre la magnificencia de la ciudad, con el espíritu abatido ante su ruina inevitable, se sintió dolorido frente al espectáculo de su pobreza y maldijo la hora en que se le ocurrió hacer filosofía y estudiar el cálculo infinitesimal.

Aquí llegaba Marcelo en sus meditaciones cuando la sirena de "La Prensa" anunció el advenimiento del Año Nuevo. Una muchedumbre compacta rebosante de alegría descendió del monumento de los dos congresos y los aplausos, silbidos, sirenas y bocinas de autos que formaban un solo ruido infernal, conmovieron en un instante a aquel hombre que como impulsado por una fuerza misteriosa se confundió entre la multitud gritando desaforadamente como un loco...

. . . .

Las primeras luces del alba sorprendieron a Marcelo sentado en un banco de la Plaza de Mayo, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza escondida entre las manos... ¡Estaba llorando!

* * *

En la casa de Lucía Richard habían terminado los preparativos para el baile de bodas a celebrarse esa noche. Como el espacio era reducido para una reunión de esas proporciones se había habilitado el patio alfombrándolo y entoldándolo de manera que los invitados pudieran rendir honores a la diosa Terpsícore. Algunos farolitos chinescos colgando con simetría del parral iluminaban con luz amarillenta aquel cuadro digno de ser copiado por Blanes. Frente al zaguán de entrada una cortinilla japonesa colgada de la verja de hierro impedía que los transeúntes vieran lo que pasaba en el interior.

El mobiliario de la sala se componía de veinticinco a treinta sillas de Viena, de mimbre, seis grandes macetas con palmeras, colocadas a ambos lados de la pared, y por último un sofá de ébano con esterilla que conservaba doña Manuela como recuerdo de su primer esposo.

Un prolongado bullicio llenaba la casa y las conversaciones giraban sobre toda clase de argumentos. Mientras tanto vamos a informar al lector con respecto a cómo se había concertado aquel matrimonio.

Doña Manuela de Richard era una de esas mujeres para quienes el lirismo no pasa de ser una loca fantasía de los poetas. Educada en la escuela de la disciplina no había tenido oportunidad de recrear su espíritu con las coqueterías propias de la juventud. Su padre, un militar de vieja estirpe que había pasado la mayor parte de su vida en las compañas, apenas vislumbró la posibilidad de casar a su hija, no vaciló en imponerle el candidato prefiriendo uno de su profesión porque consideraba que "hombre que no empuñaba la espada, no era hombre".

Criada, pues, doña Manuela en ese ambiente liberal había logrado adquirir un gran sentido práctico y, por consiguiente, calculadora y positivista, sometía las cosas de la vida a un riguroso examen antes de resolverlas en definitiva.

Así había procedido cuando se percató de los amores de Lucía con Marcelo. Sin decir una sola palabra se había tomado el trabajo de hacer minuciosas averiguaciones. No ignoraba por lo tanto que el pretendiente carecía de condiciones para subvenir a las necesidades de un hogar. ¿Cómo podía consentir esa unión? Lucía era una niña inteligente y hermosa, dotada de las mejores condiciones para labrar la felicidad de un hombre. Chica de su casa, hacendosa y buena. Además, poseía el diploma de profesora de violín, obtenido brillantemente en el primer Conservatorio de Música de Buenos Aires.

Marcelo ni siquiera tenía empleo. Le había resultado más cómodo ser dependiente. Le faltaba como dos años de estudio para obtener el título de ingeniero. Indudablemente, poseía una clara inteligencia, lo que lo había distinguido entre sus compañeros de la Universidad. Por ello no le faltaban nunca pequeñas prebendas con las que hacía frente a sus necesidades.

Por esa causa, doña Manuela, había hecho lo indecible para impedir el casamiento de su hija con Marcelo, y se valía de toda clase de argucias para sacarla, a todo trance, de su camino. Las cartas que este le escribió de Tucumán no habían llegado nunca a manos

LAS MARGARITAS DEL CAMPO

¡Tú debes recordarlo! ¡Sí, debes recordarte!
Cuando íbamos del brazo por los valles queridos;
cuando en mi tierna vida nunca pensé olvidarte;
cuando en tu vida alegre tenías por baluarte
tu corazón y tu alma de ensueño y paz henchidos;

cuando las noches blancas de estrellas y de luna
constelaban los lares de nuestras devociones;
cuando nuestro amor era cual la flor de la tuna
que se consagra reina del reino de la puna
bajo el cielo que la unge flor de santos perdones;

cuando íbamos del brazo, ¿tú lo recuerdas?, ellas...
cubrían los senderos de la montaña augusta,
poblaban de colores, lucían como estrellas,
ellas... las centinelas del valle, las doncellas
del halago, el orgullo de la sierra vetusta,

las almas de la tierra natal, las misteriosas
pequeñas princesitas del predio hospitalario,
las místicas huríes siempre, siempre amorosas:
milagros de las piedras, destellos de las cosas,
imágenes divinas del montañés santuario,

ellas... las muchachitas del solar argentino
donde jamás deshójase el amor campesino
porque es gracia del cielo cuajada en sol divino,
ellas... las que arrebatan la unción de cada lampo,
las puras, las humildes margaritas del campo!

¡Oh, debes recordarte! Con cuánta idolatría
miraban desplegarse nuestro amor en el cielo,
como una albina nube de fe y de poesía,
como un áureo celaje de dicha y de ambrosía,
como un gran abanico de luz y de consuelo!

¡Con cuánta idolatría nuestro amor las miraba
confundirse en la hierba descolorida y triste,
como inmóviles vírgenes que el dolor asediaba,
como un cortejo de almas que el torpor opresaba,
como bellas esclavas de un trono que no existe!

...Hoy he pasado solo por los valles queridos,
absorto en mis profundos y locos ideales.
Ellas se han extrañado... No era el de tiempos idos
ni iba contigo, amada de los sueños floridos,
ni mi amor desplegaba sus alitas triunfales!

Ellas se han extrañado, y aunque al igual de otrora
revelaron las mismas tristezas y alegrías,
no me vieron, como antes, gozar mi plena aurora,
y cambiaron por dulce virtud consoladora
la virtud de halagarnos con sus idolatrías!

Porque ellas también saben del dolor de la ausencia
al guardar los secretos del amor campesino
que ahora nos reclama, vibrando en la conciencia,
siendo gracia del cielo cuajada en sol divino:

ellas... las que arrebatan la unción de cada lampo,
las puras, las humildes margaritas del campo!

Alberto G. OCAMPO.

de Lucía. Sería imposible explicar los medios de que se valía para interceptarlas. La cuestión es que la pobre niña sufría calladamente aquel olvido, aquel abandono, y en vano trataba de imaginarse las causas de tamaña ingratitud. Esta circunstancia era aprovechada por doña Manuela para imponer su candidato, en garantía de su felicidad. Marcelo no tenía nada. Raúl, el primo de Lucía, era dueño de un gran taller rde carpintería mecánica que le producía una magnífica entrada. Más de una vez, este criterio discordante con las aspiraciones de su hija había dado motivo a discusiones enojosas.

Una mañana, en el momento en que Lucía se estaba peinando, doña Manuela la increpó duramente:

—No eres una chica, estás en edad de comprender razones y de oír los consejos de los que han vivido más que tú...

—Es inútil, mamita; quiero a Marcelo con toda la intensidad de mi alma; él ha sido mi primer amor y el primer amor no se olvida nunca. Podrá quererme mucho mi primo, tendrá una posición afrontar las necesidades de un hogar, pero nunca podrá hacerme feliz como Marcelo...

—Eres una muchacha alocada, no sabes lo que dices. Si pensaras detenidamente en esta pobre vieja que te quiere... y dos gruesas lágrimas rodaron por su cara.

Hubo un momento de silencio durante el cual Lucía parecía reflexionar.

Ya soy vieja — continuó doña Manuela — el día que yo te falte quedarás desamparada. Con tu tío Ambrosio no puedes contar porque el pobre apenas si puede con sus huesos. Oye mis consejos, hija, cásate con Raúl... De todos modos, Marcelo te ha abandonado como un cobarde...

Y después de todo lo dicho y algunas razones más que doña Manuela fué hilvanando con destreza, Lucía concluyó por aceptar a Raúl, quien esa misma noche hizo su entrada en la casa.

En sus cavilaciones Lucía había llegado a creer, efectivamente, que Marcelo la había olvidado. Esta idea pesó más en su resolución que todos los consejos de doña Manuela. Hacía tres meses que se había ido de su lado y no se había dignado escribirle una sola palabra. Ella, por el contrario, le remitió muchas cartas a Poste Restante porque ignoraba su paradero y de ninguna de ellas había obtenido respuesta. La última llevaba la dirección de su casa al dorso y volvió con la siguiente inscripción: "Devuélvase al remitente por ser desconocido el destinatario". Y los días pasaban, las visitas de Raúl se sucedían hasta que se concertó el enlace que el lector ya conoce.

* * *

Eran las nueve de la noche, hora fijada para la ceremonia religiosa. Una especie de nerviosidad reinaba entre el elemento femenino que, con la curiosidad que le caracteriza, aguardaba el comienzo del acto religioso. De repente, como por encanto, las conversaciones cesaron; un cuchicheo general anunció la llegada de los desposados. Lucía, con su traje de raso blanco y la corona de azahares circundando su frente, avanzaba lentamente del brazo de su padrino. Estaba más hermosa que nunca. Sin embargo, en su semblante pálido se dibujaba una honda expresión de angustia, como si en el acto solemne que iba a realizar frente a Dios la voz de la conciencie la reprochara su actitud. Lo que pasaba por su imaginación en ese momento debió ser espantoso. Mientras los invitados exteriorizaban su alegría ella trataba de ocultar su pena, cada vez más intensa.

Raúl, por el contrario, jamás se había sentido más dichoso. Realizaba su sueño de oro y estaba plenamente satisfecho. Lucía le había costado muchas lágrimas, pero ¿qué le importaba el pasado frente a la magnificencia de su triunfo?

Había notado la preocupación de Lucía pero no quiso atribuirle importancia y como el amor es ciego no se le ocurrió nunca indagar el motivo de su intranquilidad. Un día, ella, distraída, lo llamó "Marcelo", lo cual originó una pequeña rencilla que doña Manuela se encargó de apaciguar, pero, después de esto, nunca volvió a pasar nada.

Como decíamos, jamás se había sentido Raúl más feliz que esa noche y desde el brazo de doña Manuela se creía con derechos a esparcir, a diestra y siniestra, miradas y sonrisas de satisfacción que los circunstantes acogían con simpatía. Así llegaron al pequeño altar que había preparado doña Manuela con una cómoda antigua, sobre cuyo mármol, a falta del mantel de fino linón se destacaba la sábana blanca, un hermoso crucifijo y dos candelabros de bruñida plata que el buen padre José había conseguido prestados en la parroquia vecina. Luego, dos o tres violeteros y un montón de flores sueltas, completaban la belleza del modesto arreglo.

El padre José, separándose de los circunstantes al ver llegar la pareja, se encaminó hacia el altar al tiempo que se colocaba la casulla y el escapulario. El silencio dominó el recinto... Y por breves momentos sólo se oyó la voz apagada del sacerdote rogando a Dios por la felicidad de esas dos almas.

* * *

Como el acontecimiento narrado había absorbido la atención de los presentes nadie notó que un hombre, entreabriendo la cortina del zaguán, penetró sigilosamente al patio y escurriéndose hacia el ángulo donde tenía lugar la cemonia se mezcló con los invitados. El intruso, que, como supondrá el lector, era Marcelo, después de echar una mirada escudriñadora en torno suyo, seguro ya de que nadie había reparado en él, se dispuso a seguir con ansiedad el desarrollo del acto tratando de no perder un sólo detalle. Comprendía que ese era el triste epílogo del drama de su vida, y quería ser espectador de su propia derrota. Varias veces sintió deseos de gritar y se le anudó la voz en la garganta. Quería fulminar a la ingrata con la palabra del desprecio, echarle en cara su deslealtad, reprocharle su proceder para avergonzarla públicamente, gritarle que ese casamiento obedecía al interés más sórdido y que ese hombre que por la ley era su dueño la había conquistado con el dinero; en una palabra: que había vendido su alma, esa alma virginal que es el más valioso tesoro de la mujer al embriagarse su corazón con los primeros efluvios del amor. Pero se contuvo. Quiso que lo que estaba escrito se cumpliera al pie de la letra y pensó usar como único castigo el silencio que impone más que los gritos de desesperación y de venganza, el silencio, arma mortífera que cuando llega al corazón lo hace pedazos...

Entonces, sus esperanzas se condensaron en un solo propósito: que al cruzarse las miradas de ambos la suya quedase grabada en la retina de Lucía, como estigma imborrable de su indignación, nublando para siempre esos ojos divinos que sólo debían llorar para él y que él no volvería a contemplar jamás...!

A esta altura de sus meditaciones llegaba cuando la voz del sacerdote le hizo estremecer:

—Lucía Richard ¿acepta por esposo a Raúl Lefranc?

Reinó un silencio de varios segundos. Marcelo contenía la respiración aguardando el funesto monosílabo que iba a sepultar su felicidad.

Lucía no contestó. Acababa de ver reflejado en un espejo, como un espectro fatídico, el rostro severo y triste de Marcelo. Toda la sangre se agolpó en su corazón y se puso lívida. Sus ojos se abrieron desmesuradamente buscando entre la multitud al verdadero dueño de su alma. Lanzó un grito y cayó al suelo...

¡Estaba muerta!

VAGUEDADES

Fétido es el pantano, pero no condenemos al agua que ha sonreído al sol, brotando de la casta fuente.

¿Qué es un tribunal sin la fuerza armada que ejecuta los fallos? Se conciben gendarmes sin jueces; no se conciben jueces sin gendarmes. La gusticia no está en la balanza, sino en la espada.

Sin el purgatorio y el infierno, ¿qué sería de Dios de los católicos, impotentes en la tierra? El jurado romántico que desfaga los entuertos continentales aplazará también su acción hasta la otra vida. ¿Quién hará caso de los que decretan la paz sin poseer ejércitos ni acorazados? Sólo el cañón hace enmudecer a los cañones.

Si la generosidad no razonara con los nervios, se daría cuenta de la moral de los individuos, y vería que el aparente altruismo práctico por el ciudadano corresponde exactamente al egoísmo de la patria.

Matar es un crimen para el ciudadano; para la patria es una gloria. Robar es un delito para el ciudadano; para la patria es una aventura. Mentir es una vileza para el ciudadano; para la patria es una habilidad. Por eso el patrimonio de los pueblos está hecho de despojos, y su tradición de crueldades.

No se acercan los hombres unos a otros por cariño, sino porque los comprime el peligro exterior. El miedo y la división del trabajo crean las sociedades. Cada interés que ata da la medida de un interés que divide, y la lucha constituye el fundamento eterno de la realidad.

La lucha asesina, porque es preciso que nazcan nuevas formas, y no hay sitio ni materia para conservar las gastadas.

En el umbral de una era que empieza poblando el mundo de las más grandes maravillas, y cuyos dos siglos de milagros no concienten objeción ni blasfemia, nada es lícito sino creer. Creer es crear. La fe obliga a contestar a las tinieblas. La humanidad es bastante joven para tener fe y para quemar a los que no la tengan, en la hoguera jamás apagada; iluminadora del camino.

Rafael BARRET.

Por robar un conejo, ajustician a una mujer en Siam

Por A. Holton Frisina

Hace dos años me encontraba de redactor del *North China Daily Mail*, en Shangai, cuando llegó a la redacción un telegrama anunciando que nueve días después sería ejecutada una mujer en Bangkok, ¡por el hecho de haber robado un conejo!

La noticia causó sensación, pues era la primera vez que en Siam se decretaba la pena de muerte contra una mujer.

Inmediatamente el director me dió orden de partir para Bangkok, con el encargo de presenciar la ejecución y de tomar a toda costa fotografías para ser publicadas en el diario. En la noche del mismo día me embarqué en compañía de mi mujer.

Los cinco días de travesía fueron pasados espléndidamente en el mar de la China,el mar más pacífico del mundo.

La quinta noche entramos en el río Menam,. La última mañana me levanté temprano, y al subir al puente, un espectáculo maravilloso se me presentó a la vista. Sobre las dos orillas del río se extendía una vegetación abundante de árboles y plantas que daban al viajero una impresión fantástica.

A una distancia de 200 metros unas de otras se veían casitas de madera, coloredas de rojo y verde, recubiertas de flores multicolores, las cuales se hallaban cerca de las casas sagradas, habitadas por sacerdotes budistas.

En efecto: se veían seres con la cabeza calva, los pies desnudos y cubiertos de un gran manto amarillo, sentados en el suelo, en la puerta de su residencia, intentando plácidamente aprovechar el Sol o cantando una letanía religiosa.

A mediodía desembarcamos en Bangkok, y después de haber alojado a mi esposa en el único hotel de la ciudad, tomé un "rickshaio", cochecito de dos ruedas tirado por un chino, y me hice conducir al Departamento de Policía.

Llegado al Departamento de Policía, fuí puesto en presencia del jefe, el cual, sentado detrás de una gran mesa, sorbía plácidamente un té, mientras un agente, de pie, con un gran abanico en la mano, le daba aire.

En una mezcla de inglés y chino, le expuse las razones por las cuales había ido a Bangkok y le rogué me diera permiso para presenciar la ejecución de la mujer que a la mañana siguiente debía ser decapitada.

El jefe de Policía me contestó en mal inglés que ningún permiso sería dado a cronistas extranjeros, poniéndome gentilmente en la puerta.

Sabiendo que si volvía a Shanghai sin haber cumplido la orden recibida equivaldría a presentar mi dimisión forzada, decidí a toda costa presenciar la ejecución disfrazándome de chino.

Al día siguiente me levanté temprano y comencé a vestirme, y, ayudado por mi esposa, una hora más tarde, me había transformado en un chino perfecto, con la tradicional coleta, ojos rasgados y bigotes colgantes.

Escondí el aparato fotográfico en la larga manga del hábito, y al tiempo que besaba a mi mujer, salí del hotel sin ser visto por ningún camarero. En un 'rickshaio" me hice conducir a 20 metros del campo de la ejecución, e hice a pie el resto del camino.

Mezclado a una multitud de chinos, no tuve ninguna dificultad en tomar un sitio en primera fila.

Un cuadrado largo de diez metros, circundado de hilos metálicos, en el medio una silla y un palo fijo en el suelo, indicaban el punto de la ejecución.

Después de haber pasado dos horas bajo un sol candente, la excitación del público me hizo advertir que la ejecutada se hallaba a punto de llegar. En efecto; una carroza cerrada, tirada por un mulo, se detuvo cerca del cuadrado, y de ella descendió una mujer, conducida por dos agentes, que la ataron brutalmente a la silla, y luego sujetaron la silla al palo fijo en el suelo.

Una vez tomada esta precaución, un hombre vestido solamente con una faja roja alrededor del cuerpo y con una espada en la mano, comenzó a saltar furiosamente alrededor de la víctima, mientras que otros dos, sentados en el suelo, golpeaban como obligados sus tambores de lata.

Esta danza macabra duró media hora; el verdugo acercábase siempre más a la víctima, tocándola casi con la espada, pero sin herirla nunca; es decir, efectuaba el juego del gato con el ratón.

Al rumor más intensos de los tambores, el ejcutor le tiró un golpe con la espada, en dirección al cuello; pero el golpe mutiló solamente una oreja de la condenada, la cual dió un grito de dolor y se desvaneció. Desde aquel momento se sucedieron los golpes; pero ya era la víctima una masa de carne sanguinolenta, y aún no había recibido su golpe mortal.

Siendo evidente la inexperiencia del verdugo, un oficial presente sacó su espada y puso fin al sufrimiento atroz de la condenada atravesándole el corazón. Después de ésto, el ejcutor le tomó la cabeza por los cabellos, y de un golpe la separó del cuerpo.

Durante todo este tiempo yo ya había tomado varias fotografías, y me hallaba tan ocupado en mi trabajo, que no vi acercarse a tres o cuatro agentes de policía, los cuales saltaron sobre mí como bestias feroces, me sacaron la máquina fotográfica, y a la orden de un superior, sin hacer caso de mis protestas, me condujeron a viva fuerza a la Comisaría más próxima.

El oficial de guardia, comprendiendo que era un europeo disfrazado de chino, rompió el aparato fotográfico con el puño de una espada, y después de haberme insultado en un lenguaje que felizmente no comprendí, me hizo encerrar en una celda pequeña y obscura, donde parecía haberse dado cita todos los ratones de Siam. Después de dos horas de hallarme en pie, sin poderme sentar ni en el suelo, a causa de que los ratones saltaban hasta dentro de los botines, la puerta se abrió, y fuí conducido nuevamente en presencia del mismo oficial.

Esta vez me hizo entender en inglés que era acusado de ser un espía bolchevique, enviado para hacer propaganda en Siam, y que si tenía algo que decir era preferible decirlo al instante, pues al día siguiente, a las diez de la noche, sería fusilado.

Me es imposible describir la noche horrible que pasé, con el cerebro poblado de visiones y de recuerdos, mientras que incesantemente me veía obligado a mover las piernas y los brazos, pues los ratones, volviéndose más audaces, me subían hasta la espalda. No sé cómo en aquella noche espantosa no llegué a perder la razón. En cierto momento pensé en terminar con mi vida golpeándome le cabeza contra las paredes de mi celda.

¿Cuántas horas pasaron hasta que oí un rumor de llaves?

La puerta se abrió.

Como en un sueño seguí al agente de policía, que me condujo a una antesala. Es imposible imaginar la emoción que experimenté al hallarme en presencia de mi esposa y de un funcionario extranjero.

Abrazados una al otro, mi mujer me explicó lo sucedido. Me contó que el día anterior esperaba ansiosa mi regreso. Habiendo esperado inútilmente, salió en mi busca. Se presentó en diversas Comisarías, pero siempre en vano. Al fin encontró un agente de policía, que le informó de un arresto ocurrido durante el día. Un espía bolchevique disfrazado de chino había sido descubierto y sería fusilado al día siguiente.

No obstante lo avanzado de la hora, sin perder su valor, mi mujer se presentó inmediatamente a la autoridad extranjera competente, la cual envió un funcionario a tomar mayores informaciones.

Eran las dos de la tarde cuando, en automóvil, regresé a mi hotel. ¡Al fin era un hombre libre, pero todavía vestido de chino y con el signo evidente de los sufrimientos materiales y morales sufridos durante treinta horas en una celda obscura, sin más compañía que unos ratones hambrientos!

MI PONCHO

(Del libro "PAGOS JUIDOS", recientemente aparecido)

Poncho 'e fleco desparejo,
Siá guardao mi historia di ante.
Aura es mi vida, anque cante,
Vida al pepe 'e gaucho viejo.

Güenaso pal aguacero,
Pa la cama y la pelea,
Tiene di algún entrevero
Un manchón que lo florea.

Aura me acompaña al ñudo,
Lo mesmito que el facón:
Cuando el gaucho es agalludo
Ellos le dan la razón.

Poncho, mi poncho, te inflabas
Con mi coraje y el viento.
Tengo aura duras las tabas,
Se me ha'pocao el aliento.

Mañanas camperas

Lindas mañanitas mías,
Mis mañanitas camperas,
Que iban abriendo tranqueras
Pal sol y sus alegrías.

(Cuando arribita 'e la loma
Ya hay polvadera amarilla,
Al rato no mas asoma
Y pa tuitos igual brilla).

Tan solo en aquellos pagos
Se largaba bien a su ancha,
El sol que me daba tragos
De juerza que el pecho ensancha.

Cabiá entera la mañana
En aquellas largas pampas,
Mientra' mi vaca temprana
Caracoliaba las guampas.

Yuyo fresco y vida abierta,
Tierra amiga y pingo criollo,
Y no este tremendo embrollo
De calles sin ruta cierta.

Iban cantando las chinas,
Cantaba algún pajarito,
Y el amargo en las cocinas
Largaba su trotecito.

Iba po 'entre el pasto, lerdo,
Tarariando mi cantar,
O pialando algún ricuerdo
Que sirviera pa rimar.

Lindas mañanitas mías,
Mis mañanitas camperas,
Que iban abriendo tranqueras
Pal sol y sus alegrías.

He quedao solo

En trotiar al cuete
Me pasé los años.
Aura muento el flete
De los desengañados.

Pa tuitas las chinas
Teniá mis halagos,
Y hoy me dan espinas
En tuitos los pagos.

Ante hacián primores
Mis manos certeras,
Y aura ¡si las vieras!
Son puros temblores.

Con la sangre moza
Siempre hay alegría,
Pero es otra cosa...
En cuanto se enfría.

Solo en mi tapera,
Disgraciao, bichoco,
Ya naide me espera,
¡Me ha quedao tan poco!

En trotiar al cuete
Me pasé los años.
Aura muento el flete
De los desengaños.

Luis Francisco LONGHI.

(Continuación de "¡Tiene razón papá!")

Y puso entre las manos de Raúl su cabecita perfumada. Raúl no sabiendo qué hacer, imprimió en ella un beso discreto y se retiró. En el vestíbulo no había ningún criado. El joven, congestionado, nervioso, púsose lentamente el sobretodo. Un rumor repentino le hizo estremecer. Lo que vió entonces no lo podrá olvidar nunca jamás. Allí, delante de la puerta, erguido sobre sus patas posteriores y sosteniendo entre los dientes el borde de una bandeja de madera hallábase un perro: Thor.

Tuvo miedo de comprender... Las palabras de su padre tornaron a su mente: "Te harán creer que te aman y luego te presentarán la cuenta..." Aquel can pordiosero había sido mandado allí con algún fin. ¡Ah, que le hablaran luego de las mujeres de alta sociedad! ¿Acaso Gloria no le había dicho: "Pensaré qué puedo ser para usted"? Rojo de indignación estaba por huir, cuando recordó que tenía un billete de cincuenta francos. Lo depositó en la bandeja, murmurando:

—Pago con creces, por un simple beso...

Thor meneó la cola. Volvió a ponerse en cuatro patas y dirigióse con precaución hacia la sala. Evidentemente había sido mandado.

Gloria Chambreuil no logró explicarse nunca cómo su perro había podido llevarle cincuenta francos, ni por qué Raúl evitaba con tanto empeño encontrarse a solas con ella. En cuanto al joven Fullemoy, admira a su padre. Ha adoptado la sonrisa arrogante y experta del que conoce la fragilidad de las ilusiones, la venalidad de las mujeres y la vanidad del amor.

LOS OJOS DE LA ANCIANA

Tus ojos que antes fueron dos astros de ternura
han perdido sus tintes azules como el cielo
no reflejan como antes, gotas de un mar divino,
el celeste espectáculo más deslumbrante y bello;
tus ojos ven ahora solamente la luna
cadavérica y fría sumida en el silencio
en su capilla ardiente, con sus pálidos cirios
y la noche callada con sus túmulos negros.
Pobrecita la anciana, cada día que pasa
sin que ella se de cuenta, cada día ve menos.

Carlos F. AYALA

¿POR QUÉ CRECEN TANTO LAS BALLENAS?

Estudio sobre la glándula pituitaria

La Universidad de California ha preparado una expedición para pescar ballenas. Los expedicionarios recorren las aguas del Océano Pacífico en busca de los enormes cetáceos.

El en otro tiempo preciado aceite de ballena ya no tiene salida en el mercado, las barbas de ballena ya hace algún tiempo que han sido substituídas por otras substancias como el acero y la celuloide. Es verdad que aún se emplea algo de aceite y de carne de esos monstruos, pero lo que los hombres de ciencia de la Universidad de California persiguen no es la carne, ni el aceite, ni las barbas del animal, sino una de sus glándulas.

Dado el enorme volumen de la ballena, su cerebro es muy pequeño, pero comparado con el del hombre y con los demás animales superiores, resulta muy grande. Detrás de la masa encefálica, en su base y en una cavidad ósea, se encuentra su glándula la pituitaria, que existe en todos los mamíferos y, como se sabe, la ballena es uno de ellos.

La pituitaria del hombre es una pequeña glándula redonda, de algo más de un centímetro de diámetro y, como la de la ballena, se encuentra también en una pequeña depresión o "silla" en el hueso base de la cavidad craneana.

A causa de haberse probado recientemente que el crecimiento del cuerpo humano depende del funcionamiento de esta glándula, los sabios californianos han organizado pesquería de cetáceos para el estudio de sus pituitarias.

Los expedicionarios prescinden de los productos comerciales que la ballena puede aportar. Cuando desangrada por las heridas de los arpones se la atraca al costado del buque ballenero, naturalistas y biólogos bajan, abren la cabeza del monstruo y extraen las pocas onzas de tejido pituitario que forman la ambicionada glándula del animal. Cuando hayan hecho el acopio de glándulas que consideren necesario, los expedicionarios regresarán a sus laboratorios y dejarán en paz el mundo de los cetáceos.

A muchos les parecerá que no vale la pena el sacrificar tanto animal gigantesco, desperdiciar todo lo que de productivo tiene por procurarse un kilo de tejido pituitario, pero las ventajas que de ello pueden obtener la biología y la medicina, compensarán con prodigalidad todos estos trabajos. Se espera que estas glándulas servirán para aclarar algunos secretos sobre el cuerpo humano, su crecimiento, sus dolencias y el modo de curarlas.

Se ha elegido la glándula de la ballena por dos razones. Se sabe que la pituitaria tiene gran influencia en el crecimiento de los animales y la ballena es el animal que mayor desarrollo alcanza.

Su volumen es tan grande o más que el de los colosales reptiles antediluvianos.

El enorme tamaño que alcanzan las ballenas indica que la causa, el agente que preside a su crecimiento es eficacísimo, y ésta debe ser su gran pipuitaria. Esta es la segunda razón, el enorme tamaño de la glándula citada.

Las glándulas se analizarán en los laboratorios y los fisiólogos probarán sus efectos en otros animales.

Hace muchísimo tiempo que la Ciencia tiene conocimiento de la existencia de esta glándula, pero hasta hace cuarenta y un años no se sabía cuáles eran sus funciones.

La primera sospecha la tuvo el doctor Jean Marie al presentársele los casos de dos mujeres que sufrían de horribles dolores de cabeza en la base del cráneo y les había crecido la cara de tal manera que ni sus allegados las conocían. El mismo crecimiento se notó en las manos. El doctor supuso que era un tumor en la glándula o encontrarse cerrada la glándula, cuyas funciones se desconocían.

Esto ocurrió en París en 1881 y desde entonces se ha venido estudiando esta glándula, menor que una cereza, y su función en dirigir el crecimiento del cuerpo humano.

Los individuos que llamamos enanos y gigantes lo son por desarreglos de la glándula pituitaria.

Esta glándula se compone de tres partes diferentes, y sólo la parte anterior es la que regula el crecimiento del cuerpo.

El crecimiento del cuerpo humano es una de las cosas más maravillosas de la Naturaleza.

Al principio, éste es una sola célula viviente que se divide en dos, y éstas en otras, y así sucesivamente, hasta que los miles de millones de células forman el cuerpo.

A medida que el niño crece, el proceso de la división de las células continúa, y así los huesos y los músculos se hacen mayores y todos los órganos y vísceras van adquiriendo mayor tamaño.

Al principio las células que han de producir los órganos del cuerpo adulto, pertenecen a un tipo que llaman "indiferenciado". Las células no han empezado a manifestar las diferencias que las distinguirán de las del cuerpo en perfecto desarrollo. es decir, que forman las células del cuerpo diferentes entre sí y que producen los huesos, el pelo, los nervios, los músculos, la piel, las mucosas, etc., etc.

Los huesos que al principio son duros, son cartilaginosos, y por división, van creciendo y adquiriendo consistencia. Son los arquitectos y albañiles internos, los que construyen el esqueleto que ha de soportar nuestro cuerpo.

A poco de nacer, dos o tres millones de estos fabricantes de huesos entran en funciones, y para cuando se llega a los veinte años, más de veinte millones de trabajadores han tomado parte en la construcción total del esqueleto.

El cuerpo crece por acción de las células cartilaginosas. Al mismo tiempo los huesos van edureciéndose lentamente y, mientras dura el crecimiento, hay en todos los huesos células cartilaginosas vivientes. Cuando todas éstas han terminado su trabajo y desaparecen, el crecimiento del cuerpo ha terminado.

La Ciencia sabe ahora que el regulador, el director de este trabajo del crecimiento del cuerpo, es la pequeña glándula llamada pituitaria que ahora preocupa tanto a los sabios californianos.

No se sabe cómo actúa esta glándula. El famoso anatómico sir Arthur Keith cree que lo hace por medio de descargas químicas que envía a la sangre por medio de "mensajeros", como él los llama, que, partiendo de la oficina del "inspector", a los hueos y cartilagos, dirigen la operación y el trabajo diario.

En algunas enfermedades, como en los casos que llamaron la atención al doctor parisién, estos mensajes o descargas se envían en demasía y los constructores de hueso producen más de lo debido. El resultado es un gigante, un individuo anormal, de largos huesos, resultando un ser de dos, dos y medio o tres metros de alto.

Por el contrario; la pituitaria se descuida, no envía suficientes trabajadores a la obra y los huesos no aumentan lo que debían, no crecen y resulta enano.

Hoy, afortunadamente, se suele curar este defecto, que es una verdadera enfermedad, administrando a los niños raquíticos o tardíos en el crecimiento el principio activo de la pituitaria de ciertos animales, pues en todos los mamíferos, la citada glándula tiene la misma misión.

Por esta razón tiene grandísima importancia la recolección de glándulas pituitarias de la expedición de sabios californianos, que aclarará varios problemas científicos.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Los lutos

(*Continuación*)

De doce años en adelante lo lle-te lo llevan en la misma forma por todas las personas de la familia.

Durante la primera mitad de un luto se les priva de toda distracción, hasta de los paseos públicos en donde haya música, pero pueden continuar sus estudios musicales. Durante la segunda mitad del luto se permiten los teatros serios en días que no sean de moda.

Las visitas de pésame se hacen en los primeros meses que siguen a la desgracia, y mejor todavía, en la primera quincena.

La persona afligida por una pérdida, no puede recibir.

Las cartas de pésame se contestan a las seis semanas, y ya desde esa época pueden devolverse visitas, pero no se cae en falta dejando transcurrir sin hacerlas todo el período del luto riguroso.

Transcurrido este período se está facultado a aceptar invitaciones para comer en casa de los amigos y hasta para reuniones musicales, a condición de que no tengan carácter de gran recepción.

Se podrá también mostrar al público de visita en casa de los amigos, en recepciones académicas y conferencias. Del mismo modo se está autorizado a ofrecer comidas íntimas.

Los viudos que se casan harán bien en suprimir desde ese día el luto y toda manifestación de duelo.

En algunas partes, las mujeres no acompañan los entierros. Estos deben ser presididos por los parientes más cercanos y las personas más respetables. Sin embargo, si el dolor impidiera a la familia cumplir tan triste deber, los reemplaza otro pariente o un amigo íntimo.

Todos los amigos de la familia están obligados a ir a la casa mortuoria y acompañar el cadáver a la última morada. Los amigos íntimos deben acompañar a las señoras en esos momentos, pero no es obligatorio.

Los hombres pueden llevar el luto sólo con ponerse una gasa en el sombrero y otra a guisa de brazalete en la mitad superior del brazo izquierdo. Ya muchas mujeres a las cuales la posición social no les permite otra cosa, siguen el mismo uso. Han de abstenerse de joyas, cadenas de oro, botones de metal y vestidos o corbatas de colores vivos.

Los militares y todas las personas que hayan de vestir uniforme no pueden llevar más luto que la banda de crespón en el brazo izquierdo.

La correspodencia

La cuestión de la correspondencia es importante siempre en el arte de saber vivir.

Empecemos por la clase de papel. Este ha de ser elegante, distinguido e impregnado del mismo perfume que acostumbra a usar su propietaria. Las jovencitas pueden permitirse emplear papeles con dibujos; las señoras que se acercan a los treinta años han de gastar un papel de seriedad irreprochable.

Los colores chillones, amarillo, rosa y verde deben evitarse. El gris es distinguido, lo mismo que el malva claro, pero el papel blanco o hueso de buena calidad es preferible en todo caso.

Hay quien exagera el luto: para escribir en papel negro o violeta, recomendamos sólo un filete gris a su alrededor o sólo el ángulo izquierdo. El papel puede timbrarse con nombre, apellido y dirección o con el nombre e iniciales sólo. Poner lemas, retratos, etc. resulta poco serio. Las cartas deben contestarse dentro de los ocho días en que se han recibido, y antes si se trata de un asunto urgente o la cortesía obliga a ello.

El encabezamiento de las cartas depende del grado de confianza que medie. La palabra *querido* está autorizada entre amigos y personas de igual condición o familiaridad. Una señora puede usar dirigiéndose a un caballero de su amistad: *Querido señor y amigo* o *Querido señor. Querido amigo* es de mucha intimidad. En casos de etiqueta se emplea *Muy señor mío.*

En cuanto al estilo depende del talento de la que escribe: debe cuidarse siempre y ser más o menos breve, según el caso y la confianza que medie. Aconsejamos la concisión. No se debe obligar a un indiferente a leer una larga carta; en caso de necesitar más de cuatro carillas, se añade otro pliego. Jamás se ha de cruzar lo escrito ni emplear medios pliegos.

Se empezará la carta hacia la mitad de la primera carilla, y en la tercera parte cada una de las siguientes, sin aprovechar demasiado el papel ni exagerar los blancos que se dejen. Las abreviaturas no se usan nunca.

La letra debe ser clara, que se lea con facilidad; la escritura en máquina tiene la ventaja de poder dictar las cartas al secretario, hasta para las personas de intimidad, etiqueta o que pertenecen a la familia, a todas las cuales es de rigor escribirles directamente.

La desedida suele ser objeto de muchas preocupaciones, y sin embargo, nada más fácil que escoger entre tres o cuatro fórmulas, cuando no se tiene facilidad para dar un giro final al último párrafo.

Es natural que entre las familias y personas de gran estima sean admitidas todas las frases de afecto.

Cuando las personas a quienes se escribe tiene tratamiento, si no se conocen o no media amistad, se hace necesario dárselo, empleando las abreviaturas.

Para la firma es de rigor el nombre y apellido si no se dirige la carta a persona de confianza, y simplemente el nombre en las misivas familiares.

Las personas tituladas, firman con su título, en lugar del nombre, cuando no se dirigen a sus íntimos. Una señora casada o viuda, añade siempre su apellido; al de su esposo o *Viuda de...*

C. de B.

(*Continuará*).

LA ELEGANCIA Y EL BUEN GUSTO

Las maneras delicadas, la gracia, la elegancia, en suma, son signos evidentes de progreso. En la Grecia antigua y en la Roma Pagana, las clases de la sociedad se definían y diferenciaban por los signos exteriores de una manera equívoca. La sociedad moderna tiende, por el contrario, a suprimir las distancias, hasta el punto de que en los más avanzados países resulta ya difícil establecer diferencia alguna entre los diversos elementos que los componen, si fuera del taller a de la fábrica debiese juzgarse por los detalles que caracterizan a cada uno. ¿No vemos circular por las calles de París jóvenes humildes "midinettes" que tienen tal atractivo con sus aires de princesas, que se las podría confundir, en un ambiente propicio, con princesas auténticas?

Los grandes almacenes de novedades, verdaderos templos del buen gusto, contribuyen en París al desarrollo del arte, refinamiento ecléctico del mundo femenino.

¿Será mucho decir que las enseñanzas adquiridas de este modo contribuyen no pocas veces a la calma y a la dicha del hogar doméstico?

La dueña amante de su casa puede descuidar, tal vez por falta de relaciones e iniciativas, el adorno, el "confort", el complemento artístico de la morada; pero si tiene a su alcance los elementos propicios para reconcentrar sus ideas, no ha de ser raro que las traduzca luego en su propio recinto con toda la economía que se deriva de la simplicidad del procedimiento. En las salas y galerías del Museo del Louvre se ven a cada paso pintores y dibujantes que con toda la potencialidad de su talento se afanan por copiar o reproducir las obras más notables allí expuestas. Del mismo modo y en el terreno que más directamente incumbe a las mujeres, es cosa habitual que visitando las exposiciones de novedades, tan frecuentes aquí, por todos lados, se vean luego trasplantados a la casa particular, ciertos detalles, ciertas innovaciones, algunas ideas felices que de un modo más directo han llamado la atención de las simples espectadoras.

El *boudoir*, el salón turco con sus tapices más o menos orientales, el mismo salón de té al estilo japonés, todos ellos tan en boga en el París de las redundancias, ¿a qué se deben sino al influjo poderoso de los grandes almacenes? Cierto es que la presentación es a menudo tentadora, y que la variedad inagotable de objetos, a cual más bellos y atractivos, acaban por vencer las resistencias más tenaces.

He visto hace poco en casa de unos amigos la habitación ideal para las veladas tan largas y enojosas del invierno; pieza sencilla, confortable, desprendiendo un no sé qué de íntimo, producto inconfundible y directo de las andanzas de la dueña de la casa por las exhibiciones de la gran urbe. ¿Queréis que os la describa?

En un rincón de la estancia, junto a la puerta, se ha colocado un diván en forma de escuadra, que se termina a uno y otra extremo por un apoyo a manera de sofá blando y grueso. Los almohadones, cojines, "poufs", se amontonan, "pele-mele" en el asiento, cuyo fondo rojo antiguo forma un feliz contaraste con el oro viejo y la gama de los bordados que constituyen el adorno principal de aquéllos. En la pared, hasta dos metros de altura, se aplica a modo de tatpicería una tela que, siendo una derivación del banquillo, se mezcle a intervalos con franjas igualmente de oro viejo; como remate y con visos de cornisa, se coloca un pequeño estante corrido en el que hallan sitio preferente los libros que más gustamos hojear en los ratos de ocio o nostalgia.

En fin, una mesa rectangular de nogal con un camino bordado de punto de tapicería será el complemento indispensable de ese rincón tan propicio para las meditaciones y confidencias. Una lámpara estilo sevillano pendiendo de un brazo de hierro forjado atornillado a la pared, dará la luz tamizada por los cristales de colores que tanta intimidad diluye en un ambiente de esta índole. Aquí y allá pondremos sillones de cuero monacales; una biblioteca de poca altura; en un rincón junto a la ventana ha de hallar su puesto una lámpara con pantalla montada sobre un trípode, para completar el alumbrado sobrio y lleno de recogimiento que se apetece.

CLAIRE

Lo que se escribe en la República Argentina

No sin justa satisfacción, podemos decir hoy que nuestro país no es solo "eminentemente agrícola y ganadero". También la producción intelectual viene luchando bravamente por conquistar lugar visible en la estadística de los valores espirituales.

Así nos lo hacen ver, entre otras fuentes de información, las manifestaciones de don José Miguel Bernabé, de la casa Juan Roldán y Cía., una de nuestras más importantes empresas editoriales.

—En el año 1927 — nos dice el señor Bernabé — se ha escrito mucho y bueno. "El estatuto de la mujer y las relaciones emergentes del matrimonio", del doctor Juan Carlos Rébora; "El Cristo invisible", del Dr. Ricardo Rojas, y "1810".

También merecen citarse "Al margen del Quijote", de la señorita Allende Lezama; González, "La reforma Universitaria"; Panelo, "Páginas sueltas"; Gandia, "Donde nació el fundador de Buenos Aires"; Español, "Hojas dispersas"; Obregón, "Utilidad de la belleza"; Nelke, "Sebastián"; Cárcano, "Páginas errantes"; "Coreografía gauchesca", algo muy nuevo sobre las canciones criollas que nadie había osado estudiar; "Nerina", de María Luisa Arpelleta; "Aventura"; de Schiavo; "Campo", poesías de Carlos Vega...

Aparte de nuestras ediciones, se han publicado libros muy interesantes y que vienen a señalar igualmente la marcha ascendente de las letras nacionales en 1927.



Señor José Miguel Bernabé

Nacimiento de las Repúblicas Americanas", del doctor Gonzalo Bosch. He aquí tres libros que son suficientes como para calificar de extraordinaria la producción literaria de 1927.

Además de estas tres obras hemos editado otros muchos libros, también valiosos. "La zoncera" del veterano escritor Guillermo Correa, entra de lleno en esta categoría.

De literatura de tierra adentro, hemos dado dos libros "El estanque de Siloé" y "Viento Norte". Siguiendo la ruta de "Zogoibi" y "Don Segundo Sombra" la señorita Gasasino, entrerriana, y el doctor Grecca, santafesino, han hecho sus novelas con gente del interior. "La cueva del fosil", del doctor Carlos Obligado viene a sentar procedimientos nuevos en la crítica literaria. Y lo mismo "El año artístico argentino".

Fernández Moreno dió "El hijo"; Gerchunoff, "Historia y piezas de amor"; Leuman, "El empresario del genio"; Luis Franco, "Coplas del pueblo"; Roberto Guisti, "Crítica y Polémica"; Sáenz Hayes "Los amigos dilectos", Fermín Estrella Gutiérrez; "La ofrenda"; Gálvez, "La mujer muy moderna"; Amorín "Tráfico"; González Lanuza "Prismas"; Enrique Méndez Calzada "El hombre que silba y que aplaude"; Aldao, "Las dos Españas de una dama argentina" y "Reflejos de Italia"; Taullard, "Nuestro antiguo Buenos Aires"; Arturo Capdevila, "Zincaldi"; Miguel Osés "Eva entre naranjos"; Hugo Wast, "Tierras de jaguares"; Melián Lafinur "La nietas de Cleopatra"; Dionisio Napal, "Hacia el mar"; Pereda Valdés, "Antología de la moderna poesía uruguaya", Arturo Marasso "Retorno" y otros muchos más.

El espíritu de Cartago

¿Qué es hoy más real: Cartago o Salambó? Cartago existió; Salambó no. Sin embargo, paradójicamente la primera hoy no es nada; la segunda vive.

Cartago fué una ciudad de piedras y madera, y el odio de Roma la borró de la superficie de la tierra, pero Salambó que era el espíritu de aquella ciudad, perdura aún.

Salambó no es una fábula porque nunca tuvo carne; Cartago sí es una fábula; un ejemplo para el imperialismo, una moral para el mercader; porque fué la ciudad más rica del orbe, la más cruel en sus concretas lecciones.

Para hacer vivir de nuevo a Salambó, hay que exhumar del polvo la gran Cartago y Cartago ha sido olvidada.

El lugar donde fué, está sepultado, escondido para siempre bajo las cenizas de la maldición de Escipión.

Para revivir a Cartago es necesario volver a dar vida a Salambó. ¿Cuál de los dos anhelos de la imaginación es más interesante?

Gustavo Flaubert hace de Salambó el fénix de su ciudad, levantándose de las ruinas amontonadas por los rayos de Roma.

Salambó, con dos espíritus hermanos es lo único que se cierne sobre la palabra Cartago.

Solamente tres nombres han llegado hasta nosotros de la palabra de Cartago: Amílcar Barca, Aníbal y Salambó, y los tres cuadros de sombras "rembrandtescas" pintados con los fulgores del oro, del bronce y del cobre, que saltan como chispas de las hogueras de la guerra.

La primera guerra púnica: Amílcar; la segunda: Aníbal, y la sublevación de los mercenarios: Salambó.

¡Qué gran fama empapada en sangre!

Alrededor de esta sublevación, la guerra sin tregua ni cuartel, Flaubert ha tejido una de las más hermosas novelas históricas y creó a aquella mujer seria, cruel, bárbara y bella: Salambó.

No podrá menos de hacerla hermana del temerario Aníbal e hija del inhumano Amílcar.

Matho, el moreno jefe de las hordas mercenarias, queda locamente enamorado al ver por primera vez a Salambó pero ella no sabe lo que es amor.

El jefe mercenario, por milagroso ardid ha salvado las murallas y entrado en la ciudad profanando el Sancta Sanctorum del gran templo de Tanit, ha robado a la imagen su riquísimo manto y huído con él, dejando descorazonados a los defensores del sitio.

La muerte de Cartago depende de la devolución del manto sagrado a Zaimph.

Tal hazaña sólo se puede llevar a cabo con la ayuda de la diosa; de la virginal Salambó.

El gran sacerdote de Tanit, así lo decreta.

Salambó no sabe nada del hombre ni de las pasiones simbolizadas por Tanit y obrará como una muñeca. Los sacerdotes la convencen y la hacen que vaya al campo enemigo, después de haber llevado a cabo su misteriosa unión con la serpiente pitón.

Durante dos días viaja decidida y por último penetra en la tienda del gigantesco y atezado guerrero a quien pide le devuelva el manto sagrado. Salambó, criada entre vírgenes y eunucos, se siente turbada en presencia del varonil Matho, quien se niega a devolver el Zaimph. El domina, él manda, él hace desfallecer a la joven que se rinde al guerrero. Pero él a su vez queda dominado, rendido ante la belleza y los encantos de aquella mujer incomparable.

Salambó pesarosa de su humillación, coge un puñal para asesinar, para matar al guerrero mientras duerme tranquilo, pero el recuerdo del amor que por él ha sentido, la detiene y se contenta con recuperar el manto sagrado y huir de la tienda de campaña hacia Cartago.

Al llegar a su ciudad con el Zaimph reconquistado, el pueblo se rejuvenece, sacude su abatimiento, logran levantar el sitio y destruir el ejército mercenario, cogiendo prisionero a su jefe condenado a sufrir tormentos en las calles de Cartago. Con impasibilidad ve Salambó a su amante retorcerse de dolor y ser arrastrado o lo largo de una avenida hasta el templo en el que aquel día Salambó se va a unir en matrimonio con un bárbaro renegado al que Cartago quería pagar una "deuda de honor".

Desde la terraza del templo presenció la horrible tortura, la agonía y muerte de su amante, y al caer sin vida, su prometido le alargó la copa de vino con lo que se haría público el matrimonio.

Salambó apenas alargó la mano para coger el vaso y a su vez cae muerta sobre el mármol de la terraza del palacio.

Se había abrasado en su propio fuego como Dido se abrasó sobre la pira que ella misma preparó para abrasarse cuando el falso Eneas la abandonó, en aquellos lejanos días de la juventud de Cartago.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 638, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	3.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „	„ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Modo de calcar con papel no transparente. — Los papeles de calcar suelen ser muy quebradizos, y a más de esto, su propia transparencia, que una vez hecho el calco no sirve para nada, puede constituir un inconveniente. Todo ello puede remediarse empleando un papel que sólo sea transparente mientras se esté calcando, y que luego recobre su opacidad natural. Para esto, basta impregnar un papel cualquiera en un aceite volátil, tal como la esencia de trementina. Así preparado el papel, puede calcarse perfectamente con lápiz y al cabo de un rato desaparecerá toda huella de la esencia. Si se quiere pasar el dibujo en tinta, hay que esperar a que el papel esté bien seco.

Las personas a quienes moleste el olor de la esencia de trementina, pueden emplear el petróleo, la bencina o cualquier aceite volátil de olor agradable. El alcohol también da al papel gran transparencia, pero tiene el inconveniente de que se evapora demasiado pronto, lo cual exige que haya que hacer el calco muy de prisa.

Para encorchar las botellas no conviene mojar los corchos en agua caliente, como generalmente se hace. Aparte de que este procedimiento quita elasticidad al corcho, el calor o el agua caliente disuelve el ácido tánico que aquél contiene, y embebe el agua que luego deja caer dentro de la botella por efecto de la presión de la máquina de encorchar.

Lo mejor es poner los corchos antes de usarlos, en un cesto de mimbre forrado de arpillera limpia, y cada media hora regarlos con agua clara y fría, sacudiendo después fuertemente el cesto. Los corchos tratados de este modo tapan herméticamente las botellas.

Los manuscritos y cartas indescifrables por haberse desvanecido el color de la tinta se tornan legibles pasando por los caracteres una pluma o un pincel mojado en tintura de agallas. Este fácil procedimiento hace revivir los caracteres hasta el punto de parecer recién escritos.

Bitter de cerveza. — Póngase 250 gramos de raíz de genciana y otro tanto de corteza limón fresca en 8 litros de cerveza, y déjese en reposo por diez o doce días, al cabo de los cuales se embotellará para usarlo.

Para endurecer los sombreros de paja. — Cuando por la lluvia o por cualquier otra causa se pone un sombrero de paja demasiado blando, puede devolvérsele su dureza disolviendo diez centavos de goma arábiga en un poco de agua hirviendo y aplicándola después a la paja con un pincel. El sombrero se deja secar donde no haga mucho calor, a fin de que la desecación sea muy lenta. Si la paja es negra, mézclese con la goma un poco de tinta.

Las nueces tienen un positivo valor terapéutico. — Aumentan la presión sanguínea y la temperatura,y son, por lo tanto, útiles en casos de anemia, tec. En cambio resultan nocivas siempre que hay exceso de sangre.

Para conservar bien las mantelerías hay que repasarlas detenidamente antes de entregárselas a la lavandera. Téngase a mano unos cuantos ovillos de algodón de diferente número para emplearlos según el grueso del tejido, y cuando se observe en éste alguna parte débil o agujereada, péguese a la prenda un trozo de papel en el lado derecho y zúrzase con el mayor primor por el izquierdo, procurando que el zurcido ocupe cerca de un centímetro más en torno del roto.

En esta forma se zurce fácilmente y con la mayor rapidez, y se evita que al lavor el mantel o la servilleta averiada se estropee más por agrandarse el agujero o agujeros que tenga.

Barómetro casero. — Nada más sencillo que tener un barómetro que permita a cualquiera conocer las futuras variaciones atmósfericas con bastante exactitud. Para ello se pulverizan juntamente ocho gramos de alcanfor, cuatro de nitrato de potasa y dos de nitrato de amoníaco, todo lo cual se disuelve en 60 gramos de alcohol. Se echa la disolución en un tubo de vidrio o en una botella alta y estrecha, y se tapa la boca con un trozo de vejiga en el que se da un pinchazo con un alfiler para que el aire esté en contacto con el líquido.

Cuando la atmósfera está seca y va a hacer buen tiempo, el líquido aparecerá límpido, con sólo algunas partículas sólidas en el fondo. Si va a venir tiempo lluvioso estas partículas sólidas tienden a subir gradualmente, formándose pequeñas estrellas cristalinas en medio del líquido, que por lo demás permanece claro. Si se aproximan, en fin, grandes vientos, el líquido es espesa, parece entrar en fermentación y en su superficie se forman masas sólidas bastante considerables.

Las manchas de cera o de esperma pueden quitarse por un medio muy sencillo allí donde haya un fumador. Se aplica sobre la mancha un papel de fumar y se pasa por encima de éste, a algunos milímetros de distancia un fósforo encendido. La mancha desaparece muy pronto, sobre todo si se ha tenido antes la precaución de rasparla un poco con la uña para quitar parte de la esperma. Después de la operación, un ligero cepillado completará la limpieza.

Papel impermeable. — Se recomiendan muchos procedimientos para impermeabilizar el papel. Uno de ellos consiste en fundir a fuego lento 100 partes de glucosa que se dejarán enfriar hasta 38º; después se añaden 10 partes de glicerina y se agita rápidamente durante un cuarto de hora; en seguida se incorpora lentamente 100 partes de ácido acético concentrado y 25 de amoníaco, y se sigue agitando. Cuando se fabrica el papel, se añade a la pasta esta mezcla, en proporción de un diez por ciento.

El papel ya fabricado, sea de la clase que fuere por el tratamiento con el ácido fluorhídrico se transforma en una masa flexible e impermeable, que por fuerte compresión adquiere notable analogía con el caucho vulcanizado.

Cuando se obscurece el calzado de color, se aclara del modo siguiente: Ante todo, se le quita bien el polvo y el barro, y luego se le frota vigorosamente con una esponjita empapada en bencina. El procedimiento se aplica repetidas veces dejando secar el calzado después de cada aplicación, hasta que el material recobre su primitivo color. Entonces se le da un poco de crema amarilla y se le saca lustre como de costumbre.

El Hombro y la Columna Vertebral

(FABULA ANATOMICA)

Esperando lector interesarte
copio, sin agregados,
un diálogo que oí entre dos partes
de un hermoso esqueleto articulado.

. . . .

Decía la Articulación del Hombro:
—Con mi movilidad excepcional
a todos causé asombro,
mientras que tú, Columna Vertebral,
viviste en cambio casi anquilosada.
—Tu injusticia notoria
— replicó la Columna amostazada —
la atribuyo a tu falta de memoria,
¿o es que olvidas de intento
mi flexibilidad?
Por ella conseguí, en un momento,
vasta celebridad.
Acuérdate, también, que con mi empeño
reemplacé la notoria insuficiencia
y la estrechez mental de nuestro dueño:
¡Fué mi elasticidad su inteligencia!
Sus triunfos y sus muchos galardones
los tuvo cuando, al fin, mi curvatura,
su testa y sus talones,
consiguió colocar a igual altura.
Con que ya vé, Señor olvidadizo,
(el Hombro ni chistar pensó siquiera)
que fué mi agilidad un don preciso:
¡Por ella triunfó un Hombre en su carrera!

. . . .

Inquirí a personas enteradas:
¿A quién pertenecieron esos huesos?
Y, ante las respuestas escuchadas,
casi pierdo los sesos:
"Fueron de un militar. Fueron de un crítico.
De un alto magistrado, de un actor,
de un cura, de un galeno, de un político,
de un juez, de un escultor..."
Absorto por completo
me quedé ante tal disparidad
y volví a contemplar el esqueleto
que había sido de media humanidad...

Hacheté.

PAPEL Y TINTA

"Bazar de juguetes", por Storino Raimondi.

No busquemos en este primer libro del señor Raimondi, la pulidez académica, ya tan en desuso en estos tiempos de renovación, detengámonos en la parte primordial de sus versos, que es la emoción. Esto, precisamente, es lo que da mayor relieve a sus poemas sinceramente concebidos.

Ser poeta, no es solamente escribir versos y más versos, sino transmitir por medio de ellos — vasos de oro — la esencia del alma siempre predispuesta al ensueño, siempre alerta ante la Belleza, diosa suprema que ofrece su regia paleta al verdadero artista.

Raimondi, tiene alma de poeta, alma sincera y clara, por eso la sinceridad y sencillez de sus poemas. Tiene en su libro versos emotivos y noblemente escritos, como "Soledad", que en ocho versos encierra una profunda emoción. Y "La Confesión", que es un soneto bien trazado y sereno. "Lolita", también es un soneto inspirado, que reúne una discreta melancolía.

Creemos que este poeta se irá superando, porque tiene alma y pasta para sentir noblemente todo aquello que en su idioma le habla a su corazón. Tiene un buen sentido del ritmo y no abusa de metáforas extravagantes, limitándose a narrar lo que sus ojos ven o siente su alma llena de idealidad.

"Bazar de juguetes", es un libro bueno.

"Psico - Zoología pintoresca", por Domingo Sasso.

Muchas veces en esta revista, nuestros lectores habrán leído las interesantes fábulas de este escritor, irónico y filosófico, que ha sabido llevar una moraleja en sus observaciones hechas en el constante bregar de la vida.

En un estilo claro y rotundo el Sr. Sasso pinta cosas naturales y el espíritu que se profundiza en ellas encuentra una sabiduría.

La obra del Sr. Sasso, es la obra sabia por excelencia y además educativa. Su libro de que nos ocupamos no sólo debiera engalar una biblioteca, sino debía aplicarse en el aula sobre todo en los grados superiores, porque constituye una fuente poderosa de observación y sana filosofía.

La niñez que gusta de la imitación, fácilmente llenaría su alma con estas fábulas y acarrearía sanos principios porque el Sr. Sasso ha cuidado su fondo moral y la sencillez y pureza de estilo, cosas que facilitan para la comprensión del alumno.

Felicitamos al autor de este libro elocuente y altamente concebido.

"El espíritu de la nueva Alemania", por Francisco García Calderón.

Un nuevo libro del ilustre publicista peruano, Francisco García Calderón, siempre es un regalo para el entendimiento. El que acaba de publicar la Editorial Maucci, de Barcelona, y que se titula como al frente de estas líneas indicamos, representa, además, una labor por demás árdua y persistente de investigación e imparcialidad, que sólo una mente privilegiada puede llevar a cabo.

Para dar idea del contenido de esta obra, copiaremos las primeras líneas del prólogo de su autor.

"Quisiéramos en este libro — dice — estudiar el espíritu de la nueva Alemania, no sus errores o sus claudicaciones, sino su aspiración constante y su secreto empeño. Al volver de un reciente viaje de estudios, un periodista francés, habituado a verificar encuestas, M. Ludovic Nandeau, ha escrito que, en la situación presente del Reich, "se ofrecen argumentos para todas las tesis, síntomas para todos los males, estímulos para todas las esperanzas, posibilidades diversas y contradictorias, de tal suerte, que es posible a extranjeros, según el ánimo con que lleven a cabo sus investigaciones, el dar a sus testimonios los más opuestos sentidos". En el seno de la poderosa nación turbada, en vano buscamos concierto espiritual y unidad.

"Nuestro conato no puede superar en audacia al de viajeros y observadores. Nos proponemos comparar testimonios, trabar algunas ideas, pedir al pensamiento germano claras y seguras expresiones. ¿Se resigna Alemania, abandona su filosofía y su fe, escucha nobles admoniciones, o al mismo tiempo que firma solemnes pactos, en los cuales renuncia a la guerra, levanta una fábrica de odio y de poder en el centro de Europa? He aquí los términos de una angustiosa disyuntiva."

Por nuestra parte, diremos que leído el libro, lo encontramos tan bien pensado y desarrollado el tema complicadísimo, que no podemos menos de afirmar que esta obra esclarece de un modo indudable tan importante problema.

"En la grupa de Rocinante", por L. O. G. — Editorial Tor. — Buenos Aires.

He aquí una obra pletórica de vida y juventud. Llévanla a cabo, hasta cierto punto anónimamente, varios jóvenes escritores; deseosos de demostrar cuánto vale y a que inusitados límites alcanza la camaradería, cuando es base de ella la comprensión, el estudio y las mismas ambiciones estéticas.

Es "La Grupa de Rocinante" una obra colectiva, en la que unos cuantos escritores han derramado las más cristalinas gamas de su inspiración. Unos y otros, ya irónica, ya emocionadamente, han colaborado con composiciones dignas de encomio por todas sus bellas características literarias e ideológicas. Se trata, para decirlo todo, de un trabajo ejemplar, digno de encomio y en el cual es posible aquilatar a qué extremos llegan los anhelos de belleza y espiritual cultura cuando se los despoja del personalismo y se les pone a cubierto de la siempre perniciosa egolatría.

En "La Grupa de Rocinante" ha de hallar el lector más de una nota original, vigorosa y rotunda. Sus autores hanse despojado de sus nombres y, constituyendo una entidad que en el fondo no es más que la exteriorización de un gran anhelo común, decídense a afrontar el juicio público conscientes, quizá, de los méritos de que son poseedores.

En definitiva: un libro raro, tanto por su forma como por su fondo; y una obra de arte a la que no cabe hacer el menor reproche y sí otorgar los más sinceros aplausos.

"Ananquel", por Eugenio Julio Iglesias.

El fecundo escritor Iglesias nos da un nuevo libro de cuentos con el título de estas líneas. Ya en varias ocasiones nos hemos acupado de este escritor que llevando la filosofía al libro y buscándola en la vida, no se sustrae a una prosa fina y pulida y nos da estados de alma trazados con acierto.

Espíritu que penetra el horizonte de su visión, que en el corazón que ahora encuentra la suave expresión y la originalidad. De ahí por qué sus cuentos nos seducen y creemos sea uno de los literatos que, apartándose de los casos trillados y oídos, en el marco de una prosa correctísima nos ofrece, con la belleza y la emoción, casos admirables.

Ya en sus libros anteriores pudimos apreciar su labor digna de todo aplauso, y ahora con el presente, nos congratulamos en decir que este autor se supera, y avanza por una ruta propia, donde la belleza luce todo su esplendor.

"Ananquel", es un libro bellísimo y su autor merece el más alto exponente de admiración porque es una obra que enriquece cualquier biblioteca.

"El contador de estrellas", por Soler Darás. — Editorial Tor.—Buenos Aires.

Es Soler Darás un poeta sincero. En su libro "El contador de estrellas", se encuentran composiciones llenas de belleza. En la mayoría de ellas, nótase, no el afán de impresionar al lector con pasajes de falsa emoción, sino el ansia de decir todo lo que puede susurrar el corazón del verdadero poeta.

En algunos versos, Darás tropieza con ciertas dificultades de técnica, pero sabe allanarlas tan felizmente, que el resultado es superior al que obtendría ajustándose a determinada métrica.

Los temas que explota el autor de "El Contador de Estrellas" no son nuevos. ¿Pero qué importa que éstos sean los mismos que trataron infinidad de poetas, si él sabe sacarles efectos indiscutibles?

Soler Darás es joven aun, y posee condiciones más que suficientes como para no abandonar el camino emprendido y seguir obsequiando con libros como este, "Contador de Estrellas", magnífico de ideas y rico en metáforas.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

CAÑONAZOS A DOMICILIO

¿Queréis tener sobre la mesa, después de una comida de familia, la emoción de un cañonazo, oír la detonación que tanto efecto produce en las personas nerviosas, salir el proyectil con la rapidez del rayo, y observar el fenómeno de retroceso que experimentan al disparar los cañones de artillería?

Podéis en seguida responder: ''sí'', porque la experiencia que os propongo es de las más inocentes, como en seguida veréis.

Tomad una botella vacía, de vidrio, de paredes muy gruesas (las de Champagne son las más a propósito), y echad en ella agua hasta próximamente el tercio de su altura. Haced disolver en ella un poco de bicarbonato de sosa, contenido, como sabéis, en los papelitos que venden para la fabricación casera de agua de Seltz.



Echad el polvo de otro paquete (ácido tártrico) en una carta de baraja arrollada en forma de cilindro, y tapadla con un tapón de papel de filtro. Suspended ahora vuestro cartucho, así fabricado, del tapón de la botella, por medio de un alfiler, al cual le sujetaremos con un hilo; la abertura del tubo debe quedar en la parte superior, y ya puede taparse la botella apretando bien el corcho, y cuidando que la longitud del hilo sea tal, que la parte baja del tubo no toque al líquido.

Ya tenemos el arma preparada: sólo queda hacer fuego. Basta para esto, poner la botella horizontal sobre dos lápices paralelos, colocados encima de la mesa, que hagan el papel de cureña. El agua penetra en el tubo de cartón, disuelve el ácido tártrico, y el gas ácido carbónico, que se produce súbitamente, lanza el tapón con explosión violenta, mientras que, por efecto de la reacción, la botella rueda hacia atrás sobre los dos lápices, imitando con mucha exactitud el movimiento de retroceso de una pieza de artillería.

N.o 47 — CHARADA

—*Dos-primera,* amigo Juan,
¿dónde vive el *todo* Riera?
—Lo ignoro; más *tres-pri-*
mera
conmigo en el restaurant.

No. 48 — ¿QUE HACE TU CHICO?

Es tu santo
Alí

No. 49 — COMPRIMIDO.

GRACIA
500

Nóta
Nota

No. 50 — CHARADA

Sin 1.ª Dios Mitológico.
Sin 2.ª Tarugo.
Sin 3.ª Hueso.
Todo - Planta

No. 51 — ¡MI ULTIMO BILLETE!

1000
DE FRAILE-P
EL PERRO



No. 52 — CON LAS LETRAS DE ESTA TARJETA COMPONER UN REFRAN

(POR J. FERNANDEZ)

JOAQUIN ECHEGOA
Y BAENA
(Accionista)
Mina "LA LUNA PECOSA"

NENO.

No. 53 — CHARADA

En los labios ardientes de la mu-
(jer querida,
la ''primera'' es la nota más dul-
(ce de la vida.
La ''segunda - segunda'' ¡oh cosa
(original!
es fantasma, es visaje y es fruta
(tropical!
Cuando no desafina la ''segun-
(da'' y la ''cuatro'',
es solemne en el templo y hermo-
(so en el teatro.
La ''tercera-tercera'' da en reir
(y burlar,
aunque es, según la fábula, her-
(mano del pesar.
La ''tercera'' y la ''cuarta'', ar-
(doroso y bravío,
es del Africa entera el fiel más
(sombrío.
El ''todo'' en las regiones de que
(es originario
contra el sol, contra el hambre, se
(muestra hospitalario.
Y en los tiempos aquellos, en que
(a orillas del Nilo
adorábase al ibis, el buey y al co-
(codrilo,
el faraón hallaba, del todo en lo
(durable,
el lecho en que dormía su sueño
(imperturbable.

No. 54 — COMPRIMIDO

Mercedes, Mercedes,
Mercedes, Mercedes,
. . . . Mercedes

No. 55 — JEROGLIFICO



No. 56 — CHARADA

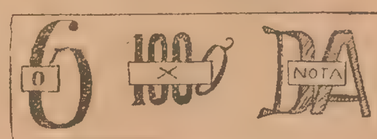
Esa "dos-prima" de Blasa
me da el "todo" que se pasa.

No. 57 — ¿COMO ES TU NOVIA?

C
A
R
CAR 144 NES
N
E
S

No. 58 — JEROGLIFICO

(POR J. FERNANDEZ)



No. 59 — CHARADA

Sin 1.ª Cero.
Sin 2.ª Localidad.
Sin 3.ª Color.
Todo - Población

PENSAMIENTOS

La obediencia pasiva puede quebrantar las malas pasiones, pero no da la verdadera moralidad. Solamente el hombre que hace el bien libremente y con conocimiento de causa es un ser moral. — Laurent.

En educación como en todo, el salvajismo engendra el salvajismo; la dulzura engendra la dulzura. — Spencer.

La ingratitud más odiosa, pero la más común y más antigua, es la de los hijos para con sus padres. — Vauvenagues.

El día de su muerte nacen todos los hombres para quienes vivir es morir trabajando al yunque de la gloria. — Montalvo.

Quien roba mi dinero, roba cosa de escaso valor, casi nada: era mío, es suyo, y tuvo antes millares de dueños. Aquel que me arrebate mi buen nombre me roba lo que a él no le enriquece y me hace en realidad pobre. — Shakespeare.

El fuego hace hervir agua, pero el agua apaga el fuego. No intentéis enaltecer a un ingrato, os enfriará sin remedio. — Carmen Silva.

La instrucción desarrolla en nosotros el germen de los talentos, y los sabios principios nos fortifican en el amor de la virtud. — Horacio.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

No. 36 — Oropéndola
No. 37 — Traspaso.
No. 38 — Caballo.
No. 39 — Tiene Rosa capital.
No. 40 — Entre paréntesis.
No. 41 — Mala quita.
No. 42 — Al mal tiempo buena cara.
No. 43 — Máquina.
No. 44 — Silabario.
No. 45 — Penitente.
No. 46 — Amartelado.

TEATROS

LA ENCRUCIJADA

En el Smart

La compañía De la Vega-Bono-Perelli tiene a su cargo la simpática tarea de poner en escena las obras presentadas al concurso realizado por la revista "Comedia" y que han merecido la sanción favorable del jurado.

Esta misión fué iniciada con el estreno de "La encrucijada", que corresponde al lema "Querer es poder. Puede considerarse esta pieza como un loable esfuerzo que no ha llegado a mejor logro, por la malsana influencia del ambiente literario teatral. El asunto, que comienza planteando un conflicto muy interesante y original, deriva luego por cauces ya conocidos, a merced de la influencia a que aludimos, y ello le resta valores e interés, que declinan aún más por la excesiva frondosidad del diálogo y la repetición de escenas con situaciones ya explotadas o previstas harto anticipadamente por el público.

Es realmente sensible que el autor de esta producción, que se muestra capaz de realizar una obra de grandes alientos, se haya constreñido a la imitación de modelos cuyo escaso mérito artístico les resta toda condición de molde ejemplar.

Sin embargo, cabe consignar que la pieza que nos ocupa gustó mucho al público y fué aplaudida con evidente espontaneidad.

Es posible que el autor, escarmentando en cabeza propia por estas culpas suyas y ajenas, se mire bien en lo sucesivo antes de ponerse a una nueva labor y se limite a sacar de su zurrón literario el pan y queso de su propiedad, sin meterse en la despensa de otro.

Por último debemos hacer mención de los actores, que bien merecen la acogida favorable dispensada a ellos por el auditorio.Es, en efecto, un conjunto equilibrado y muy discreto, en el cual los papeles de mayor responsabilidad pueden encomendarse confiadamente a las tres figuras principales, De la Vega, Bono y Perelli que dan nombre al elenco.

Es de esperar que el público secunde la simpática labor de este grupo de artistas.

HOMBRES E INSTINTOS

En el Smart

La segunda obra del concurso de la revista "Comedia" adolece de igual defecto que la anterior, pero en sentido contrario: se han tomado modelos también, aunque esta vez la orientación es más acertada. Desde luego, el ideal sería que en toda producción de autor novel no se notase el rastro de autores anteriores, pero como esto es muy difícil aún en teoría, de aceptar la imitación siempre es preferible que provenga de fuentes sanas y que valgan la pena.

En cuanto a los méritos intrínsecos de la pieza, justo es reconocer que no constituye un gran acierto. Para sacar a escena personajes simbólicos, es necesario hacerlos hablar con cierta profundidad de concepto que no se aviene bien con la ligereza improvisada de la mayor parte de las producciones teatrales. "Hombres e instintos" está bien concebida y muy modernamente orientada, pero se resiente de trivialidad en las largas tiradas de prosa prosaica que el autor ha puesto en boca de los personajes.

Con todo, merece elogios esta pieza, por el noble propósito en que está inspirada.

ATORRANTE

En el Cómico

Para el beneficio de Arata fué estrenada esta producción de Julio F. Escobar, que fué bien recibida por el público. El autor no ha estado muy feliz al escribir esta pieza, cuyos dos primeros actos prometen mucho más de lo que brinda el tercero. Se resiente así la obra en su final, pero como el público llega al desenlace bien impresionado por los diálogos satíricos y chispeantes de las primeras escenas, se transige con la arbitrariedad sin mayor esfuerzo.

El actor Luis Arata sacó mucho partido de su papel y recibió pruebas inequívocas de las grandes simpatías de que goza entre el público porteño.

Es, en efecto, Arata, dentro de la cuerda cómica que explota con arte y mesura, uno de los intérpretes más eficaces y populares de nuestros escenarios. No necesita recurrir a exageraciones ni fantochadas para suscitar la hilaridad del público, porque dispone de recursos de buena ley y de vis cómica suficientes como para no necesitar de recursos subalternos.

DE ROSAS

Salvo inconvenientes de última hora, el viernes debió realizar su función de honor y beneficio el celebrado actor Enrique De Rosas, director y primera figura del conjunto que tan lucida temporada de teatro grande ha efectuado en la sala del Ateneo. El aplaudido comediante iba a estrenar con tal motivo "Una farsa en el castillo", obra del autor alemán Franz Molnar que ha vertido al castellano don Ricardo Hicken. Esperamos referirnos e ella en otra edición.

AVENIDA

La inteligente actriz Lola Membrives, que actúa con su compañía en el Avenida, mientras repasa el repertorio benaventino, intercala de vez en vez alguna novedad. Es posible que en el curso de la semana anterior haya estrenado "Doctor Death (de 3 a 5)", pieza de Azorín que originó incidencias en España, y "Magda la tirana", de Pilar Millán de Astray, una de las pocas mujeres que en la península cultivan el teatro festivo.

LA TEMPORADA DE MUIÑO

Volvió al cartel del Buenos Aires el sainete de Vaccarezza, "Juancito de la Ribera", la pieza que más se ha repetido en el cartel de Muiño, pues pasa de 150 representaciones.

Como últimos estrenos de la temporada, se citan para ser puestos en escena sucesivamente, "La tabla de salvación", de Juan Antonio Mones Ruiz; "La conquista de América", de Domingo Parra y Pascual Contursi; "La cosa es no trabajar", de A. De Bassi y A. Botta; "La otra sombra", de Miguel H. Escuder y "Flores naturales", de Francisco Navarrete, siendo probable que al salir esta edición se encuentre ya en cartel la primera de las nombradas, en cuyo caso la comentaremos en nuestro próximo número.

"EL INGENIO DE GEROMO"

En el Mayo

La compañía de género chico español que dirige el veterano don José Palmada, ha ofrecido el primer estreno de su temporada, ante una sala bien concurrida. Se trata del sainete "El ingenio de Geromo", que suscribe Pascual Guillén, con comentarios musicales del maestro Eugenio Ubeda. Una vez más se reedita el viejo tema de la muchacha huérfana, cargada de pesetas, que de la noche a la mañana las ha perdido y que personas bienintencionadas desean hacerle recuperar. Argumento tantas veces explotado y por verdaderos maestros del arte de intrigar situaciones en la escena, la pieza de Guillén carece de interés y no contiene valores de ningún género. Sus personajes son en su mayor parte caricaturescos y la acción se desarrolla de una manera arbitraria que la transforma en una farsa o poco menos. No hay tampoco excelencias en el diálogo, ni nada que constituya un atenuante para justificar el estreno de "El ingenio de Geromo", título que no está en consonancia con la actuación del protagonista ni con las dotes del autor.

Es sensible que este intento de Palmada en favor del sainete español haya tenido tan poca fortuna en la primera novedad que nos ha brindado, siendo de esperar que si las demás que tiene en cartera son de la misma categoría de la primera, se eche mano al viejo repertorio, exhumando obras que tienen valores ya conocidos.

La interesante tiple Rosario Pacheco se hizo aplaudir en sus canciones, incluídas en "El ingenio de Geromo".

PARRA TERMINO EN EL ARGENTINO

La dolencia que aqueja al popular bufo determinó la clausura de su temporada, ante de lo esperado. No pudo siquiera participar en la función de beneficio del director de escena, don Adolfo H. Fuentes, quien se hizo cargo del principal papel en la obra "El maestro Trinidad y su madrina", espectáculo con que se cerró la sala.

En el transcurso del año, Parravicini ofreció ocho obras, siendo indudablemente la mejor aquella con que el 2 de abril abrió la temporada. Hemos aludido a "Una cura de reposo", de Enrique García Velloso, que se mantuvo más de dos meses en cartel, comedia interesante y hábilmente construída, en la que hizo una creación el aplaudido bufo.

UNA REPOSICION EN EL NACIONAL

Con la imprecisa expresión de "próximamente", se ha venido anunciando la reposición de una pieza de Pedro E. Pico titulada "Juan Palomo", yo me lo guiso y yo me lo como" que fué estrenada hace algún tiempo por la compañía de Roberto Casaux.

Es posible que al aparecer estas líneas ya haya subido al escenario del Nacional esta producción, la que seguramente está llamada a tener una acogida favorable a juzgar por el buen éxito que tuvo en su primera presentación.

Entre tanto, ha proseguido el éxito de "La fiesta de Santa Rosa" y "Pata de palo".

PELICULA CIENTIFICA

Un éxito de público ha constituído la película "La ciencia y la mujer" pasada en el Nuevo. Interesantes cuadros de las salas de cirugía de Berlín, operaciones aparatosas y casi de milagro, intimidades de la ginecología y la obstetricia, la carnicería humana que se desarrolla bajo el bisturí de expertos operadores, todo un espectáculo inquietante y magnífico, está encerrado en la gran cantidad de metros de esta película sensacional.

DEL BATACLAN

La tiple española María Téllez, quien actuaba en la compañía Casenave-Hernández, se incorporó a las huestes bataclánicas que en la Comedia dirigen los conocidos autores Ivo Pelay y César Amadori. Su presentación debió coincidir con el estreno de "Desde la cueva al Barolo, va el peludo y no va solo", nueva producción de los directores del conjunto en la que se confía para levantar la temporada, un tanto languideciente, de la Comedia. Amén.

GRAND SPLENDID

Con la base de notables películas pertenecientes a las mejores marcas, ofrecerá en esta semana sus funciones este bellísimo salón, uno de los predilectos de las familias distinguidas de la metrópoli. Recordamos que los martes y viernes las veladas son de moda, con espectáculo cinematográficos dignos de verse.

GLORIA

Mucho público frecuenta esta bonita sala de la avenida de Mayo, cuyo cartel está compuesto diariamente por atrayentes cintas donde actúan conocidas y prestigiosas figuras del arte silencioso. Recomendamos especialmente los estrenos de este cine, siempre interesantes.

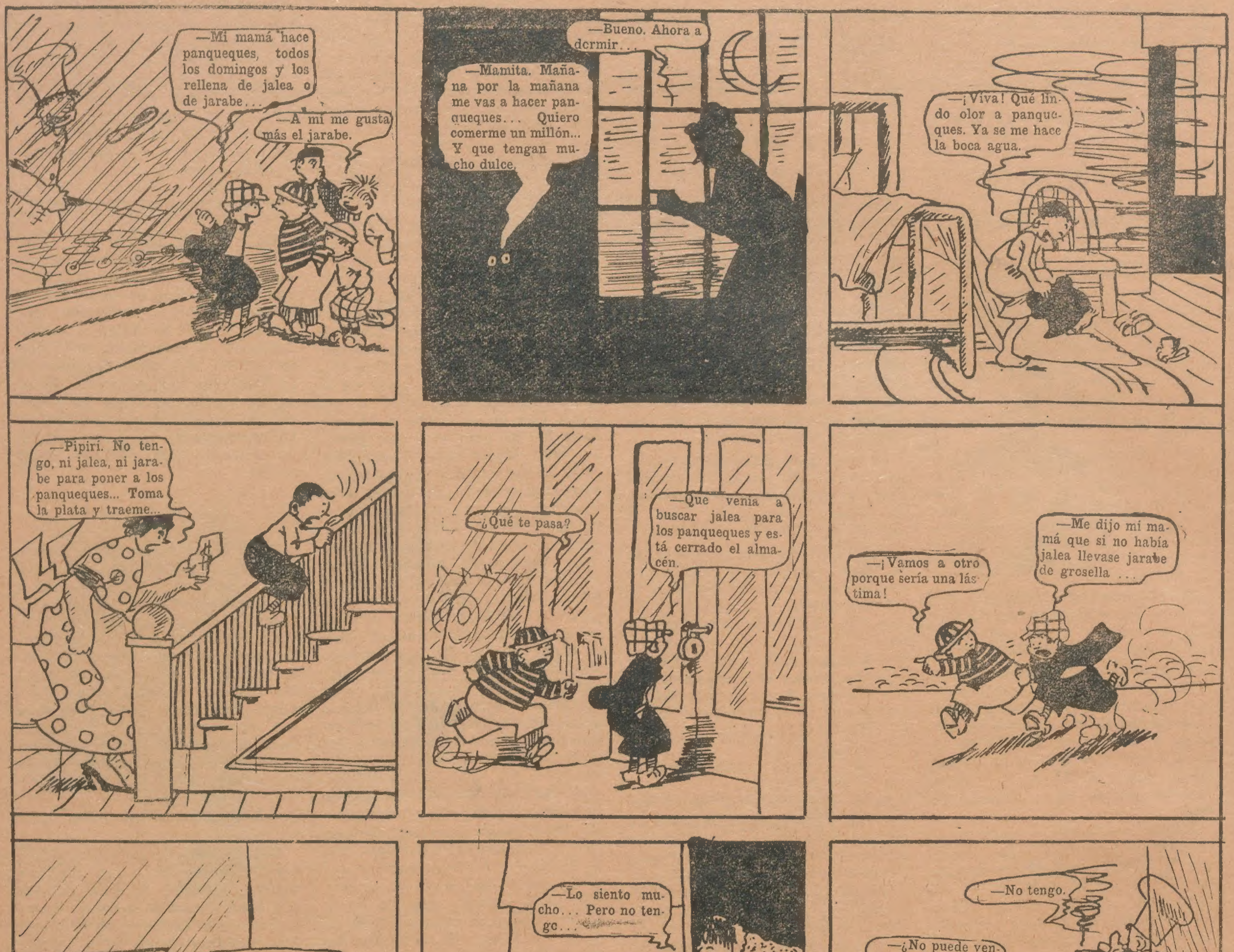
CAPITOL

No falta nunca buen público en este acreditado salón de la calle Santa Fe, que viene desarrollando con buena fortuna su temporada de este año. Para la semana que se inicia, los programs constarán de trabajos cinematográficos de primer orden.

PARC

Este cine de Palermo que administra don Roberto Lecuona, continúa atrayendo a sus funciones las mejores familias de las parroquias de Las Heras y San Benito de Palermo. Bien es verdad que el cartel se renueva diariamente con bonitas películas de marcas de renombre y que la empresa las selecciona cuidadosamente.

AVENTURAS DE PIPIRI



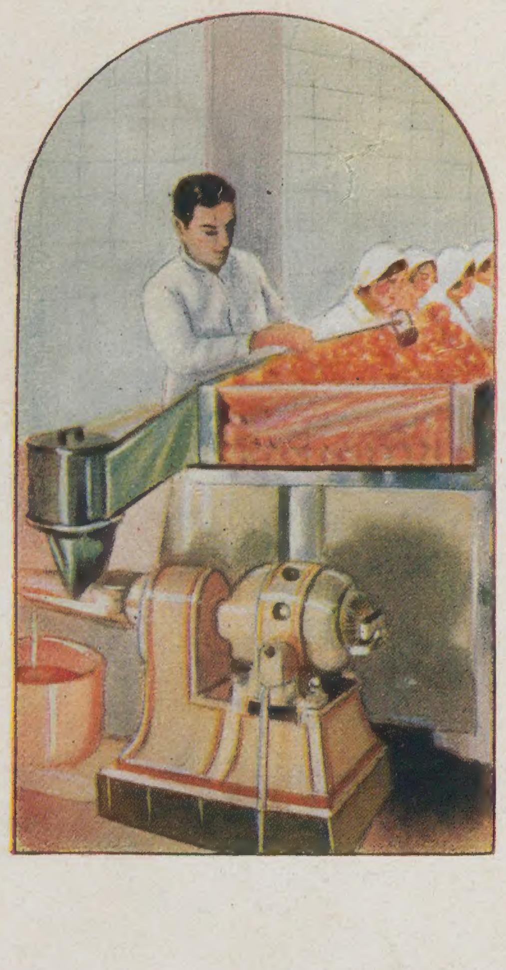
ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. MODELO BECHOFF. — Crespón marocain de dos tonos: azul marino y blanco componen este traje con faldón plisado. Una cinta estrecha multicolor sostiene la pechera recortada para formar pétalos, cayendo sobre la cintura. Idéntica guarnición en los puños. 2. MODELO ANNA. — Este trajecito sastre, tan práctico, está confeccionado con ''poplaine'' azul marino. Va adornado con recortes orlados con trencilla encerada del mismo tono, sobre fondo de ''reps'' fino, azul claro. — Cuello de linón blanco, orlado con azul. — 3. MODELO ANNA. — He aquí un traje sastre muy de vestir para la calle. Está ejecutado con granella azul, abotonado por delante. Cinturón de cuero azulado orlado con blanco. El cuerpo se destaca para formar bolero y la falda tiene forma de túnica. — 4. MODELO BERNARD. — Lindo traje de ''lainelisse'' beige. — La chaqueta - bolero, abotonada en el talle, se abre sobre una blusa de fular rojo punteado en blanco, armonizando con el detalle de la pechera de linón blanco, bordada con seda roja.



Una copa de Hesperidina es una copa de Salud



Cada año llegan a nuestra fábrica millones de naranjas frescas, fragantes y jugosas, doradas y maduradas en el árbol por los ardientes soles de nuestra tierra.

Las cáscaras de estas deliciosas naranjas que concentran poderosas sales y vitaminas, hierro, potasio, calcio y otros elementos naturales de inestimable valor para la salud, constituyen lo principal en la elaboración de Hesperidina.

A ello debe esta rica bebida tradicional sus inimitables virtudes estimulantes y digestivas y su fama de 63 años.

No sólo como aperitivo y licor es inigualable la Hesperidina. Pruébela en los días calurosos con soda helada. Verá que es un refresco exquisito y un buen calmante de la sed.

Hesperidina

DESDE 1864

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.